

UN THRILLER DE ADRIAN WEST

EL ENGÑO DE EXCALIBUR

L. D. GOFFIGAN

EL ENGAÑO DE EXCALIBUR

UN THRILLER DE ADRIAN WEST

AVENTURAS DE ADRIAN WEST

LIBRO 2

L.D. GOFFIGAN

ÍNDICE

[Prólogo](#)

[Uno](#)

[Dos](#)

[Tres](#)

[Cuatro](#)

[Cinco](#)

[Seis](#)

[Siete](#)

[Ocho](#)

[Nueve](#)

[Diez](#)

[Once](#)

[Doce](#)

[Trece](#)

[Catorce](#)

[Quince](#)

[Dieciséis](#)

[Diecisiete](#)

[Dieciocho](#)

[Diecinueve](#)

[Veinte](#)

[Veintiuno](#)

[Veintidós](#)

[Veintitrés](#)

[Veinticuatro](#)

[Veinticinco](#)

[Veintiséis](#)

[Veintisiete](#)

[Veintiocho](#)

[Veintinueve](#)

[Treinta](#)

[Treinta Y Uno](#)

[Treinta Y Dos](#)

[Treinta Y Tres](#)
[Treinta Y Cuatro](#)
[Treinta Y Cinco](#)
[Treinta Y Seis](#)
[Treinta Y Siete](#)
[Treinta Y Ocho](#)
[Treinta Y Nueve](#)
[Cuarenta](#)
[Cuarenta Y Uno](#)
[Cuarenta Y Dos](#)
[Cuarenta Y Tres](#)
[Cuarenta Y Cuatro](#)
[Cuarenta Y Cinco](#)
[La conspiración de Atlantis](#)
[Nota De La Autora](#)
[Otras Obras de L.D. Goffigan](#)
[Sobre La Autora](#)

Copyright © 2025 por L.D. Goffigan

Todos los derechos reservados.

Este libro o cualquier parte del mismo no puede ser reproducido, ni almacenado en un sistema de recuperación, ni transmitido en cualquier forma o por cualquier medio, electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros, sin el permiso expreso por escrito del editor.

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, organizaciones, lugares, eventos e incidentes son productos de la imaginación del autor o utilizados de manera ficticia.

Diseño de cubierta por Mibl Art

PRÓLOGO

Sur de Britania
522 d.C.

DEBERÍA HABER SABIDO que la paz no duraría.

Ambrosius Aurelianus observaba desde su posición en lo alto de la colina que dominaba el antiguo puerto cómo los bárbaros sajones invadían las tierras por las que él y sus valientes hombres habían luchado durante tanto tiempo.

Habían pasado más de veinte inviernos desde la batalla de Badon, cuando había conducido a su ejército a una victoria decisiva contra los sajones, enviando legiones de bárbaros a reunirse con sus dioses, tal como ellos habían masacrado a sus propios padres cuando él era solo un niño.

Desde aquel día, las tierras del sur de Britania habían mantenido una paz frágil, una paz que su gente había disfrutado cuando las legiones de Roma protegían estas tierras.

Sin embargo, durante aquellos años de paz, siempre había sentido la amenaza inminente de los bárbaros, un susurro persistente y amenazador en el fondo de su mente. Sabía que los bárbaros eran simplemente un dragón dormido; solo era cuestión de tiempo antes de que despertara, rugiendo con fuerza, amenazando con consumir todo a su paso.

Debería haber estado más preparado para este día. A lo largo de los años, había mantenido a sus hombres entrenados, se había asegurado de que siempre estuvieran alerta, incluso enviando partidas de exploración para vigilar las costas en caso de que la bestia dormida intentara nuevamente invadir sus tierras.

Con cada invierno que pasaba sin otra incursión, con otra bendita paz, se había vuelto más complaciente. Se había casado con una mujer que amaba, una belleza de cabello dorado llamada Laelia, quien le había dado tres hijos que ahora eran hombres.

Se había acomodado a vivir su vida en las tierras por las que había luchado todos aquellos años atrás para proteger. Viendo crecer a sus hijos de bebés a hombres, asistiendo a festivales locales que honraban a los antiguos dioses con el cambio de estaciones, caminando por la orilla con su mano entrelazada con la de Laelia, el susurro de la brisa del verano rodeándoles.

Y ahora esa paz se había hecho añicos. Ambrosius había despertado con un explorador entrando en su alcoba, advirtiéndole que había avistado barcos sajones acercándose.

Supo en ese momento lo que debía hacer, una pesadez asentándose en su corazón.

Ambrosius había enviado a su familia lejos, a la *colonia* de Bretaña, donde otros britanos de su estirpe se habían establecido. Su esposa e hijos se habían negado al principio, sus hijos queriendo quedarse y luchar, pero él había insistido, mintiéndoles y diciéndoles que se reuniría con ellos una vez que hubiera repelido a los sajones. Aún podía sentir la humedad de las lágrimas de Laelia contra su túnica, suplicándole que volviera a ella, con vida. Era como si ella supiera cuál sería su verdadero destino.

Ahora era un hombre mayor, en su quincuagésimo tercer invierno. Su fuerza no era la que fue alguna vez, cuando era el gran general que había derrotado a los sajones. A pesar de lo que le había dicho a su familia, no se uniría a sus hombres en esta lucha, aunque sabía que los sajones lo buscarían. Era conocido entre ellos, su nombre una maldición en sus labios.

No podía arriesgarse a caer en manos enemigas, no con lo que sabía. Había demasiado en juego, demasiado que yacía en el

precipicio. Cuando les había dicho a sus hermanos lo que planeaba hacer, nadie había protestado. Conocían la importancia del secreto que solo él poseía.

Ambrosius echó un último vistazo a sus hombres abajo, que luchaban valientemente contra los sajones que avanzaban, antes de girarse para hacer algo que nunca había hecho en su vida.

Alejarse de la batalla.

Le costó todo su poder no seguir a sus hombres, continuar la lucha, pero lo que tenía que hacer era mucho más importante. Se recordó a sí mismo que estaba protegiendo a la gente, no solo de esta tierra, ganando todas las batallas futuras que estaban por venir, incluso si esta en particular se perdiera. Aun así, tuvo que obligarse a descender la colina, dirigiéndose a los campos abiertos, hacia el bosque que se aferraba a sus bordes.

Continuó caminando hasta llegar al bosque, sin detenerse hasta encontrar un claro. Tales claros fueron una vez sagrados para los druidas, de quienes descendía parcialmente. Fueron ellos quienes primero custodiaron el secreto que ahora él y unos pocos elegidos de sus hermanos guardaban con sus vidas.

Un secreto por el que ahora debía dar su vida.

Ambrosius alcanzó la sombra de un antiguo y retorcido roble, aquel donde había dicho a sus hermanos que podrían encontrarlo cuando llegara el momento.

Se arrodilló bajo el árbol y desenvainó su espada. Aunque sabía que era un sacrilegio, susurró una plegaria a los antiguos dioses, aquellos venerados por sus ancestros druidas, los que vinieron antes del niño Cristo.

Ambrosius cerró los ojos y hundió su espada en su vientre.

El dolor fue agudo y repentino, pero se permitió sentirlo, dejar que lo reclamara con su férreo agarre. Sintió su cuerpo hundirse en el suelo, observando cómo el mundo se desvanecía a su alrededor.

El secreto de los antiguos morirá conmigo y mis hermanos, pensó, mientras exhalaba su último y entrecortado aliento.

UNO

*Hace dos semanas
Diez millas al este de Dorset, Inglaterra
4:07 A.M.*

Rhys Sumner subió el volumen de la música en su iPhone, intentando combatir la fatiga que le pesaba en los párpados mientras se concentraba en la carretera.

Esta no era su ruta habitual, pero había aceptado el turno extra porque necesitaba el dinero. *Traslado urgente de alto perfil*, le había dicho su jefe, explicándole por qué tenía que realizarse tan jodidamente temprano por la mañana. Rhys solo sabía que estaba transportando artefactos desde un sitio de excavación en Dorset hasta el Museo Británico en Londres.

Personalmente, Rhys no entendía cuál era el gran problema. Nunca había comprendido el atractivo de las porquerías antiguas que alguna vez usaron personas muertas hace mucho tiempo. ¿A quién demonios le importaba?

Pero era un trabajo. Ya iba con retraso en el alquiler y su casero le estaba presionando. Si no se ponía las pilas, Molly, su novia, seguramente lo dejaría, insistiendo en que necesitaba un trabajo decente si querían continuar. Ella no se tomaba en serio su música, no entendía que se necesitaba tiempo para ganar dinero con ello.

Rhys frunció el ceño y subió el volumen de la música aún más. Estaba escuchando a los clásicos Led Zeppelin, una banda cuya grandeza aspiraba a alcanzar con su propio grupo. Sus ojos volvieron a cerrarse, y bajó la ventanilla, esperando que el viento que pasaba lo mantuviera alerta. Solo necesitaba concentrarse en superar el largo trayecto hasta Londres. Quizás tomar varias copas después de cenar con los miembros de su banda en el pub la noche anterior no había sido lo más sensato. Además del cansancio, su cabeza palpitaba con una persistente resaca.

Mientras el crescendo del estribillo de "Stairway to Heaven" aumentaba, una figura apareció directamente en la carretera frente a él.

Sobresaltado, Rhys pisó los frenos, haciendo que la furgoneta se detuviera con un chirrido.

Completamente despierto ahora, con la adrenalina corriendo por sus venas, Rhys agarró el volante, mirando fijamente al hombre que estaba parado en medio de la carretera. Llevaba un abrigo largo con capucha, por lo que no podía distinguir sus facciones.

Una vez que el impacto inicial pasó, la rabia lo reemplazó. ¿Qué demonios estaba haciendo este imbécil? Bajó más la ventanilla para gritarle, pero dos todoterrenos oscuros de repente se detuvieron bruscamente junto a su furgoneta. Varios hombres salieron, empuñando grandes armas que parecían sacadas de una película de acción, apuntándole directamente.

El terror se apoderó de Rhys cuando el hombre encapuchado se adelantó, acercándose al lateral de su furgoneta. Ahora podía ver que el hombre era joven, no mucho mayor que él, con fríos ojos verdes que parecían atravesarlo.

—Sal —dijo el hombre simplemente. Su acento era elegante, de dinero; sonaba como un miembro de la familia real. Ciertamente no sonaba como alguien que se pararía al azar en medio de la carretera a las cuatro de la mañana.

El miedo obligó a Rhys a moverse. Abrió la puerta, saliendo torpemente de la furgoneta. No se dio cuenta de que sus manos temblaban hasta que las levantó, mientras el terror amenazaba con engullirlo por completo.

—Por favor —dijo Rhys—. Yo...

Nunca pudo terminar su frase. Nunca vio el destello de la pistola ni escuchó el disparo.

Solo hubo el dolor desgarrador en su pecho, sorpresa, horror... y luego nada.

Declan observó cómo el joven conductor se desplomaba en el suelo frente a él, muerto, con los ojos aún abiertos de sorpresa, mientras Led Zeppelin resonaba desde la furgoneta.

Se giró para ver a Wolfe, el mercenario que había salido del todoterreno, guardando tranquilamente su pistola.

Wolfe era un hombre corpulento e intimidante que se alzaba por encima del metro noventa de Declan. Hacía honor a su apodo, incluso los otros mercenarios parecían temerle. Sus ojos oscuros se encontraron con los de Declan, con un desafío silencioso en sus profundidades.

—No tenías que matarlo —dijo Declan, manteniendo su voz firme, aunque una serie de emociones lo inundaban: ira, incredulidad, culpa—. Iba a cooperar.

—Las órdenes eran que no hubiera testigos —respondió Wolfe.

Declan apretó los puños a los costados, respirando profundamente para calmarse, tratando de no pensar en el miedo en los ojos del conductor mientras moría. El conductor debía tener su edad.

Se obligó a apartar la mirada del cuerpo del conductor. No había nada que pudiera hacer ahora. Dejó de lado sus emociones contradictorias, observando cómo un mercenario experto retiraba el rastreador de la furgoneta que estaba conectado a la batería. Una vez que lo desconectó, Declan entró en la furgoneta, deslizándose en el asiento del conductor.

Los mercenarios inmediatamente se subieron a sus todoterrenos para seguirlo, excepto dos que se apresuraron a mover el cuerpo del conductor.

Declan desvió la mirada de la escena, aclarando su mente y concentrándose en la carretera mientras conducía varios kilómetros más antes de tomar una carretera secundaria para salir de la autopista, conduciendo lo suficientemente lejos como para estar fuera de la vista de cualquier coche que pasara.

Solo entonces se detuvo y salió, abriendo las puertas traseras de la furgoneta. Sus ojos hambrientos examinaron los artefactos embolsados y empaquetados del sitio de excavación, cuidadosamente sellados y catalogados. Encendió la luz interior de la furgoneta, buscando entre los paquetes el que estaba buscando.

Se quedó inmóvil cuando su mirada se posó sobre él. Una caja etiquetada simplemente: *Espada de hierro. Datación pendiente.*

Era mucho más que una espada. Con el corazón martilleándole, alcanzó la caja, usando un cúter de su bolsillo para abrirla cuidadosamente.

Dentro estaba lo que había estado buscando... lo que tantos habían estado buscando. *La* espada. La sostuvo durante varios largos momentos, reverente, hasta que Wolfe declaró:

—Deberíamos seguir avanzando.

Declan intentó no sobresaltarse; no se había dado cuenta de que Wolfe estaba justo detrás de él.

Apretó los dientes, irritado porque Wolfe había interrumpido este momento. Pero Wolfe tenía razón. Todavía les quedaba un largo viaje, y no tardaría mucho para que el museo se diera cuenta de que su envío no había llegado.

Y estaba ansioso por compartir la espada con la persona que más la apreciaría... el líder de la hermandad. Él vería la dedicación de Declan.

Declan acunó la caja en sus brazos mientras regresaba al asiento del conductor. No la dejaría fuera de su vista.

Su poder era demasiado importante como para arriesgarse a perderlo.

DOS

Hoy

New Scotland Yard - Unidad de Arte y Antigüedades

Londres, Inglaterra

10:32 A.M.

—Hace un par de meses, en las remotas colinas de Dorset, un joven tropezó con un tesoro de artefactos de la era sub-romana británica —dijo el Detective Agente Jack Stevens. Mientras hablaba, señaló la diapositiva proyectada en la pared.

Adrian West y su compañero, Nick Harper, observaron las imágenes en la diapositiva. Los artefactos consistían en monedas y armas, incluyendo jabalinas, dagas y varios escudos.

—La excavación continuó durante varias semanas y el sitio fue completamente excavado. Pero la furgoneta que transportaba los artefactos fue robada y su localizador apagado. El conductor fue encontrado muerto no muy lejos de la autopista M3. Lo dispararon a quemarropa y arrastraron fuera de la carretera.

Stevens cambió la diapositiva para mostrar varias fotografías espeluznantes de la escena del crimen: el joven conductor muerto, con los ojos abiertos y sin vida.

—Nos contactaron de inmediato. Homicidios está trabajando en el caso del conductor mientras nosotros nos ocupamos de los artefactos. Homicidios cree que su asesinato es simple y directo, y

estamos de acuerdo. Era solo un pobre tipo que casualmente transportaba artefactos valiosos, y los ladrones lo querían fuera del camino. Si encontramos a los ladrones, encontraremos al asesino.

Stevens pasó a otra diapositiva. Mostraba una espada de hierro con una empuñadura de diseño intrincado. El mango de la espada parecía una garra, mientras que el extremo de la empuñadura tenía forma de corona. La hoja de la espada era de hierro, y un material de aleación de cobre cubría la empuñadura.

—Creemos que la clave del robo es este objeto. Es el elemento que más preocupa a los excavadores. A diferencia de los otros artefactos, data de un período anterior, de la Edad de Hierro tardía, antes de la invasión romana. Pero estaba enterrada junto con todos los demás artefactos, por lo que se usó en la misma época. Dada su antigüedad y la rareza de los materiales utilizados, eso la hace aún más valiosa que los otros artefactos. De hecho, algunos de los excavadores han apodado a la espada Excalibur.

Nick alzó las cejas.

—¿Excalibur? ¿Como la del Rey Arturo?

—La mismísima —dijo Stevens con una sonrisa.

—¿Por qué? —preguntó Adrian—. ¿Qué tiene que ver este artefacto con una espada mitológica?

—No todos piensan que Excalibur sea mitológica —dijo Stevens, negando con la cabeza—. Para quienes creen en un Arturo histórico, él vivió alrededor de la época de la caída de Roma, luchando contra los invasores sajones. Esta espada tan única es de ese período.

—Eso es mucha especulación —dijo Nick, y Adrian tuvo que estar de acuerdo. Nunca había pensado mucho en la historia artúrica, pero compartía la opinión de la mayoría de los historiadores, que era un personaje puramente legendario. Llamar a la espada "Excalibur" ciertamente le daba a este hallazgo un aura de emoción, pero eso no significaba que estuviera vinculado a algún tipo de verdad histórica concreta. Casos como estos se resolvían con hechos, y los hechos eran que alguien había robado estos artefactos y asesinado a un hombre inocente.

—¿Puedes volver a las fotos de la escena del crimen? —preguntó.

Stevens accedió, aunque ella podía notar que se moría de ganas de extenderse sobre toda la noción de Excalibur. Adrian se inclinó hacia adelante, estudiando el campo abierto al que el asesino había arrastrado el cuerpo del conductor, junto con las marcas de neumáticos.

Mentalmente repasó los hechos del asesinato y el posterior robo de los artefactos. El desafortunado conductor fue rodeado alrededor de las cuatro de la mañana por alguien que conocía su ruta y sabía desactivar el localizador de la furgoneta. Las múltiples marcas de neumáticos indicaban otros coches, muchos más de los que deberían ser necesarios para interceptar una simple furgoneta de reparto al Museo Británico.

—¿En qué estás pensando? —preguntó Nick.

—Estos eran profesionales. Definitivamente un trabajo interno —dijo—. Conocían la ruta del conductor y lo que llevaba consigo.

—Hemos interrogado a todos los que trabajaron en la excavación y al departamento que iba a recibir los artefactos en el Museo Británico —dijo Stevens—. Las coartadas de todos se verificaron.

—Alguien está mintiendo —dijo Adrian sin rodeos—. Necesitamos hablar con ellos de nuevo.

Stevens se enfadó, pero Nick asintió en acuerdo.

—Nos trajiste para ayudar, Jack. No hace daño que volvamos a entrevistar a la gente.

Stevens ofreció un asentimiento reluciente.

—Os conseguiré el registro de nuestras entrevistas.

—¿Quién estaba al frente de la excavación? —preguntó Adrian.

—La doctora Sorcha Manning.

12:15 P.M.

Adrian y Nick entraron en el inmenso vestíbulo del Museo Británico conocido como el Gran Patio Isabel II, cuyo techo de cristal en espiral proyectaba sombras entrecruzadas sobre el suelo del museo.

Ubicado en el centro de Londres, el Museo Británico era uno de los museos más grandes del mundo, con millones de obras que ocupaban más de veinte mil metros cuadrados, incluyendo obras famosas como la Piedra Rosetta y las esculturas del Partenón. A Adrian siempre le había encantado venir a este museo, uno de los muchos que había visitado con su padre profesor y su madre cuando era más joven, inculcándole desde temprano un amor por la historia.

Ahora, mientras se dirigía hacia el Departamento de Gran Bretaña, Europa y Prehistoria con Nick, no podía creer que hace apenas unos días había estado en la Universidad de Nueva York, donde era profesora y consultora de lenguas y manuscritos antiguos. Todo ello tras su descubrimiento de la tumba de Cleopatra —y su tesoro—, algo que brevemente la había convertido en una celebridad menor. La atención afortunadamente había disminuido, centrándose ahora en el descubrimiento mismo, lo que Adrian agradecía.

Sin embargo, su experiencia en Egipto, durante la cual ella y Nick habían rescatado a su amigo y colega Sebastian Rossi de un grupo nefasto decidido a encontrar la tumba de Cleopatra, había despertado algo que había permanecido dormido desde que dejó la aplicación de la ley para entrar en la academia. El hambre de resolver misterios, de salvar vidas al hacerlo... algo que era personal para ella, dada la desaparición de su padre hace más de diez años. Así que cuando Nick le pidió que consultara en este caso, no dudó en decir que sí.

Había tomado una excedencia de la universidad y volado a Inglaterra con Nick. Tanto Jeremy Briggs, el jefe de Nick en la división de Crímenes de Arte del FBI, como Nick, eran amigos del pequeño equipo de detectives que trabajaban en la Unidad de Arte y Antigüedades en New Scotland Yard, habiendo trabajado conjuntamente en un caso varios años antes. Habían pedido ayuda con el robo de alto perfil; Adrian sospechaba que la fama menor de Nick después del descubrimiento de la tumba de Cleopatra había provocado la solicitud.

—¿Cómo se siente hasta ahora? ¿Estar de nuevo en medio de todo esto? —preguntó Nick mientras se abrían paso entre la bulliciosa multitud del museo.

—Pregúntame en unos días —respondió ella con sequedad—. Para entonces, puede que esté extrañando a mis estudiantes.

—No sé, West —dijo él con un guiño—. Quizás estás justo donde perteneces.

Adrian solo le devolvió la sonrisa, aunque no podía negar lo bien que se sentía estar de vuelta en el campo.

Cuando llegaron al Departamento de Gran Bretaña, Europa y Prehistoria, una joven y entusiasta asistente de curadora los condujo a la oficina de la doctora Sorch Manning, quien salió a recibirlos.

Manning era más joven de lo que Adrian esperaba, no mayor de finales de los veinte o principios de los treinta, con cabello castaño rojizo y ojos verde oscuro que parecían detenerse en Nick, lo que envió una ola de irritación a través de Adrian. Pero la expresión de Manning se endureció cuando Nick mostró sus credenciales, diciéndole que estaban allí para preguntarle sobre los artefactos robados.

—Ya hablé con la policía —dijo brevemente—. No sé qué más puedo decirles.

—Pensamos que lo que ocurrió fue un trabajo interno. Alguien conocía la ruta que la furgoneta estaba tomando y cuándo interceptarla. ¿Conoce a alguien que tendría interés en tal hallazgo? —preguntó Adrian.

No pasó por alto la persiana que cayó sobre los ojos de Manning, y la breve pausa, antes de que dijera:

—No. De nuevo, la policía ya me hizo estas preguntas.

Adrian la estudió por un largo momento. Manning claramente estaba ocultando algo. Antes de que pudiera presionarla, Nick le dio a Manning una sonrisa encantadora —lo que nuevamente irritó a Adrian— y dijo cortésmente:

—Está bien. Solo pensamos en verificar. Si piensa en algo, por favor no dude en comunicarse.

Adrian reprimió su irritación hasta que estuvieron fuera del museo.

—¿Por qué hiciste eso? Tenía muchas más preguntas para ella. Viste que estaba ocultando algo.

—Sí, y como una mujer sabia me dijo una vez, abrumarla con más preguntas que no quiere responder no hará que se abra. Podemos hacer que Vince investigue sus antecedentes, y si surge algo, podemos usar eso como palanca cuando volvamos a hablar con ella —dijo Nick.

Adrian suspiró, dándole un asentimiento. Él se refería a la insistencia de Adrian en el pasado de que no tenía sentido tratar de obtener información de un sospechoso obstinado. Era mejor usar algún tipo de influencia en su lugar.

Vincent Foranelli era el "genio tecnológico" con quien trabajaba en la unidad de Crímenes de Arte del FBI. Ahora de vuelta en DC, los había ayudado significativamente en el caso de Cleopatra cuando estaba destinado en Roma con Nick. Adrian sabía que era más que capaz de desenterrar información sobre Sorch Manning si había alguna.

Manning simplemente no quería hablar de lo que sabía, lo que desconcertaba a Adrian. Como arqueóloga principal de la excavación, ¿no querría que se hiciera todo lo posible para encontrar los artefactos desaparecidos?

¿Qué estás ocultando, doctora Manning?

TRES

12:30 P.M.

La doctora Sorch Manning observó cómo el apuesto agente federal americano y su compañero se marchaban, mientras un escalofrío le recorría la espalda. Había pensado que después de hablar con los detectives de Scotland Yard, eso sería el final del asunto. Pero si habían enviado refuerzos americanos...

El pánico creció dentro de ella al pensar en todo lo que estaba en juego. Cuantos menos agentes de la ley trabajaran en esto, mejor. Se apoyó en su escritorio, apretando los puños en su regazo y respirando profundamente varias veces para calmarse.

—¿Estás bien, Sorch? —preguntó su asistente, Deb, asomando la cabeza por la puerta de su despacho.

Sorch levantó la mirada y forzó una sonrisa cortés.

—Sí. Solo voy a salir por un café. Volveré a tiempo para la reunión de la tarde.

El rostro de su asistente se suavizó con preocupación.

—Tómate tu tiempo. Los encontrarán, Sorch. Todos sabemos lo duro que trabajaste en la excavación.

La culpa se clavó en ella ante la preocupación de Deb. *Si solo supiera la verdad.* Sorch forzó otra sonrisa y se marchó.

El museo normalmente le transmitía paz; guardaba gratos recuerdos de haber venido aquí con su familia cuando era niña. Fue

paseando por estos pasillos cuando, siendo una niña pequeña, decidió que algún día trabajaría aquí, dando vida al pasado para visitantes de todo el mundo. Durante sus días de posgrado, incluso venía al museo por placer, simplemente caminando por las diversas salas y contemplando sus exhibiciones favoritas. Pero hoy, todo en el museo se sentía... opresivo.

Necesitaba aire.

Una vez que salió del museo y estuvo a una distancia segura, sacó su teléfono y realizó una llamada.

—Necesito que vigiles a dos personas, agentes federales americanos. Tenemos que asegurarnos de que no se acerquen demasiado.

Finca Conwyth
Tierras Altas de Escocia
2:15 P.M.

La finca Conwyth era una extensa mansión de veinticinco habitaciones ubicada en lo profundo de las Tierras Altas de Escocia, abarcando aproximadamente cien acres de terreno.

La finca había sido construida originalmente en el siglo XIV como una pequeña mansión y gradualmente se fue ampliando y renovando con el tiempo. Había caído en desuso durante el siglo XVIII, hasta que una serie de propietarios privados la compraron, comenzando a finales del siglo XIX.

Declan había pasado parte de su infancia aquí, pero nunca se había sentido como un hogar con sus ornamentadas habitaciones, extensos pasajes y corredores... era más como un museo. Él prefería la casa más pequeña que había compartido con sus padres y su hermana en las afueras de Londres.

Un dolor ardiente se instaló en su pecho al pensar en su familia, y sus pasos vacilaron. El dolor por la muerte de sus padres aún persistía, proyectando una sombra sobre todos los recuerdos felices

que tenía de ellos. Se recordó a sí mismo que estaba haciendo todo esto por su memoria... por su linaje familiar. Se obligó a continuar por el ornamentado corredor principal que conducía a uno de los varios grandes estudios de la mansión.

Wolfe estaba de pie en la entrada del estudio, dedicándole una fría sonrisa mientras le indicaba que entrara. Declan se quedó paralizado al verlo, recordando con qué facilidad había eliminado a aquel conductor.

Al principio, no entendía por qué mercenarios como Wolfe tenían que trabajar con la hermandad. El líder simplemente le había dicho a Declan que ellos no dudarían en hacer lo que debía hacerse. Un escalofrío le recorrió la espalda al comprender exactamente lo que eso significaba.

Apartando la mirada de la fría mirada de Wolfe, entró en el estudio. Dentro, varios hombres estaban reunidos alrededor del líder de la hermandad, Grant Macleod, quien se apoyaba contra el escritorio, con los brazos cruzados y su fría mirada gris fija en Declan. Los ojos de Declan se desviaron hacia la espada, que descansaba casualmente sobre el escritorio detrás de él.

Declan se quedó inmóvil, volviendo a mirar a Grant. Debería haberlo mirado con orgullo, felicitándolo por encontrar un objeto que la hermandad había estado buscando durante muchos años. En cambio, su comportamiento era frío.

—Nuestros expertos no creen que esta sea la espada correcta —dijo Grant a modo de saludo.

Declan se tensó sorprendido, mirando a los hombres que rodeaban a Grant. Debían ser sus llamados "expertos". Su boca se tensó.

—Esa espada es la correcta —insistió.

Los ojos de Grant se estrecharon. Normalmente Declan habría vacilado ante una mirada tan fulminante, pero se mantuvo firme.

—¿Me estás diciendo que nuestros expertos están equivocados?

—Te estoy diciendo que tus expertos están equivocados.

Aunque Grant lo fulminó con la mirada, Declan hubiera jurado que vio un atisbo de admiración en sus ojos. Le molestaba lo mucho que le complacía ver ese pequeño indicio de admiración. Pero

siempre había existido esa parte de él que deseaba —necesitaba— la aprobación de Grant.

—¿Y por qué crees eso? —presionó Grant.

—Los archivos de la hermandad describen el tipo de espadas que deberíamos estar buscando. La datación, los materiales y el diseño de esta espada coinciden con su descripción —dijo Declan—. Por eso quería recuperarla tan pronto como me enteré de su descubrimiento.

—No hay ningún mensaje, ningún código, nada en ella que indique que esta es la espada correcta —dijo un hombre a la derecha de Grant, mirando con dureza a Declan—. Si lo hubiera, ya lo habríamos encontrado.

—Es la espada correcta —repitió Declan. Puede que no fuera un historiador experimentado como estos hombres, pero algo en su interior le decía que la espada que había recuperado era una de las espadas que la hermandad llevaba mucho tiempo buscando.

El hombre se volvió hacia Grant con el ceño fruncido, sin duda preparado para discutir, pero Grant levantó la mano, con la mirada aún fija en Declan.

—Sigamos examinando la espada por ahora. Tal vez hay algo que nos hemos perdido —dijo Grant finalmente, para alivio y sorpresa de Declan—. Si te necesito para cualquier otra cosa, Declan, mandaré por ti.

Era una despedida apenas disimulada. Declan se erizó, pero se giró para irse, decidiendo que sería prudente elegir sus batallas. Acababa de ganar una.

Justo cuando alcanzó la puerta, la voz de Grant lo detuvo.

—Sorcha.

Solo su nombre en los labios de Grant hizo que un gélido temor inundara el cuerpo de Declan, y se volvió. Grant lo estudiaba de cerca.

—No va a ser un problema, ¿verdad?

—No —dijo Declan, tratando de mantener la voz firme, aunque el miedo recorría su cuerpo—. Por supuesto que no.

—Bien —dijo Grant, dedicándole una helada sonrisa—. Esperemos que siga sin serlo.

CUATRO

Londres, Inglaterra
7:12 P.M.

—Así que —dijo Stevens con tono burlón—, no pude evitar notar cierto escepticismo en ambos cuando mencioné la legendaria Excalibur.

Nick dejó escapar un quejido juguetón mientras que a su lado, Adrian solo le dedicó a Stevens una sonrisa cautelosa.

Nick, Adrian, Stevens y los otros dos detectives de la Unidad de Arte y Antigüedades —los agentes Sara Hawthorne y Mark Goode— estaban reunidos en un pub local a la vuelta de la esquina de New Scotland Yard.

Él y Adrian habían pasado el resto del día volviendo a entrevistar a personas con las que la unidad ya había hablado, sin suerte. Nadie se mostró tan reservado como la doctora Manning, simplemente respondían a sus preguntas igual que lo habían hecho con los detectives locales. Nadie parecía remotamente sospechoso. Nick había notado que ni siquiera el agudo ojo de Adrian había detectado engaño alguno.

Tras la última entrevista, cuando él y Adrian regresaron a Scotland Yard, Stevens debió detectar la derrota en sus ojos y les sugirió que participaran en una tradición post-laboral y disfrutaran de una pinta en el pub que él y otros detectives frecuentaban.

—Siempre he considerado todo el asunto de Arturo un mito —dijo Adrian encogiéndose de hombros—. Creo que los ladrones que robaron los artefactos, especialmente la espada, iban tras ellos por su valor.

—Salud —dijo Goode, levantando su cerveza en dirección a Adrian—. Pienso exactamente lo mismo. Todo el asunto de Arturo es una tontería.

—Tendría que discrepar con ambos —dijo Hawthorne, negando con la cabeza—. Creo que bajo la mayoría de las leyendas hay *algo* de verdad.

—¿Y tú? —le preguntó Stevens a Nick—. Sin querer ponerte en un aprieto, amigo.

—Ah, pero acabas de hacerlo —respondió Nick con una sonrisa—. No creo que haya un Arturo histórico en el sentido de que existiera un Lancelot, una mesa redonda, una dama del lago y todo eso. Pero creo que se basó en alguien real.

—Me quedo con eso para nuestro equipo —dijo Stevens con una risita—. Creo absolutamente que existió un Arturo... pero soy parcial —admitió con una sonrisa—. Mi padre era un fanático de la historia, le encantaban los viejos mitos y leyendas, pero Arturo es uno de los que insistía que fue real.

—¿Basándose en qué? —preguntó Adrian, arqueando las cejas. Nick conocía bien esa expresión facial. Era su mirada escéptica.

—Por favor, no lo hagas empezar —suplicó Hawthorne.

—Oh, ya es demasiado tarde para eso —dijo Stevens, con los ojos brillantes mientras se giraba para centrarse en Adrian—. Conocemos la historia de Arturo gracias a Geoffrey de Monmouth, un clérigo inglés que escribió en la época medieval, por lo que Arturo es retratado como un rey medieval gobernando sobre tierras medievales, con una espada medieval. Eso es lo que la mayoría de la gente piensa cuando piensa en el Rey Arturo. En realidad, las fuentes de Geoffrey eran mucho más antiguas, incluyendo la Britania sub-romana, el período justo después de que los romanos abandonaran las Islas Británicas.

Hawthorne hizo un sonido de ronquido; Stevens le lanzó una mirada juguetona y continuó.

—Roma había estado asentada en Britania durante siglos, dándole un período de relativa estabilidad. Pero una vez que cayó y sus legiones fueron enviadas de vuelta al continente para luchar contra ejércitos bárbaros invasores, Britania quedó en gran parte abandonada a su suerte frente a los invasores, desde sajones hasta anglos y jutos. Una vez que Roma huyó, los ejércitos sajones en particular hicieron importantes incursiones en las Islas Británicas y eventualmente establecerían los primeros reinos británicos. Pero hubo *alguien* que contuvo a los sajones durante una generación o dos. Los sajones se retiraron temporalmente, y Britania, al menos por un tiempo, tuvo otro período de estabilidad. Es entonces cuando ocurrió el llamado período de "Camelot". Ese "alguien" que luchó contra los sajones bien podría haber sido el Arturo de la leyenda.

—Eso no es evidencia concluyente —dijo Adrian, negando con la cabeza—. Podría haber sido simplemente un gran líder, o *varios* líderes.

—De acuerdo —dijo Stevens, levantando la mano—, te concedo eso. Pero ¿qué hay de esto? El nombre Arturo en sí. Es un nombre romano, bueno, Artorius lo es. En el siglo VI, los nombres romanos básicamente habían desaparecido y vuelto a sus raíces celtas en las Islas Británicas. Sin embargo, misteriosamente, hubo un resurgimiento del nombre con *varios* Arturos registrados en casas reales. Al igual que hoy, los nombres a menudo se daban a los niños basándose en figuras famosas. Así que creo que es justo decir que hubo *alguien* por quien estos títulos reales fueron nombrados en la memoria reciente. No es descabellado suponer que fueron nombrados por el mismo Arturo que mantuvo a los sajones fuera de las islas durante un tiempo.

—Eso es... convincente —dijo Adrian, dándole un asentimiento a regañadientes—. Aunque sigue siendo especulativo.

—Olvido que tu compañera también es historiadora —le dijo Stevens a Nick con un gemido juguetón—. Los historiadores académicos tienden a ser escépticos acérrimos de Arturo.

—Culpable —dijo Adrian con una sonrisa—. Solo queremos evidencia firme antes de llegar a conclusiones firmes.

—¿La doctora Manning cree que Arturo fue real? —preguntó Nick, volviendo el tema a Sorch Manning—. No la encontramos muy comunicativa —añadió—. ¿Cómo fue cuando ustedes la interrogaron?

—¿En serio? —preguntó Stevens, pareciendo genuinamente sorprendido—. No fue más que comunicativa con nosotros. No discutimos mucho la leyenda de Arturo; ella solo se centró en ayudarnos a encontrar los artefactos. Nos dijo todo lo que queríamos saber. Se ofreció a estar disponible si necesitábamos algo más.

—Comprobamos su coartada, como la de todos los demás —añadió Hawthorne—. Todo está en orden.

Nick y Adrian intercambiaron una mirada. Nick podía decir por la expresión en su rostro que ella no se lo creía; ninguno de los dos.

El teléfono de Stevens sonó y él lo miró con una mueca.

—Es mi esposa. *Puede* que le haya dicho que estaría en casa hace una hora.

Les deseó buenas noches; Goode y Hawthorne también se despidieron. Nick no había pasado por alto las miradas secretas que los dos detectives habían compartido durante su velada. Ahora parecían esforzarse por mantener la distancia entre ellos mientras salían del pub. Contuvo una sonrisa; estaban haciendo un pésimo trabajo ocultando su obvia relación.

Su mirada se deslizó hacia Adrian, quien dio un sorbo a su cerveza, pareciendo sumida en sus pensamientos. Él y Adrian definitivamente habían bailado cerca de la línea entre amistad y relación romántica, compartiendo su único y primer beso años atrás cuando todavía eran compañeros. Pero después de que Adrian dejara la oficina para trabajar en el ámbito académico y perdieran el contacto, su amistad se había vuelto distante, reavivándose solo durante su tiempo en Egipto.

Ahora, era como si no hubiera pasado el tiempo en absoluto, y habían vuelto a su vieja camaradería con facilidad, aunque podía sentir la atracción al borde de su renovada amistad. No había pasado por alto la chispa de interés en los ojos de Manning antes de revelar que era del FBI, y tampoco había pasado por alto la irritación

de Adrian ante ese interés, algo que no podía evitar admitir que le complacía.

—Podríamos estar equivocados sobre Manning —dijo Adrian, interrumpiendo su línea de pensamiento mientras dejaba su cerveza—. Pero mi instinto...

—Siento lo mismo —dijo él con un suspiro—. Veamos qué descubre Vince. Con suerte eso nos dará alguna pista.

Nick pagó la cuenta y se dirigieron fuera del pub, encaminándose hacia su hotel.

Era una noche inusualmente fresca para finales de primavera, pero las calles seguían rebosando de vida, con turistas y lugareños tambaleándose de un pub a otro.

Adrian se detuvo abruptamente. Se giró, estirándose para abrazarlo, y el calor se encendió dentro de él. Un calor que se convirtió en alarma cuando ella habló, con su boca cerca de su oído.

—Nos están siguiendo.

CINCO

Nick se tensó contra ella con alarma. El pulso de Adrian se aceleró, y no solo por la proximidad de Nick.

Adrian había percibido que algo no iba bien desde que doblaron la esquina después de salir del pub. Había ignorado esa sensación, hasta que vislumbró la sombra de un hombre a media manzana detrás, siguiéndolos.

Nick reaccionó rápidamente, rodeándola con sus brazos, manteniendo el pretexto de que eran una pareja afectuosa mientras continuaban por la calle, cuidando de mantener un paso constante. Se inclinó para hablarle al oído, manteniendo la voz baja.

—Llévemolo a un lugar donde podamos acorralarlo.

Adrian asintió en acuerdo, y siguieron caminando. Ahora que sabía que los estaban siguiendo, era todo lo que podía sentir y percibir. Su pulso seguía errático, y los pelos de su nuca estaban erizados.

Nick estaba armado, pero ella no. ¿Y si había otros con este hombre? ¿Qué quería? ¿Por qué los seguía?

Respiró hondo para calmarse, obligándose a mantener su paso al ritmo de las largas zancadas de Nick. Nick le lanzó una mirada mientras giraban hacia una calle lateral vacía que terminaba en un callejón sin salida, y ella le dio un sutil asentimiento. Tan pronto como avanzaron hasta la mitad de la calle...

Ambos giraron bruscamente. Su perseguidor, un hombre con la cabeza rapada y una forma alta y corpulenta, se quedó inmóvil momentáneamente antes de darse la vuelta y huir corriendo.

Adrian y Nick corrieron tras él mientras se precipitaba por la calle lateral, dirigiéndose hacia una vía principal concurrida.

Quienquiera que fuese, era muy bueno corriendo, superando incluso las largas zancadas de Nick. Se metió en medio de la avenida, ignorando los bocinazos y el chirrido de frenos mientras zigzagueaba entre los coches.

Para cuando Adrian y Nick lograron cruzar la concurrida avenida, él ya había desaparecido.

9:45 P.M.

—No estoy diciendo que esto no sea importante. Solo digo que no tenemos mucho con qué trabajar —dijo Stevens.

Adrian y Nick estaban de pie frente a Stevens en el área común de la unidad de Arte y Antigüedades de Scotland Yard. Habían llamado a Stevens poco después de perder a su perseguidor; él les había ayudado a presentar un informe oficial.

Aun así, claramente tenía sus dudas.

—Y no sabemos con certeza si este tipo está relacionado con *este* caso —continuó Stevens—. ¿No seguís siendo conocidos por todo el asunto de Cleopatra?

—No era un fotógrafo intentando tomarnos una foto —dijo Adrian con tensión.

Stevens levantó las manos.

—Disculpad. Solo quiero asegurarme de que estamos dedicando recursos a lo correcto.

—Jack, necesitamos encontrar a este tipo. No creo que sea una coincidencia que nos sigan el mismo día que comenzamos a entrevistar a personas sobre el robo —dijo Nick, viéndose tan irritado como ella se sentía.

—De acuerdo. Emitiré una orden de búsqueda y le daré seguimiento —dijo Stevens—. ¿Estaréis bien en el hotel? ¿Deberíamos asignaros un agente?

—Estaremos bien —dijo Nick.

—Hacedme saber si algo cambia. Estoy a una llamada de distancia —dijo Stevens.

El teléfono de Nick sonó mientras salían de Scotland Yard. Miró su teléfono.

—Es Vince —dijo, y contestó, poniéndolo en altavoz—. Vince, muchacho. ¿Qué tienes?

—No mucho, me temo. La doctora Sorcha Manning es exactamente lo que parece ser. Sin antecedentes penales, sin transacciones financieras sospechosas. Educación prestigiosa, asistió a Oxford y Cambridge, donde obtuvo su doctorado en historia británica medieval temprana. Hay algo de tragedia en su pasado; sus padres murieron hace años en un accidente automovilístico, ambos también historiadores. Parece tener dinero familiar. Su madre provenía de una familia adinerada. Está limpia como una patena.

Adrian se desinfló, y Nick soltó un suspiro.

—Vale, Vince. Gracias.

—¿Es posible que se le haya escapado algo? —preguntó ella después de que Nick colgara.

—Vince es el mejor que hay. Si ella está ocultando algo importante, lo está haciendo condenadamente bien. Puede que la doctora Manning sea simplemente una arqueóloga normal y aburrida, aunque reservada.

Adrian negó con la cabeza. Esto la convenció aún más de que Manning no era quien aparentaba ser... solo era muy buena ocultándolo. Tenía la sensación instintiva de que, fuera lo que fuese, tenía que ver con los artefactos desaparecidos.

Y estaba decidida a descubrir exactamente qué era.

Londres, Inglaterra

10:07 A.M.

Adrian estaba sentada en su coche de alquiler aparcado, con la mirada fija en Sorch Manning mientras esta salía del Museo Británico.

Cuando habían regresado al hotel la noche anterior, le había dicho a Nick que quería revisar detalles de los artefactos con un historiador local mientras él realizaba las últimas entrevistas. Esto era una mentira, pero solo se sentía un poco culpable por ello.

En cambio, estaba siguiendo a Manning, con la esperanza de que, al hacerlo, pudiera descubrir *algo* sobre lo que la otra mujer estaba ocultando.

Era una mentira necesaria. Adrian era solo una consultora en este caso, y oficialmente todo lo que hacían dependía de Nick. Sabía que él no aprobaría su excursión, especialmente dado que lo que habían aprendido de Vince básicamente los había llevado a un callejón sin salida con Manning.

Pero Adrian no tenía elección. No serviría de nada interrogar a Manning de nuevo; ella no tenía interés en abrirse a ellos, y si la abordaban, Adrian no se sorprendería si se volvía hostil. Esta era la mejor manera de averiguar algo sobre la reservada arqueóloga... o al menos eso esperaba Adrian.

Observó cómo Manning paraba un taxi y se metía dentro. Adrian arrancó su coche y la siguió, manteniéndose dos coches atrás. Siguió al taxi a través del bullicioso tráfico matutino de Londres hasta que se detuvo en una casa unifamiliar en el exclusivo barrio de Kensington.

Adrian se detuvo al final de la calle mientras Manning dejaba el taxi y entraba en la casa. Sacó su teléfono y tomó una foto de la dirección, enviándosela a Vince para que la investigara. Ya lidiaría con sus preguntas más tarde.

Adrian bajó su teléfono, manteniendo la mirada fija en la casa. Habían pasado años desde la última vez que había realizado algún tipo de vigilancia, y había olvidado lo absolutamente aburrido que

era, la mayoría de las veces sin resultado alguno. Esperaba que esta vez fuera diferente.

Acabó esperando dos horas hasta que Manning salió de la casa. Adrian se enderezó en su asiento, manteniendo la mirada fija en Manning mientras ésta se giraba para bajar por la calle, con el ceño fruncido y una expresión preocupada, cuando de repente el sonido de disparos estalló en el aire.

Los transeúntes gritaron mientras Manning se desplomaba en el suelo.

SEIS

La reacción de Adrian fue instantánea.

Arrancó el coche y salió bruscamente de su lugar de estacionamiento, maniobrando el vehículo en un giro de casi trescientos sesenta grados en la calle estrecha y vacía, hasta detenerse con un chirrido junto a Manning.

Para su alivio, pudo ver que Manning seguía respirando pero fingía estar muerta, acurrucada en posición fetal sobre la acera.

Adrian se inclinó y abrió la puerta del lado del pasajero. —¡Sube! —gritó.

Al oír su voz, Manning levantó la mirada, con los ojos desorbitados y aterrorizada. Dudó, pero solo durante una milésima de segundo, antes de levantarse y meterse a gatas en el coche, manteniéndose agachada mientras Adrian se alejaba a toda velocidad.

Adrian escudriñó los espejos laterales y retrovisor mientras aceleraba por la estrecha calle antes de girar bruscamente hacia Kensington High Street, ignorando los bocinazos irritados de otros conductores... pero nadie las perseguía.

—¿Quién era ese? —exigió saber Adrian, manteniendo los ojos en la carretera.

—N-no lo sé —tartamudeó Manning.

Adrian apretó los dientes con frustración. Incluso después de haberla rescatado de un maldito tirador, Manning seguía

mintiéndole. —Ahora es el momento de ser sincera conmigo. ¿Quién demonios te estaba disparando?

—No lo sé —repitió Manning. Se enderezó con cautela en su asiento después de echar una mirada vacilante a su alrededor antes de fulminar a Adrian con ojos entrecerrados—. ¿Me estabas siguiendo?

—Si lo estaba haciendo, fue una suerte para ti —dijo Adrian, decidiendo que era mejor no responder directamente—. Acabo de salvarte el pellejo. Tenemos que informar de esto a la policía. Te llevaré a Scotland Yard.

—¡No! Mira, te agradezco lo que hiciste ahí atrás, pero puedes dejarme salir ahora.

—¿Dejarte salir? Sorch —dijo Adrian, decidiendo que *definitivamente* ya estaban en términos de nombre de pila—, alguien acaba de intentar matarte. Déjame ayudarte.

Sorch se mordió el labio, como si estuviera debatiendo internamente. —Está bien —dijo, para sorpresa de Adrian—. Llévame a Scotland Yard. Pero solo quiero hablar con el DCI Stevens. Confío en él.

La implicación estaba ahí. *No confío en ti*. Adrian miró a Sorch; tenía la boca en una línea firme. No habría forma de discutir con ella.

—De acuerdo —dijo Adrian, aunque algo seguía pareciendo... extraño en Sorch.

Pero apartó esa sensación. Incluso si Sorch solo hablaba con Stevens, por fin tendría algunas respuestas.

New Scotland Yard - Unidad de Arte y Antigüedades
Londres, Inglaterra
1:02 P.M.

Adrian estaba sentada al borde del escritorio para visitantes que compartía con Nick, con la mirada fija en la puerta cerrada de la

oficina de Stevens. Él y Sorchá llevaban allí más de media hora; tuvo que contenerse para no irrumpir y exigir saber qué le estaba contando Sorchá.

—Si estás intentando escuchar a escondidas, no estás siendo muy sutil —comentó Nick, observándola con diversión.

Ella le lanzó una mirada molesta, pero sonrió. —La sutileza no es mi fuerte.

Él le devolvió la sonrisa. Se sintió aliviada de que Nick no estuviera enfadado con ella después de haberle confesado que había seguido a Sorchá. Nick simplemente le había dicho que no estaba sorprendido.

—Que sigas a Sorchá es algo muy típico de Adrian West —había dicho encogiéndose de hombros.

—¿Qué significa eso?

—Parece que simplemente no puedes *evitar* saltarte los protocolos. Es algo a lo que me acostumbré cuando estábamos en el buró. Me irritaba muchísimo, pero siempre obtenías resultados.

—No sé si sentirme ofendida o halagada —respondió Adrian, pero le dirigió una sonrisa de disculpa—. Lo siento, Nick. Somos compañeros en esto; técnicamente solo soy consultora... Debería haberte contado lo que planeaba hacer.

—Exactamente —asintió Nick, mirándola con firmeza—. Ahora, eso es algo que la antigua Adrian nunca habría hecho: disculparse —añadió, devolviéndole la sonrisa.

—¿No viste ni un vistazo del tirador? —preguntó Nick ahora, siguiendo su mirada hacia la oficina de Stevens.

—No. Creo que fue un francotirador apuntándole desde la distancia que se marchó poco después. Si yo no hubiera estado allí, podría haber disparado otra vez —dijo Adrian con seriedad.

—¿Quién querría disparar a una arqueóloga? —preguntó Nick, arqueando las cejas.

—Especialmente a una con un historial tan impecable —repitió Adrian, dirigiéndole una mirada cómplice.

Antes de que Nick pudiera responder, la puerta de Stevens se abrió y él se dirigió hacia ellos a grandes zancadas. Adrian se puso de pie de un salto, pero se tensó cuando vio la expresión tormentosa

en su rostro. Su habitual comportamiento afable había desaparecido; parecía positivamente furioso. Se detuvo junto al escritorio de Nick y Adrian, fulminándola con la mirada.

—¿Por qué estás acosando a la doctora Manning?

—¿Qué? —exclamó Adrian.

—La doctora Manning acaba de informarme que la seguiste y la retuviste en tu coche contra su voluntad, negándote a dejarla salir hasta que respondiera a tus preguntas.

La furia recorrió a Adrian, y maldijo internamente. Sorcha seguía recelosa con ella después del tiroteo. Debería haber sabido que haría algo así. —Eso no es cierto. Después de rescatarla de *disparos* que le estaban dirigiendo...

—Lo que ella quería denunciar, pero tú no la dejaste hasta que respondiera a tus preguntas.

—Jack... —intervino Nick, poniéndose de pie, pero Stevens levantó la mano, todavía fulminando con la mirada a Adrian.

—No está siendo sincera —espetó Adrian—. ¿Por qué yo...?

—¿Niegas haberla seguido?

—Creo que la doctora Manning está ocultando información en esta investigación —dijo Adrian tras una breve pausa.

—Eso responde a mi pregunta —exclamó Stevens—. Sabes, he oído todo sobre tu reputación cuando estabas en el FBI, lo difícil que eras. Pero dejé de lado mis reservas porque pensé que podrías proporcionar una visión valiosa, especialmente después del caso de Cleopatra.

—Jack, vamos. No hay necesidad de ir por ahí —dijo Nick con rigidez.

Adrian apretó los puños a los costados, tratando de sofocar su creciente ira. Sabía que su reputación de la época en Crímenes Violentos nunca desaparecería del todo, pero seguía siendo desconcertante que alguien se lo recordara. Una de las razones por las que había dejado la aplicación de la ley era para empezar de nuevo; su reputación académica ahora era impecable. Pero, por otro lado, lo que estaba en juego en el mundo académico no era vida o muerte.

—No puedo permitir el acoso a testigos —dijo Stevens, sin ceder—. Adrian, creo que es mejor que abandones esta investigación.

SIETE

Finca Conwyth
Tierras Altas de Escocia
7:06 P.M.

La ira invadió el cuerpo de Declan mientras recorría a grandes zancadas el largo pasillo que conducía al estudio principal. Un guardia apostado junto a la puerta se adelantó para detenerlo, pero Declan lo apartó de un empujón y entró como una tromba en el estudio.

Grant estaba reunido con varios miembros de la hermandad, con la mirada fija en algo que había sobre su escritorio. Dejaron de hablar cuando él entró.

Declan no dejó de caminar hasta quedar casi cara a cara con Grant, fulminándolo con una mirada penetrante.

—Le dije que Sorchá no iba a ser un problema. No había necesidad de intentar *matarla* —casi gritó las últimas dos palabras, apretando la mandíbula.

—Me temo que sí la había —respondió Grant con frialdad, haciendo un gesto para que se marchara el guardia que había entrado para llevarse a Declan—. Ha estado haciendo preguntas sobre la espada. Incluso la vieron subirse al coche de un agente federal estadounidense.

Un escalofrío le recorrió las venas, pero mantuvo su mirada fija en el rostro de Grant. —Sorcha no dirá nada.

—¿Está seguro? Mientras ande por ahí buscando la espada y metiendo a la policía en nuestra órbita, es una amenaza —Se irguió en toda su estatura, devolviéndole la mirada a Declan—. ¿No está comprometido con la causa?

—Lo estoy. Usted sabe que lo estoy.

—Entonces comprende que haré *lo que sea* necesario para promoverla. Nadie, y repito, nadie, podrá interponerse en nuestro objetivo final.

Declan se obligó a mantener una expresión neutral, ignorando sus emociones contradictorias mientras le daba a Grant un seco asentimiento.

—Ahora —continuó Grant, relajando los hombros—, ¿por qué no se une a nosotros?

Grant se hizo a un lado, señalando hacia su escritorio. El corazón de Declan dio un vuelco en su pecho cuando su mirada se posó en la espada. La empuñadura había sido retirada de la espada y desmontada.

—¿Qué ha hecho? —siseó Declan, mientras su ira volvía a rugir con vida.

—Cálmese —dijo Grant, levantando la mano—. Mire más de cerca.

Declan dio un paso hacia el escritorio, inclinándose para estudiar la empuñadura desmontada.

Se quedó paralizado ante lo que vio. Era tenue, pero había *marcas* inscritas en la parte inferior de la empuñadura.

—Parece que tenía razón, muchacho —dijo Grant—. Esta es una de *las* espadas, la que la hermandad ha estado buscando durante tanto tiempo. Estas marcas son un mensaje... para nosotros.

Londres, Inglaterra
7:17 P.M.

Adrian salió furiosa de Scotland Yard, con Nick justo detrás de ella, todavía aturdida. Ella y Nick habían intentado apelar a Stevens, y aunque su ira eventualmente se calmó, él insistió en que era mejor que ella abandonara el caso. Stevens incluso había hablado con Briggs sobre su decisión. No quería arriesgarse a que Sorchá presentara una queja oficial que subiera por la cadena de mando y se convirtiera en una pesadilla burocrática.

Nick se negó a trabajar sin ella, así que ahora ambos estaban fuera del caso.

Adrian respiró hondo, con la ira ardiendo en sus entrañas mientras pensaba en el engaño de Sorchá. Si creía que esto alejaría a Adrian de su rastro, estaba muy equivocada. Esto solo confirmaba que estaba ocultando algo relacionado con el robo de los artefactos, y fuera lo que fuese, valía la pena llegar a estos extremos para seguir haciéndolo.

—No vamos a volver a Estados Unidos con el rabo entre las piernas —dijo Adrian, con los ojos brillando de determinación mientras subían a su coche de alquiler para regresar al hotel.

Nick sonrió, pero parecía igual de decidido. —Estoy de acuerdo —dijo—. Deberíamos...

Se detuvo cuando su teléfono vibró, mirándolo. —Es un mensaje de Vince sobre la dirección que le enviaste, a la que fue Sorchá —Se quedó inmóvil mientras leía, levantando la mirada hacia ella con el rostro pálido—. Pertenece a Maksim Popov, un conocido traficante de armas.

Las manos de Adrian se tensaron sobre el volante. ¿Por qué una arqueóloga se reuniría con un traficante de armas? ¿Y qué tenía que ver esto con una antigua espada de la Edad de Hierro?

—Quizás quiera organizar la venta de los artefactos a traficantes de armas —dijo Nick, leyéndole el pensamiento.

Adrian lo consideró. Aunque era posible, apenas parecía probable.

—¿Cómo podría alguien como Sorchá estar conectada con un traficante de armas? Además, Vince dijo que viene de una familia adinerada. Apenas necesita vender artefactos robados —dijo.

—Sí... tienes razón. Esto demuestra que hiciste bien en seguirla —admitió Nick a regañadientes—. Y aunque estemos "fuera" del caso, ¿quién dice que no podemos quedarnos aquí en Londres como turistas? ¿Sabes? Las veces que he estado en Londres, nunca he visto la Abadía de Westminster.

Adrian sonrió. Cuando eran compañeros en el FBI, Nick siempre había sido muy estricto con las reglas. Pero desde su aventura en Egipto, se había vuelto cada vez más propenso a romperlas.

Nick le devolvió la sonrisa, pareciendo leerle la mente. —Eres una mala influencia, West.

—Oye, no me echas la culpa —respondió Adrian—. Esto es toda obra tuya.

Tan pronto como regresaron a su hotel, contactaron a Briggs desde la habitación de Adrian.

—Ya me enteré —dijo Briggs en cuanto respondió a la videollamada que le hicieron desde el portátil de Adrian. Su expresión era tensa—. El inspector jefe Stevens no está muy contento con ustedes dos.

—Nos dimos cuenta —dijo Nick con ironía.

Adrian se preparó, esperando la reprimenda, pero para su sorpresa, Briggs dijo: —Supongo que ustedes dos van a mandarlo todo al diablo y seguirán adelante, ¿no?

Ante su mutua expresión de sorpresa, Briggs se rio.

Ella y Briggs habían estado una vez enfrentados, cuando Briggs la trató como sospechosa de asesinato durante su tiempo en el caso de Cleopatra. Al principio no le había caído bien, su actitud de superioridad y su mentalidad apegada a las normas le recordaban por qué había dejado el FBI.

Sin embargo, desde que resolvió el caso de Cleopatra, la había tratado con nada más que respeto, incluso disculpándose por haberla sospechado. Ahora, su relación era profesionalmente cordial, con Nick insistiendo en que Adrian era la favorita de Briggs, aunque ya no fuera una empleada oficial del FBI. Adrian tenía que admitir que su relación con Briggs ahora era mejor que cualquiera que hubiera tenido con un superior en el FBI.

—Seamos honestos. Incluso si les hubiera ordenado a ambos volver a DC, no me escucharían. Y lo más importante, Vince me contó sobre el traficante de armas con el que se reunió la doctora Manning. Creo que todos podemos estar de acuerdo en que aquí está pasando algo más. Me encargaré de Scotland Yard desde aquí, tanto como pueda. Pero tengan cuidado y procedan con cautela.

OCHO

Chinnor, Inglaterra
1:15 P.M.

Briggs proporcionó a Adrian y Nick la ubicación y el código de acceso a una casa franca situada al norte de Londres en el pueblo de Chinnor que un contacto de la CIA les había facilitado.

La casa franca era en realidad una granja del siglo XIX con habitaciones espaciosas y luminosas, y un pintoresco jardín. Fácilmente podría haber servido como un bed-and-breakfast para turistas que visitaban el campo o londinenses que buscaban un respiro de la ciudad. Adrian y Nick habían conducido hasta aquí desde Londres después de dejar el hotel esa mañana.

Pero Adrian apenas sentía que estaba de vacaciones. Se apoyó contra la pared junto a la ventana de la cocina que daba al jardín, saboreando la taza de té de hierbas que se había preparado, repasando mentalmente los hechos del caso. Nick caminaba de un lado a otro frente a ella, con el ceño fruncido.

—Artefactos robados... definitivamente un trabajo interno, dado que los ladrones conocían la ruta y qué furgoneta atacar. Fuimos seguidos por un perseguidor desconocido en nuestro primer día en el caso. Sorchá Manning, arqueóloga principal de la excavación, se reunió con un conocido traficante de armas —después de lo cual

recibió disparos— y luego procedió a mentir a Scotland Yard sobre lo sucedido. Pero tiene antecedentes impecables.

—Sabemos que está involucrada de alguna manera —dijo Adrian—. Eso es obvio. No es descabellado pensar que ella puso a ese hombre tras nosotros, tal vez para asegurarse de que no nos acercáramos demasiado.

—Habiendo trabajado en Crímenes de Arte, no es inusual que empleados de museos estén involucrados en robos; de hecho, es común —añadió Nick—. Pero Sorchha ha estado con el Museo Británico durante años. Sabemos que es adinerada, y no hay indicios de ningún tipo de apuro financiero en sus registros bancarios. Probablemente ni siquiera necesita ese trabajo en el museo. Además, ha manejado artefactos mucho más valiosos que estos... el tesoro de Hereford de hace unos años es uno. Valía cientos de millones de dólares.

—Exactamente —dijo Adrian—. Entonces, ¿por qué estos artefactos en particular? —Dejó su té con el ceño fruncido.

Esa era la clave... *estos* artefactos en particular. Tendría que considerar una posibilidad que había descartado previamente.

—No puedo creer que esté diciendo esto, pero Stevens mencionó que los excavadores —lo que tenía que incluir a Manning— se referían a la espada como Excalibur.

Nick alzó las cejas escéptico.

—Lo sé, lo sé —dijo ella—. Pero esa espada es única. Si Manning cree que la espada está vinculada al mito del Rey Arturo...

—Leyenda —la corrigió Nick con una sonrisa burlona.

—...con lo que quieras llamarlo, eso tiene que ser lo que la hace diferente. Tal vez es tan simple como querer venderla a ese traficante de armas en el mercado negro, aunque no entendamos su motivo para hacerlo.

—¿Entonces quién le disparó? —preguntó Nick—. ¿Los ladrones que contrató para llevarse la espada? ¿Alguien que no quiere que la venda?

Adrian exhaló un suspiro. Solo estaban adivinando; no tenían toda la información que necesitaban. En Egipto, durante la búsqueda del tesoro de Cleopatra, tenían un experto con ellos que les ayudó

con información valiosa que necesitaban para seguir las pistas. Necesitaban a alguien similar... alguien que pudiera ayudarles a llenar los vacíos.

—Si estamos buscando los artefactos, principalmente, esta espada tan importante —dijo, mirando a Nick—, entonces tenemos que averiguar más sobre la leyenda que la rodea.

—¿Y cuál es?

—Excalibur.

Londres, Inglaterra
2:03 P.M.

Alguien ha estado aquí.

El terror inundó el cuerpo de Sorchá mientras observaba su piso destrozado. Alguien había puesto su apartamento patas arriba por completo.

El colchón de su cama de matrimonio estaba volcado, todos los cajones de su escritorio y cómoda habían sido vaciados, los libros arrojados de sus estanterías, los marcos de fotos hechos pedazos; incluso los muebles de la sala estaban volcados.

Afortunadamente, no tenía nada aquí que pudieran estar buscando... y sabía exactamente quiénes eran "ellos".

Las mismas personas que habían intentado matarla.

Sorchá había sido cautelosa al salir de Scotland Yard después del tiroteo, tomando calles secundarias y mezclándose con la multitud, su mirada escaneando continuamente su entorno. Había rechazado la oferta del DCI Stevens de llevarla de vuelta a su piso o de proporcionarle protección policial. Ya era bastante malo que hubiera pasado casi una hora en Scotland Yard. Le había mentado diciendo que se pondría en contacto con la policía de inmediato si se sentía remotamente insegura.

—¿Quién cree que le disparó? —había preguntado Stevens.

Ella había alegado ignorancia. El robo de los artefactos era de alto perfil, y ella era la arqueóloga principal de la excavación. —No lo sé. Tal vez alguien pensó que yo tenía algo que ver con ello. Hay muchos locos por ahí.

No se había atrevido a decirle la verdad.

Sorcha había decidido quedarse en un hotel bajo un nombre falso por la noche y había llamado al trabajo para reportarse enferma. Ahora, mientras observaba su piso destruido, sabía que sus instintos habían sido correctos. Ya no estaba segura en Londres. Necesitaba irse, y gracias a un mensaje de texto que había recibido anoche mientras estaba en el hotel, junto con la confirmación de un investigador privado que había contratado desde que robaron los artefactos, sabía exactamente a dónde iba a ir.

Sorcha corrió a buscar su bolsa de lona en el armario y comenzó a meter apresuradamente algunas pertenencias que necesitaría. Casi saltó de su piel cuando sonó su teléfono celular de respaldo, su cuerpo rígido de miedo. Había desechado su teléfono celular después de dejar Scotland Yard, y solo una persona tenía el número de su teléfono de respaldo, uno que había comprado poco después de que se descubrieran los artefactos.

—He oído lo del tiroteo. ¿Estás bien?

La voz cultivada de Michel Laurent se filtró a través del altavoz del teléfono cuando contestó, y sus hombros se hundieron con alivio.

—Sí. Solo estoy conmocionada. Pero alguien ha entrado en mi piso. Me voy de Londres ahora.

—Es sensato. ¿Sabes a dónde vas a ir?

—A algún lugar seguro —mintió. Si le decía a dónde iba realmente, él haría todo lo posible para detenerla.

—¿Sabes lo que significa? ¿Que intenten matarte?

—Sí. Que voy por buen camino.

—¿Qué hay de la policía?

Sorcha se tensó. Si él sabía sobre el tiroteo, por supuesto que sabía que había ido a Scotland Yard. Había reglas estrictas sobre involucrar a la policía.

—No los involucré a propósito, Michel. Una agente estadounidense que les está ayudando con el caso me estaba siguiendo y me rescató del tirador. Pero me ocupé de la policía. Deberíamos estar bien.

—Bien. No se puede confiar en ninguno de ellos.

—Lo sé —dijo Sorchá. Se sentía mal por mentirle al DCI Stevens sobre West, pero en última instancia, era por el propio bien de la entrometida estadounidense—. Ya he pedido una excedencia en el museo. Encontrar la espada es primordial; va a ser mi enfoque permanente hasta que la recupere. Nunca debería haber permitido que la robaran —añadió, con la voz temblorosa por la culpa.

—No puedes culparte por eso —respondió Michel, suavizando su tono—. Tus instrucciones eran claras. Si parecía que tenías algún interés particular en la espada, levantaría sospechas. Tenías que tratarla como a los demás artefactos.

Sorchá sabía que tenía razón, pero eso no le impedía sentirse responsable por su robo.

Especialmente cuando se había dado cuenta de quién era probablemente responsable.

—No estás sola en esto. Nunca lo has estado. He estado utilizando mis recursos para rastrear la espada, y otros también la están buscando. ¿Por qué no bajas al château? Podemos...

—No será necesario —dijo rápidamente—. Escucha, tengo que irme. No quiero arriesgarme a que venga alguien más mientras aún estoy en el piso. No es seguro aquí.

—Por supuesto. Pero... Sorchá —dijo, y hubo una larga pausa antes de que continuara, diciendo solo una palabra—. Declan.

Ella se puso rígida, lamiéndose los labios repentinamente secos.
—¿Qué pasa con él?

—Él tomó su decisión.

—Lo sé.

—Si interfiere con...

—Entiendo.

—¿De verdad? —insistió.

—Sí —mintió.

—Mantente en contacto. Y Sorchá, mantente a salvo. Sabes de lo que son capaces.

NUEVE

Oxford, Inglaterra
4:32 P.M.

Las Bibliotecas Bodleian, situadas en los terrenos de la Universidad de Oxford, consistían en bibliotecas de investigación y bibliotecas para varios departamentos de la universidad. Albergaban más de trece millones de artículos, que comprendían manuscritos raros y papiros antiguos, además de arte, mapas e incluso música.

La más famosa de las bibliotecas era la Biblioteca Bodleian principal, en uso continuo desde la época medieval. Una de las bibliotecas más antiguas de Inglaterra, solo la Biblioteca Británica la superaba en tamaño.

Como amante de las palabras y el lenguaje, a Adrian siempre le había encantado visitar la Bodleian para echar un vistazo a los manuscritos antiguos, y cada vez que estaba en Oxford —o incluso en Londres— se aseguraba de visitarla. Y como ventaja adicional, con su antigua arquitectura gótica, salas de lectura de cúpulas medievales y laberinto de túneles que corrían bajo tierra, visitar la Bodleian era como retroceder en el tiempo.

Adrian y Nick estaban esperando fuera de la Bodleian para reunirse con Finlay Morrow, profesora de clásicos medievales en Oxford y experta en la leyenda artúrica. Adrian esperaba que Finlay

podiera proporcionarles información útil sobre la leyenda de Excalibur que podría ayudarles con su investigación.

Mientras Finlay se acercaba, los labios de Adrian se curvaron divertidos ante la sorprendida reacción de Nick.

Finlay no parecía el típico personaje estirado de Oxford. Estaba en sus veintitantos con pelo morado, piercings por doquier, y era, con diferencia, la historiadora más moderna que Adrian conocía. Había conocido a Finlay en una conferencia académica en Londres varios años antes y le había caído bien al instante, con su personalidad excéntrica y su sentido del humor seco. Se habían mantenido en contacto a lo largo de los años, haciéndose amigas en redes sociales, intercambiando ocasionalmente correos electrónicos o mensajes de texto, y reuniéndose siempre que estaban cerca la una de la otra.

—Me emocionó recibir tu mensaje —dijo Finlay, conduciéndolos a ambos hacia un patio central después de que Adrian la presentara a Nick.

—Gracias por recibirnos. Lamento que fuera tan a última hora —dijo Adrian, mientras tomaban asiento en dos largos bancos en el centro del patio.

—Me estás haciendo un favor. Estaba buscando una excusa para procrastinar, he estado preparando una conferencia. Así que has aparecido en el momento perfecto —dijo Finlay con una sonrisa de arrepentimiento—. Entonces. ¿Mencionaste en tu mensaje que tienes algunas preguntas para mí?

—Estamos aquí en el Reino Unido trabajando con Scotland Yard en el robo del tesoro de Dorset —dijo ella, decidiendo omitir el hecho de que acababan de ser apartados del caso.

Finlay se enderezó, sus ojos abriéndose con entusiasmo casi cómico.

—Por favor, no malinterpretes mi entusiasmo —dijo rápidamente—. No estoy encantada con el robo —por supuesto que no— estaba deseando ver los objetos por mí misma una vez que los pusieran en exhibición. Simplemente he estado siguiendo el caso con gran interés. Estoy ansiosa por ayudar de cualquier manera posible.

—Entre los artefactos, había una espada de gran interés para los excavadores. La apodaron 'Excalibur' por la datación y los materiales de los que estaba hecha la espada. Creen que habría pertenecido a un Arturo 'histórico' —dijo Nick.

—Por eso estamos aquí —añadió Adrian—. Sentimos que estamos dando palos de ciego. Esperaba que pudieras ayudarnos a llenar algunos vacíos sobre la legendaria Excalibur.

—Bueno, hay una base histórica para toda esa historia de sacar una espada de una piedra —dijo Finlay—. En la época en que se fabricaban las espadas, se extraían de la piedra después de ser fundidas en un molde de piedra. También hay un elemento religioso, en términos de la 'piedra' de la que se extrajo la espada. Los británicos paganos creían que ciertas piedras antiguas representaban a sus dioses. Todavía hay piedras de ese tipo en los cementerios cristianos por toda la Gran Bretaña moderna: Cornualles, Yorkshire, incluso Gales. En cuanto a la Excalibur 'legendaria' —continuó Finlay—, nos llegó de Geoffrey de Monmouth, quien, por supuesto, nos dio gran parte del relato artúrico que conocemos hoy. Llamó a la espada Caliburnus, que luego fue traducida como Excalibur por escritores medievales franceses. Inicialmente, solo se describió como un arma muy fina, pero las cualidades sobrenaturales de la espada llegaron más tarde, alrededor del siglo XIII.

Adrian consideró lo que Finlay les había dicho, pero todavía no sabía cómo vincular la tradición con el aquí y ahora. Pensó en la reunión de Sorchá con el traficante de armas.

—¿Crees que podría haber algo en la espada ahora? ¿Alguna forma en que pueda estar vinculada a un arma real?

—Bueno, a menos que creas en la magia, no —dijo Finlay, sus labios contrayéndose con diversión—. Puedo ser una historiadora que cree que existió un Arturo histórico, pero incluso yo creo que 'Excalibur' era solo una espada elegante que quedó atrapada en una narración condenadamente buena.

—¿Conoces a la doctora Sorchá Manning del Museo Británico? —preguntó Nick.

—Por supuesto. Ha asistido a algunas de mis conferencias, y he sido consultora en algunas exposiciones para su departamento —dijo Finlay.

—¿Has estado en contacto con ella sobre los artefactos desaparecidos? —preguntó Adrian.

—No, no he hablado con ella en meses. —Los miró con sorpresa—. No creeréis que Sorchá tiene algo que ver con el robo, ¿verdad?

Adrian la estudió.

—¿Qué piensas tú?

—Puede que no la conozca muy bien, pero viene de una familia con dinero, así que no sé cuáles serían sus motivaciones —dijo—. Y la mujer es prácticamente una santa. Dona a la caridad e incluso hace visitas mensuales a hospitales locales para trabajo voluntario. Creo que es más probable que la Reina haya estado detrás del robo de los artefactos.

—Gracias por tu ayuda, Finlay —dijo Adrian, poniéndose de pie—. Y —debido a varias circunstancias— nos gustaría mantener nuestra visita aquí en silencio. Si alguien pregunta...

—Nunca estuvisteis aquí —dijo Finlay, sonriendo—. Mis labios están sellados.

Mientras Adrian y Nick se dirigían a donde habían estacionado su coche de alquiler, ella pensó en lo que Finlay les había dicho. La mejor teoría que se le ocurría era que quizás los ladrones creían que la espada tenía un vínculo real con el Arturo "histórico". Pero esto hacía que la participación de Sorchá fuera aún más misteriosa. Claramente no había ninguna motivación financiera para que ella ayudara en tal robo.

¿Qué estaba pasando por alto? ¿Eran incorrectas sus suposiciones?

Se volvió hacia Nick, quien también parecía estar sumido en sus pensamientos, cuando se detuvo en seco al ver a un hombre de pie junto a su coche de alquiler.

Estaba usando una delgada tira de metal en una de las ventanas, tratando de forzar la entrada.

El pánico la inundó. Era el mismo hombre que los había seguido en Londres.

Adrian se dirigió rápidamente hacia el hombre. Nick, quien también lo había visto, estaba justo a su lado.

El hombre inmediatamente huyó, girándose y corriendo hacia un callejón. Adrian y Nick salieron disparados tras él, decididos a no permitir que escapara por segunda vez.

El hombre corrió fuera del callejón y salió al otro lado de la calle. Adrian y Nick aceleraron el paso, siguiéndolo mientras entraba bruscamente en otro callejón.

Este callejón, sin embargo, no tenía salida, terminando en un callejón sin salida.

El hombre se dio la vuelta para enfrentarlos, sus ojos llenos de pánico.

Adrian y Nick se acercaron con cautela. Adrian se puso delante de Nick, sabiendo que ella le resultaría menos amenazante, levantando las manos para indicar que no pretendía hacerle daño.

—Solo queremos hablar contigo —dijo.

El hombre no dijo nada, su respiración agitada. Ella podía ver la mirada salvaje en los ojos del hombre, el puro pánico. Metió la mano en su chaqueta...

Nick la empujó hacia atrás, sacando su arma cuando el hombre desenvainó un cuchillo.

—*Praesidia arma aeternum!* —gritó el hombre, antes de alcanzarse y cortarse su propia garganta.

DIEZ

Oxford, Inglaterra
10:15 P.M.

Adrian salió bruscamente de la comisaría de St. Aldates, con Nick pisándole los talones. Se detuvo para tomar un respiro entrecortado, todavía conmocionada por todo lo que acababa de suceder.

Nick había llamado a la policía local, que se llevó el cuerpo del hombre, y voluntariamente fueron a la comisaría para ser interrogados. Si hubieran intentado huir, solo habría empeorado las cosas para ellos, y Adrian no quería repetir la experiencia que tuvo en Egipto, siendo perseguida por las autoridades. Afortunadamente, había cámaras de vigilancia en la calle que habían captado el suicidio del hombre en video, así que no eran sospechosos de su muerte.

Los dos detectives locales los habían interrogado extensamente. Respondieron con honestidad, diciéndoles que estaban en Inglaterra por un caso y que el hombre en cuestión los había estado siguiendo. Sabía que esto irritaría a Stevens una vez que le llegara la noticia de que seguían en el país, pero estaban a salvo fuera de su jurisdicción.

Los detectives habían identificado al hombre como James Poole, pero se negaron a darles más información, citando preocupaciones de privacidad y problemas de cadena de mando. Antes de salir de la comisaría, Nick se había comunicado con Briggs y Vince para

ponerlos al día, y Vince les prometió que les daría la última dirección conocida de Poole si podía encontrarla.

Continuaron hacia su coche de alquiler. Nick hizo una pausa, tamborileando los dedos sobre el capó mientras la miraba.

—Las últimas palabras de Poole —dijo—. ¿Tienes alguna idea de lo que dijo?

—Sé que estaba hablando en latín, pero solo entendí la palabra "praesidia", que significa "protectores" —dijo Adrian, estremeciéndose al recordar la mirada salvaje en los ojos de Poole cuando pronunció esas palabras.

—Genial. Eso solo puede significar que hay más de estos locos por ahí —murmuró Nick.

Adrian asintió, preocupada. La muerte de Poole había añadido una pregunta más a las muchas que ya tenía. ¿Por qué los seguía Poole? ¿Quién lo envió, ¿Sorcha? Si fue así, ¿cómo sabía dónde estaban?

¿Y qué secreto tenía que valía la pena morir por él?

Chinnor, Inglaterra

12:12 A.M.

—Gracias, Vince —dijo Nick—. Mantenme informado.

Colgó, mirando a Adrian, que estaba sentada en la pequeña mesa de la cocina de su casa franca. Ella le dijo que quería anotar lo que creía que Poole había dicho, incluso probando otros idiomas similares al latín en caso de que estuviera equivocada sobre su suposición inicial.

Vince había llamado a Nick con actualizaciones; era complicado obtener la última dirección conocida de Poole, ya que tenía varios alias bajo los cuales alquilaba apartamentos. Vince le dijo que Poole había nacido en Londres de padres de clase media, ahora fallecidos, y tenía antecedentes militares, sirviendo dos períodos en Afganistán. Poole había pasado tiempo en un hospital psiquiátrico después de su

tiempo en el ejército, probablemente debido a secuelas de TEPT, antes de desaparecer esencialmente de los registros públicos hace varios años. Sin antecedentes penales, nada.

Nick se acercó a Adrian y le informó de lo que Vince le había dicho.

—No quiero parecer tu padre, pero realmente deberías dormir un poco. No hay mucho más que podamos hacer hasta que tengamos una dirección de Poole —dijo.

—Tú primero —dijo Adrian, volviendo a mirar su trabajo.

—Touché.

Sonrió, pero no dejó de trabajar, anotando y tachando palabras en su bloc, sus hermosos rasgos tensos por la concentración. Él se apoyó en el marco de la puerta, observándola.

No se había dado cuenta de cuánto la había echado de menos hasta que trabajaron juntos en el caso de Cleopatra. Eran complementos perfectos, con su naturaleza analítica combinada con impulsividad arriesgada, y su franqueza combinada con cautela. Cuando Briggs le dijo que podía traer a quien quisiera para este caso, ya tenía en la punta de la lengua preguntarle si podía traer a Adrian.

—Si vas a quedarte mirándome —gruñó Adrian—, al menos podrías decirme en qué estás pensando.

Nick se rio entre dientes.

—Estaba pensando... te he visto volver a la vida, West.

Adrian lo miró.

—¿Qué quieres decir?

—Siempre has sido más apasionada cuando estás en un caso. Lo vi cuando éramos compañeros en el pasado. Lo vi en Egipto, y lo estoy viendo ahora. Deberías haber visto cómo se iluminó tu cara cuando te sugerí que asumieras este caso conmigo.

Adrian le ofreció una sonrisa, pero parecía dividida. Decidió preguntarle algo que había tenido en mente durante mucho tiempo, incluso antes de pedirle que se uniera a él en este caso.

—¿Considerarías quedarte? ¿Seguir trabajando en casos como estos en Delitos Artísticos? Entiendo por qué dejaste Delitos Violentos, pero esto es diferente. Sé que puedes verlo.

—No lo sé, Nick. Tengo toda una vida que he construido lejos del mundo de la investigación criminal —dijo ella, con conflicto en su rostro.

Nick tomó asiento frente a ella, sosteniendo su mirada.

—Nunca te lo dije, pero hace unos cinco años, estaba en Nueva York cuando diste una conferencia como invitada en Columbia. La de escrituras precolombinas en las Américas. Estaba abierta al público.

Los ojos de Adrian se abrieron con sorpresa... y dolor.

—¿Por qué no me saludaste?

—Habría sido demasiado difícil —dijo honestamente—. Te echaba de menos como amiga, como compañera. Probablemente te habría suplicado que volvieras a la oficina, y tengo mi orgullo. —Sonrió antes de volver a ponerse serio, inclinándose hacia adelante—. Pero hay algo que noté.

—¿Qué?

—Cada vez que discutes un caso, ya sea una teoría o una forma de avanzar, es como una luz dentro de ti que simplemente se enciende. Durante tu conferencia, sí, estabas emocionada y algo apasionada, pero no era lo mismo. No como te he visto ahora, o incluso en Delitos Violentos.

Adrian lo miró a los ojos, con tumulto en las profundidades de los suyos. Podía notar que había llegado a ella.

—Esa es solo mi opinión —dijo, levantando las manos—. Y ahora voy a seguir mi propio consejo e irme a la cama.

Giró sobre sus talones y se dirigió a su habitación, pensando en las palabras que no dijo. Qué correcto se sentía tenerla a su lado otra vez. Cuánto la extrañaría si volviera a su antigua vida... una vida a la que estaba seguro que ella ya no pertenecía.

ONCE

Cincuenta millas al norte de Londres, Inglaterra
10:17 A.M.

El dolor golpeó a Sorchá mientras desviaba su coche hacia el arcén de la concurrida autopista M40. Apagó el motor y cerró los ojos, luchando contra la oleada de lágrimas que amenazaba con desbordarse.

—¿Sorchá? —preguntó la voz preocupada de Michel por el teléfono, que tenía en modo altavoz mientras conducía—. ¿Sorchá?

—Solo... dame un minuto —dijo ella, esforzándose por mantener la voz firme, aunque lo que quería era sollozar. Gritar.

Sorchá había comenzado su largo viaje hacia el norte hace aproximadamente una hora. Había abandonado su destrozado apartamento para alojarse en otro hotel por la noche bajo un nombre falso diferente, deseando estar bien descansada para su viaje a Escocia. En caso de que la estuvieran rastreando, se sentía más segura conduciendo.

Michel tenía los recursos para enviarle un vuelo privado, pero si supiera adónde iba, intentaría detenerla o enviaría a un montón de sus hombres con ella, lo que provocaría un baño de sangre. Solo esperaba llegar a su destino y marcharse tranquilamente, espada en mano... con el menor derramamiento de sangre posible.

Acababa de acomodarse para el largo viaje cuando Michel la llamó para informarle del suicidio de James Poole. Mientras el dolor la invadía, quería culpar a West y Harper, pero sabía que ellos no tenían la culpa. Su muerte pesaba sobre sus hombros. Ella le había ordenado seguirlos, sabiendo que no estaba estable.

Pensó en su amistad con James. Él había compartido su dolor por la muerte de sus padres; también había estado muy unido a ellos. Ella le había confiado lo de su distanciamiento con su hermano y sus dificultades para estar a la altura del legado familiar sirviendo a la hermandad.

James, a su vez, le había contado sobre los horrores que había presenciado durante sus misiones en Afganistán y sus esfuerzos por recuperarse de todo lo que había visto. Habían compartido un vínculo genuino; era uno de los pocos amigos que tenía, uno que conocía todos sus secretos.

Y ahora estaba muerto.

¿Por qué lo hiciste, James? gritó en silencio. *Tu vida no valía este precio.*

—Nunca debimos permitir que se uniera —dijo, incapaz de ocultar su angustia—. Siempre fue demasiado...

—Era lo que él quería. Conocía el precio.

La voz de Michel había perdido su suavidad. Volvía a ser el hombre frío y aristocrático que Sorchá había conocido años atrás cuando aún era una niña, no la figura paternal en la que se había convertido. Ella sabía que era capaz de calidez, de cariño; había estado muy unido a sus padres y la había acogido bajo su protección tras sus muertes.

Pero cuando se trataba de la causa, podía volverse frío como el hielo y determinado. Nunca había estado tan unido a James como ella. Para él, James era solo un recurso. Una herramienta para ayudar a proteger el secreto que la hermandad había ocultado durante siglos.

—Gracias por informarme —dijo ella, forzándose a eliminar la emoción de su voz. James había dado su vida para proteger el secreto; ella haría lo que fuera necesario para asegurarse de que no hubiera sido en vano.

—¿Adónde vas exactamente? —preguntó Michel de repente—. Nunca me lo dijiste. —Cuando ella no respondió de inmediato, su voz se elevó con urgencia—. SORCHA. ¿Qué vas a hacer?

—Lo que debería haber hecho desde el principio —dijo, antes de finalizar la llamada, mientras la determinación crecía en su pecho al arrancar su coche y volver a la autopista.

Birmingham, Inglaterra
11:07 A.M.

Adrian y Nick se detuvieron frente a un edificio de apartamentos deteriorado en las afueras de Birmingham. Vince les había llamado temprano esa mañana con la última dirección conocida de Poole, y habían salido inmediatamente de Chinnor para el viaje de casi dos horas hacia el norte.

—Briggs quería que te dijera que lo que decidas hacer con esta información depende de ti —había dicho Vince después de que Nick activara el altavoz—. Si decides seguir adelante, nosotros no sabemos nada al respecto.

Adrian seguía cansada. Había dormido poco; las palabras de Nick la noche anterior sobre su carrera académica habían resonado en ella. No le había dicho que ella tenía los mismos pensamientos.

Su trabajo académico nunca le había proporcionado la misma emoción que la investigación criminal. Saber que había salvado una vida o llevado a un asesino ante la justicia le daba un nivel de satisfacción que impartir una buena conferencia o publicar un artículo bien investigado simplemente no le proporcionaba. Se recordaba constantemente las razones por las que había dejado el FBI en primer lugar. La burocracia, las constantes batallas con sus superiores, los conflictos interdepartamentales. Aquel último y terrible caso antes de finalmente renunciar.

Pero seguía sintiéndose... insegura.

Adrian dejó a un lado sus pensamientos tumultuosos; necesitaba concentrarse únicamente en este caso por ahora.

Intercambió una mirada con Nick antes de salir y acercarse al edificio de apartamentos. Ambos sabían que lo que estaban a punto de hacer era peligroso y, francamente, ilegal. Pero no tenían tiempo para pasar por todas las complicaciones internacionales necesarias para obtener una orden de registro del apartamento de Poole. Necesitaban información, y la necesitaban rápido.

El edificio, como era de esperar, no tenía entrada asegurada. Pudieron entrar con facilidad, dirigiéndose al tercer piso. El aire estaba cargado con el hedor a mohos, y el viejo suelo de madera crujía peligrosamente bajo sus pies. Se movieron con cuidado; el apartamento de Poole estaba al final del pasillo.

Adrian se apartó mientras Nick abría fácilmente la endeble cerradura y empujaba la puerta.

El apartamento de Poole era un pequeño estudio que parecía apenas habitado. El único mobiliario era un fino colchón en el suelo y una silla. Adrian se acercó al colchón, levantándolo para ver si había algo escondido debajo. Para su sorpresa, había dos tablas del suelo visiblemente sueltas. Las levantó, viendo que conducían a un espacio lo suficientemente grande para que cupiera un hombre, posiblemente dos. Pero estaba vacío.

Decepcionada, dirigió su atención a una pequeña bolsa de lona que estaba en la silla. La registró mientras Nick revisaba los armarios sobre la minúscula cocina.

La bolsa solo contenía ropa vieja. Estaba a punto de dejarla a un lado, pero vio un colgante de bronce en el fondo. Apartando la ropa, lo sacó de la bolsa.

—Nick. Mira esto.

Nick se acercó y se arrodilló junto a ella mientras sostenía el colgante, abriéndolo.

En el interior, había letras inscritas en el centro en un patrón circular, sin un orden discernible.

—Debe ser un mensaje oculto o un código —dijo ella, mirando a Nick.

—Por supuesto que lo es —dijo Nick con un suspiro—. ¿Alguna forma de descifrarlo?

—Después de todas mis ideas de anoche, llegué a la conclusión de que sus últimas palabras estaban de hecho en latín —dijo—, así que voy a suponer que si hay un mensaje oculto aquí, está en latín. Podría ser posiblemente un criptograma. Como esto está grabado, probablemente sea un tipo de código más antiguo... algo así como un cifrado clásico. Así es como intentaré descifrarlo.

Adrian sabía que estaba haciendo muchas suposiciones, pero en este momento, no tenía nada más en qué basarse. Sacó su teléfono y transcribió las letras en una aplicación de documentos.

—¿Cómo funciona esto? —preguntó Nick—. ¿No necesitas una clave para descifrar un criptograma?

Adrian no respondió de inmediato, estudiando las letras en su teléfono. Sabía leer latín clásico, así que esperaba tener razón en su suposición de que, si había un código oculto, estaba en latín.

—Sí. Pero cuando no tienes una, puedes usar algo llamado análisis de frecuencia —dijo. Levantó la vista de su teléfono, lanzándole una mirada de reproche—. ¿No tomaste el curso de criptografía en la academia?

—Eso era opcional. No soy un empollón, West.

—Dice el licenciado en historia del arte —replicó irónicamente, volviendo a concentrarse en las letras.

—Eso fue únicamente porque me gustaba una chica que se estaba especializando en ello —dijo Nick, encogiéndose de hombros—. No aprendí nada.

—Bueno, si hubieras tomado la clase de criptografía, sabrías que el análisis de frecuencia funciona identificando con qué frecuencia aparecen ciertas letras en el cifrado, y luego usando algo de intuición para vincular letras relacionadas con ellas.

—Vale —dijo Nick lentamente.

—En latín, las letras más comunes son I, E y A. Por lo tanto, podemos suponer que...

—Muchas de las letras en el colgante corresponden a cada una de esas letras.

—Exactamente. Empezaré con la I —dijo Adrian, mordiéndose el labio inferior mientras descifraba cuidadosamente varias de las letras en el colgante.

Nick guardó silencio, permitiendo que Adrian se concentrara, mientras ella reemplazaba cuidadosamente las letras hasta que tuvo una clave utilizable.

—Vale —dijo, cuando terminó—. Ahora voy a usar las palabras que sustituí. No será una coincidencia perfecta, pero puede acercarme.

Transcribió cuidadosamente las letras usando la clave que había elaborado. Nick se movió para mirar su teléfono mientras ella escribía las letras, pero no formaban nada descifrable.

—No tiene mucho sentido —observó Nick, amablemente.

—Mi clave debe estar equivocada —dijo ella, apretando los dientes con frustración—. Pasemos a la siguiente letra. Tú trabaja en la E. Yo trabajaré en la A.

Mientras Adrian y Nick se ponían a transcribir, el repentino sonido de pasos retumbando por el pasillo la hizo congelarse. Nick también se quedó inmóvil, llevando su mano a su arma.

Los pasos se dirigían directamente hacia ellos.

DOCE

11:17 A.M.

Adrian contuvo la respiración, con el corazón golpeando violentamente contra su caja torácica.

Las tablas del suelo sobre ella crujieron mientras las pesadas botas de varios hombres se movían por el pequeño apartamento.

Adrian y Nick estaban acurrucados en el espacio que habían encontrado debajo del colchón. Nick había logrado arrastrar parcialmente el colchón sobre las tablas bajo las que estaban tumbados justo antes de que la puerta del apartamento de Poole se abriera de golpe. No habían tenido tiempo para escapar; era la mejor opción que tenían en ese momento.

Ella y Nick estaban apretados uno contra el otro; podía sentir los fuertes latidos de su corazón. A pesar del peligro del momento, una fisura de excitación se abrió paso a través de ella, así como una sensación de confort por estar tan cerca de él. Adrian ignoró la persistente atracción del deseo, inclinándose más hacia la sensación de seguridad. Ella y Nick habían enfrentado muchos momentos peligrosos antes, y a pesar de ser más que capaz de defenderse por sí misma, siempre se sentía más segura con él a su lado.

Juntos, escucharon las pesadas pisadas de los hombres arriba. Los hombres hablaban poco, pero las pocas palabras que oyó eran en inglés británico. Parecía que un hombre estaba dando órdenes a

los otros dos. ¿Mercenarios? ¿Soldados? ¿Cómo estaban vinculados a James Poole?

Su corazón casi se detuvo cuando escuchó un par de pasos detenerse justo encima de donde ella y Nick estaban escondidos.

—Richard, ¿has encontrado algo?

—Ni una maldita cosa —respondió el tercer hombre—. Pero por lo que me dijeron, el hombre vivía como un monje.

Hubo más pasos y ruidos de movimiento hasta que, finalmente, el líder dijo:

—No tiene caso. No hay nada aquí.

El alivio invadió a Adrian cuando escuchó a los hombres dirigirse hacia la puerta. Su alivio fue efímero cuando unos pasos se detuvieron junto a la puerta. En su mente, casi podía ver la mirada del hombre recorriendo el pequeño apartamento.

Su pecho se tensó cuando los pasos regresaron al apartamento, lentos y deliberados. Su pulso se aceleró mientras los pasos se detenían justo al lado del colchón que ocultaba su escondite.

Pudo oír cómo apartaba el colchón de una patada. Podía sentir su mirada taladrando el suelo.

Los segundos parecían arrastrarse una eternidad hasta que escuchó a uno de los otros hombres llamándolo desde el pasillo, diciéndole que tenía una llamada. El hombre pareció quedarse sobre ellos durante varios largos momentos antes de que sus pasos finalmente se alejaran del apartamento, cerrando la puerta tras él.

Adrian y Nick permanecieron inmóviles durante un tiempo hasta que Nick empujó con cautela las tablas del suelo. Salió gateando, seguido por Adrian.

Ella inmediatamente se dirigió a la ventana que daba a la calle. No había señal de los hombres.

No esperaron ni un segundo más, salieron sigilosamente del apartamento, saliendo por una entrada trasera que daba a un callejón sucio, examinando los alrededores mientras se dirigían a su coche de alquiler.

—¿Quiénes crees que eran? —preguntó Nick tan pronto como estuvieron en el coche, saliendo de la ciudad.

—Sonaban como personal contratado. Mercenarios. Sin duda relacionados con los artefactos robados.

Sacó el colgante de su bolsillo, sintiendo crecer su determinación mientras lo miraba. Si pudiera decodificarlo, tenía la sensación de que les daría algún tipo de respuesta.

Mientras Nick conducía, tomando caminos secundarios y comprobando frecuentemente el retrovisor por si los seguían, ella intentó resolver el criptograma usando la letra A, pero solo produjo más galimatías. Lo intentó de nuevo, esta vez usando la letra E.

Adrian se quedó inmóvil cuando tecleó un mensaje realmente discernible.

—Nick.

Nick miró de reojo mientras Adrian levantaba su teléfono. El mensaje decodificado decía:

PRAESIDIA ARMA

SEDIS GENTIS DEARGAN

—*Praesidia arma* —dijo Adrian, bajando su teléfono para mirar la pantalla—. Eso es latín para "protectores del arma". Eso debe ser lo que James Poole dijo antes de suicidarse. "Sedis Gentis Deargain" significa "Sede del Clan Deargain".

Miró a los ojos de Nick, con el corazón martilleando. —El mensaje se refiere a un lugar.

TRECE

*Finca Conwyth
Tierras Altas de Escocia
1:07 P.M.*

Declan se mantenía junto a Grant, quien miraba ceñudo a la menuda mujer de pelo morado llamada Finlay.

Todos estaban reunidos en el estudio; Grant lo había convocado allí poco después de la llegada de Finlay. Todavía había tensión entre él y Grant; seguía furioso porque Grant había enviado a alguien tras Sorchá. Declan se había puesto en contacto secretamente con Sorchá por primera vez en años la noche anterior, enviándole un mensaje de texto advirtiéndole que dejara de buscar la espada, que abandonara el país por su propia seguridad, ignorando los mensajes que ella había enviado en respuesta. Le dijo a su atormentada conciencia que al menos había hecho algo para protegerla de Grant.

Podrías hacer más, susurró una voz fantasma, que se obligó a ignorar. Se había dedicado a la causa; no iba a echarse atrás ahora.

No podía.

Ahora, estudiaba a Finlay, encontrando difícil creer que esta pequeña hada fuera miembro de la hermandad, aunque Grant le había dicho que sus difuntos padres habían sido miembros, y que ella estaba firmemente dedicada a la misión de la hermandad.

—La señorita Morrow acaba de informarnos que tuvo una encantadora charla con dos agentes federales estadounidenses que buscan la espada —dijo Grant, con los puños apretados a los costados.

Declan se tensó con sorpresa y sospecha, pero Finlay se mantuvo firme, devolviendo la mirada a Grant. De hecho, no parecía en absoluto intimidada ni por Grant ni por Declan.

—Una de esas agentes, una ex agente, debo añadir, es Adrian West. La conozco. Si hubiera ocultado cualquier cosa, habría sospechado de mí. Esa mujer puede oler el engaño a un kilómetro de distancia. Pude darme cuenta de que ni ella ni su compañero sabían nada. Su atención estaba centrada en Sorch Manning —soltó un bufido de incredulidad—. Creo que piensan que ella está detrás del robo de los artefactos. Les conté hechos históricos genéricos sobre la leyenda de Excalibur. Incluso defendí la inocencia de Sorch para desviar su atención.

El cuerpo de Declan se puso rígido al oír mencionar a Sorch, pero mantuvo una expresión neutral.

—¿Y James Poole? —presionó Grant.

—No sabía que ese lunático los estaba siguiendo —espetó Finlay—. Ahora, si has terminado de interrogarme, ¿quieres mi ayuda con la espada o no? Supongo que por eso me has mandado llamar.

Después de varios momentos largos, Grant le dio un brusco asentimiento. Finlay pasó junto a él hacia el escritorio, donde descansaba la espada desmontada.

Los ojos de Finlay se agrandaron con asombro, y Declan sintió una oleada de aprecio. Muchos de los mercenarios que Grant había contratado daban por sentada la importancia de la espada. Podía notar que Finlay la admiraba tanto como él.

Se puso un par de guantes que Grant le entregó mientras levantaba la empuñadura de la espada, pasando sus dedos sobre las marcas inscritas allí.

—La escritura Ogham —susurró—. Por supuesto que usarían la escritura Ogham.

—Nuestros expertos ya lo han determinado —dijo Grant con desdén—. Pero hasta ahora no han podido entender qué podrían

significar las letras que han descifrado. No están seguros del idioma... podría ser latín, irlandés primitivo, incluso picto.

—Dame algo de tiempo —dijo Finlay, rebuscando en su bolso.

—No tardes demasiado —dijo Grant—. El tiempo es esencial.

Finlay le lanzó una mirada molesta.

—Soy consciente de lo que está en juego, Grant.

La cara de Grant enrojeció, pero Finlay lo ignoró, concentrándose por completo en la espada. De nuevo, Declan quedó impresionado por la falta de intimidación de Finlay ante Grant, algo que claramente irritaba al hombre mayor. Estaba tratando a Grant Macleod, el rico e influyente líder de la hermandad, como si fuera una molestia.

—Bien. Sabes dónde está tu habitación —dijo Grant con tensión—. Vendré a ver cómo vas en un par de horas. Declan se quedará contigo.

—No necesito que uno de tus matones me vigile —espetó Finlay.

—Declan. Se. Quedará. Contigo —respondió Grant, dirigiéndole a Declan una mirada firme antes de abandonar la habitación.

Finlay esperó hasta que Grant salió, poniendo los ojos en blanco.

—Ese hombre tiene un palo gigante metido por el culo —anunció, volviendo su atención a las inscripciones.

Declan tuvo que contener una carcajada, tratando de forzar una expresión severa en su rostro. Finlay levantó el microscopio digital que había sacado de su bolso, acercándose a las inscripciones.

—Es una lástima que Sorchha haya escogido el bando equivocado —comentó con indiferencia.

Declan no pudo evitar erizarse ante esas palabras, reprimiendo el instinto de defender a Sorchha. Sabía que Grant tenía cámaras en la habitación y probablemente los estaría observando. Grant apenas confiaba en él; no serviría de nada defender a Sorchha.

—¿Qué te hizo unirme al bando de Grant? —continuó Finlay.

Declan estuvo tentado de no responder. Había algo en su tono que no le gustaba. A pesar de su anterior admiración por cómo se había enfrentado a Grant, estaba empezando a irritarle.

—Mantener el arma escondida es un error —dijo finalmente—. La antigua hermandad se equivocó al hacerlo. Una vez que la

encontremos, nos aseguraremos de que no caiga en las manos equivocadas.

Finlay levantó la mirada de la espada, con los ojos abiertos de incredulidad.

—¿Eso es lo que Grant te dijo? —preguntó en voz baja.

La inquietud le recorrió la base de la columna. *No la escuches*, se dijo. *Solo está intentando sembrar dudas*.

Pero ya tenía dudas. Habían comenzado en cuanto vio a un joven conductor inocente recibir un disparo ante sus ojos.

—No diré nada más, porque sé que el bastardo paranoico tiene cámaras en la habitación —dijo Finlay, manteniendo la voz baja—. Pero deberías averiguar qué planea *realmente* hacer Grant con el arma cuando la encuentre.

CATORCE

Espacio aéreo sobre Derbyshire, Inglaterra
5:37 P.M.

Adrian miró por encima de las nubes mientras el avión en el que iban ella y Nick volaba hacia el norte, esperando estar en la pista correcta.

Les había llevado algo de investigación, pero habían determinado adónde conducían las palabras del colgante. Una finca enclavada en las Tierras Altas escocesas, aproximadamente a sesenta y cinco kilómetros al sur de Inverness. La propiedad había sido construida originalmente por el jefe del clan Deargain, el nombre que aparecía en el colgante de Poole. Actualmente la finca pertenecía a un propietario privado. Tan pronto como supieron su ubicación, reservaron el siguiente vuelo desde Birmingham a Inverness.

Habían debatido si decirle a Briggs adónde iban. Adrian tenía recelos de contárselo, temiendo que insistiera en que no fueran sin refuerzos, lo que llevaría tiempo organizar. Pero Nick había insistido en que era mejor mantener a Briggs informado. Si iban al lugar correcto, necesitarían refuerzos, y Briggs tendría contacto con las autoridades locales para ayudarles con eso.

Finalmente él la había convencido, y habían hablado con Briggs antes de partir. Briggs, efectivamente, les había dicho que no se acercaran ni entraran a la finca, sino que la vigilaran desde la

distancia e informaran mientras Vince realizaba una investigación exhaustiva sobre quién vivía allí actualmente. Ese era otro beneficio de mantener a Briggs y a Vince al tanto, tuvo que admitir a regañadientes. Vince podía conseguir información a la que ellos tenían dificultad para acceder por su cuenta.

El vuelo en el que iban fue afortunadamente breve. Tan pronto como llegaron al Aeropuerto de Inverness, alquilaron un coche y se dirigieron hacia el sur, rumbo a las Highlands.

Adrian contempló los impresionantes paisajes que los rodeaban. El cielo estaba bañado con una variedad de colores, desde morados hasta rosas y naranjas mientras el sol se ponía más allá del horizonte. Colinas verdes ondulantes y montañas a lo lejos los rodeaban, intercaladas por extensos valles que brillaban bajo el sol poniente. Las Tierras Altas escocesas, relativamente aisladas durante gran parte de su historia, habían sido el hogar de clanes que luchaban entre sí y que dominaron estas tierras, tierras que conocían bien, durante siglos. Incluso ahora se sentía distante y aislado de las otras bulliciosas ciudades del Reino Unido, y ella fue cada vez más consciente de lo solos que estaban Nick y ella... y el riesgo que estaban corriendo.

—Briggs tiene razón. Cuando lleguemos, deberíamos mantenernos a distancia —dijo—. Ver si hay hombres patrullando los terrenos. Necesitamos saber a qué nos enfrentamos por si necesitamos refuerzos.

—Entendido —asintió Nick—. Y nada de impulsividad al estilo Adrian West, ¿de acuerdo? Si hay un ejército de esos mercenarios que vimos en el apartamento de Poole...

—¿Yo, impulsiva? —preguntó Adrian, levantando las manos en fingida inocencia—. No sé a qué te refieres.

Aproximadamente media hora después, justo después de que el sol hubiera realizado su descenso final, giraron hacia un camino estrecho que conducía a una extensa finca en la distancia.

Nick se detuvo y apagó las luces; ambos sacaron los prismáticos que habían comprado en Birmingham antes de tomar su vuelo hacia el norte.

Adrian miró a través de sus prismáticos, sintiendo que se le encogía el corazón, porque podía distinguir vagamente a hombres patrullando los terrenos... y estaban armados. Bajó los prismáticos, sintiendo que la derrota se apoderaba de ella. No debería haberse sorprendido; quien estuviera involucrado en todo este asunto tenía que tener recursos para mantener la finca bajo vigilancia cuidadosa. Esto era completamente opuesto a irrumpir en un apartamento de mala muerte. No había manera de que pudieran acercarse al lugar sin refuerzos. No tenían más remedio que llamar a Briggs.

—Veo que estás pensando lo mismo que yo —dijo Nick con un suspiro—. Voy a llamar a Briggs, a ver si podemos conseguir refuerzos. Puede que tome algunas horas lidiar con todos los obstáculos por los que tiene que pasar, pero la oficina local del FBI puede ayudar. Las respuestas tienen que estar en esa finca.

Adrian asintió en señal de acuerdo. Por mucho que odiara alertar de su presencia a quien estuviera en la finca, sabía que era su mejor opción para entrar.

Justo cuando Nick sacaba su teléfono, un SUV de repente aceleró hacia ellos desde atrás, frenando bruscamente justo a su lado. Otro automóvil se detuvo frente a ellos, encerrándolos.

El pánico invadió a Adrian cuando varios hombres armados salieron del SUV y se acercaron, apuntándoles con rifles.

Un hombre intimidantemente grande dio un paso al frente, sus ojos oscuros brillando con peligro.

—Vendrán con nosotros o empezaremos a disparar.

QUINCE

*Finca Conwyth
Tierras Altas de Escocia
8:02 P.M.*

El hombre corpulento que había agarrado a Nick *no* fue nada gentil. Nick ya podía sentir cómo se le formaba un moretón en la parte superior del brazo debido al trato brusco del hombre.

Después de que Adrian y Nick salieron del coche, él intentó ponerse delante de Adrian, pero su dura compañera ya se había girado hacia los hombres, bajando su cuerpo para patear a uno de ellos. El golpe aterrizó entre los muslos del hombre, quien dejó escapar un gemido de dolor.

Otro hombre se abalanzó para agarrar a Adrian y sujetarla. La furia recorrió a Nick, quien logró zafarse del agarre del hombre que lo sujetaba para correr hacia su compañera, pero otro hombre le dio un puñetazo en el estómago.

Uno de los hombres vendó los ojos a Nick y lo metió en un coche. Los hombres ignoraron sus súplicas para liberar a Adrian durante el breve trayecto, tras el cual sacaron bruscamente a Nick del coche y lo condujeron al interior de lo que él supuso era la finca.

Nick casi tropezó cuando lo empujaron hacia las escaleras descendentes, y escuchó al hombre detrás de él soltar una risita. *Imbécil*. El hombre obligó a Nick a bajar el resto de las escaleras y

recorrer un largo pasillo antes de empujarlo a otra habitación que olía a humedad. *¿Sótano? ¿Bodega?*

Sus captores lo empujaron a una silla, atándole las manos y las piernas. Luego le arrancaron la venda de los ojos.

El mismo hombre alto y de cabello oscuro que les había ordenado salir del coche lo miraba con desprecio.

—¿Quién eres? —exigió.

—¿Dónde está mi compañera? —replicó Nick—. No responderé ninguna pregunta hasta saber que está a salvo.

Su nuevo mejor amigo, el hombre corpulento que estaba al lado de Nick, le propinó un puñetazo en el estómago por su respuesta. Nick se dobló, apretando los dientes para no gritar de dolor.

—No estás en posición de hacer exigencias —siseó el hombre—. Te preguntaré por última vez. ¿Quién eres y por qué estás aquí?

Nick permaneció tercamente en silencio, mirándolo fijamente. El hombre soltó un suspiro.

—Muy bien —dijo, dando un paso amenazador hacia adelante.

Nick cerró los ojos, preparándose para el dolor.

Las cuerdas que ataban los brazos y piernas de Adrian a la silla se clavaban dolorosamente en su carne, pero ignoró la incomodidad, fulminando con la mirada al hombre mayor y refinado que estaba sentado frente a ella.

Estaba en un estudio espacioso y ornamentado. El hombre estaba sentado en el borde de su escritorio, con los brazos cruzados y una sonrisa agradable en su rostro, como si simplemente estuvieran compartiendo una taza de té. Otro hombre, un guardia, estaba de pie a varios metros a su izquierda, con la mano apoyada ligeramente en la pistola enfundada en su cadera.

—No quiero hacerte daño, querida. Me considero un caballero y nunca pondría las manos sobre una mujer. Especialmente una tan hermosa como tú. Sin embargo —su voz se redujo, adquiriendo un tono peligroso—, haré lo que deba hacer.

Adrian no reaccionó, manteniendo su mirada fija en la de él.

—Ahora dime —dijo el hombre, mientras la sonrisa agradable volvía a su rostro—. ¿Quién eres y por qué estás aquí?

Adrian no respondió. El hombre no pareció sorprendido por su falta de respuesta. Simplemente se encogió de hombros y se puso de pie.

—Está bien —dijo, subiéndose las mangas de la camisa. Adrian se preparó, y el hombre lo notó, dándole una sonrisa oscura—. Acabo de decir que no dañaré a una mujer. Lo haré si tengo que hacerlo. Pero primero quiero volver a presentarte a alguien. —Se volvió hacia la puerta, alzando la voz—. Tráela.

Para asombro de Adrian, un guardia arrastró a una Finlay enfadada y forcejeando. Al principio, Adrian temió que también la hubiera tomado como rehén, pero se liberó del guardia y miró al hombre con furia.

—Grant, ¿qué demonios es esto? —siseó Finlay.

—¿Te contó tu amiga Finlay sobre nosotros? —preguntó Grant a Adrian, ignorando a Finlay.

—¿Finlay? —jadeó Adrian, pero Finlay ni siquiera le dirigió una mirada.

—¿Hablas en serio? ¿Todavía no confías en mí? —espetó Finlay—. Te dije cómo es West, era inevitable que encontrara este lugar. Mátala y acabemos con esto.

La incredulidad invadió a Adrian. No se comportaba nada como la Finlay amistosa y cálida que Adrian conocía. Grant observaba a Adrian de cerca, claramente buscando cualquier señal de engaño.

—Si necesitas mi ayuda, déjame volver a mi trabajo —dijo Finlay, todavía mirando con enojo a Grant.

Grant estudió a Finlay y luego el rostro asombrado de Adrian durante otro momento antes de soltar una risa baja.

—Mis disculpas, señorita Morrow —dijo—. No la molestaré de nuevo.

Mientras Finlay pasaba junto a ella, pareciendo más molesta que cualquier otra cosa, Adrian no pudo evitarlo.

—Finlay —susurró—. ¿Por qué?

Finlay no respondió. Simplemente le lanzó una mirada fría y despectiva antes de salir del estudio.

Cuando la puerta se cerró tras ella, Adrian cerró los ojos, helada hasta los huesos.

—Parece que no conocías realmente a tu amiga Finlay —dijo Grant, negando con la cabeza—. Ella es una de nosotros, como lo fueron sus padres.

Adrian superó su conmoción, centrando su atención en Grant.

—¿Quién es... nosotros?

—Responde primero a mi pregunta, señorita West —respondió Grant. Cuando ella permaneció en silencio, él soltó un suspiro. Extendió la mano y tomó un iPad que había estado descansando sobre su escritorio, presionando un botón antes de sostenerlo para que ella pudiera ver.

El terror inundó el cuerpo de Adrian ante el video que se transmitía en la pantalla. Nick estaba sentado en un sótano, inclinado hacia delante e inquietantemente quieto, con la cara muy magullada y sangrando. El terror se desvaneció y una furia ardiente la atravesó; se sacudió hacia adelante en su silla.

Grant sonrió, como si le divirtiera su reacción.

—Ahora bien, con tu compañero, no tengo ningún problema en lastimarlo. Y seguiré lastimándolo hasta que muera. A menos que empieces a hablar.

Adrian permaneció inmóvil, con el corazón en la garganta. Grant dejó escapar otro suspiro antes de tomar su teléfono, todavía sosteniendo el iPad. El hombre grande en la habitación con Nick respondió al teléfono.

—Wolfe, tienes mi permiso para... —comenzó Grant.

—Espera —dijo ella. Sabía lo que Nick querría que hiciera. *Tranquilízate, West. Puedo soportar una paliza.*

Pero *ella* no podía permitir que le dieran una paliza. Le diría a este hombre lo suficiente de la verdad para mantenerlo satisfecho, y quizás aprovecharse de algunos de sus aires de "caballero". Briggs sabía que ella y Nick estaban aquí; solo necesitaba ganar algo de tiempo.

—Olvídalo —dijo Grant—, pero mantente alerta.

Grant levantó las cejas mientras la estudiaba, bajando el iPad.

—Te diré quiénes somos y por qué estamos aquí —dijo ella—, pero primero, ¿podrías al menos aflojar mis ataduras? Me están haciendo daño.

—No —dijo Grant inmediatamente—. Puedo ser un caballero, pero no soy un tonto. Puedo ver que tienes cierta fuerza en ese hermoso cuerpo. Uno de mis hombres todavía se está recuperando de tu ataque a sus... partes bajas. —Se rio con diversión antes de que su expresión se volviera oscura de nuevo—. Ahora. ¿Quién eres?

—Soy profesora de la Universidad de Nueva York en Estados Unidos —dijo, dándole información que estaba segura que él ya sabía. Finlay la había mencionado por su nombre, así que claramente sabía quién era—. También soy una ex agente federal. Vine a Inglaterra para asesorar a la Unidad de Arte y Antigüedades de Scotland Yard sobre el robo de los artefactos robados de Dorset.

—¿Y tu novio?

—Él es un agente federal en activo.

—¿Y por qué están ustedes dos aquí, señorita West? O más bien, ¿cómo supieron que debían venir aquí?

—Deja ir a Nick primero y te lo diré todo.

Grant frunció el ceño, pero parecía estar considerando su petición. Mientras Adrian lo estudiaba, vio algo por el rabillo del ojo.

Era una mujer que pasó junto a la puerta abierta del estudio tan rápidamente que casi parecía una aparición. Sin embargo, Adrian la había visto, y juró que la mujer se llevó un dedo a los labios.

Aunque solo tuvo un breve vistazo de la mujer, la reconoció.

La mujer era Sorch Manning.

Sorch seguía diciéndose a sí misma que solo había venido por la espada.

Nunca había querido volver a pisar este lugar; había demasiados recuerdos dolorosos. Pero sabía que, en última instancia, no había otro lugar donde pudiera estar la espada.

Sorcha había sabido en sus entrañas que Grant estaba detrás del robo, pero no estaba segura de su ubicación. No había pensado que se escondería a la vista, en la finca donde ella había pasado parte de su infancia. El investigador privado que había contratado había confirmado su ubicación. Esa información, junto con el mensaje de texto de Declan la noche anterior, había confirmado casi con certeza que la espada estaba aquí.

Solo podía rezar para no encontrarse con Declan. Si lo hacía, no sabía si podría evitar matarlo, o derrumbarse y suplicarle que viniera con ella. Aunque había pasado años, su traición aún pesaba sobre ella.

Había llegado a la finca poco después de que hubieran llevado a esos dos molestos agentes estadounidenses al interior. La propia Sorcha había hecho una parada en la cercana Inverness para recoger un arma —una pistola con silenciador— de un contacto de confianza. El hecho de que West y Harper distrajeran a los guardias le había permitido a Sorcha colarse por una entrada lateral. Afortunadamente para ella, los viejos códigos que abrían las puertas no habían sido cambiados en años. Su intención era conseguir la espada y huir. Adrian West y Nick Harper no eran su responsabilidad; había hecho todo lo posible para sacarlos del caso. No entendía por qué seguían husmeando.

Sorcha se decía a sí misma que esta sería una manera aún más fácil para ella de conseguir la espada. Si los guardias estaban todos concentrados en Adrian y Nick, entonces era posible que ella obtuviera la espada y se marchara sin impedimentos.

Pero su molesta conciencia seguía molestándola. Estos hombres eran asesinos, y su líder era el más mortífero de todos. Adrian y Nick no saldrían con vida. Dos voces luchaban dentro de ella: una que le decía que no era su problema, otra que le decía que no podía permitir que murieran.

La última voz finalmente ganó. Ya tenía la muerte de James en su conciencia. ¿Y no estaba involucrada en todo esto para prevenir muertes y sufrimiento masivos? Además, Adrian la había rescatado de las balas en las calles de Londres. Le debía una.

Se dio a conocer deslizándose frente a la puerta abierta del estudio y llevándose un dedo a los labios. Los ojos de Adrian se encontraron brevemente con los suyos, pero la mujer tenía una cara de póker impresionante, porque no reaccionó.

Sorcha conocía esta finca como la palma de su mano. Usó este conocimiento a su favor para deslizarse por pasillos y corredores laterales, fuera de la vista de los pocos guardias que patrullaban y que divisó.

Finalmente encontró el disyuntor, ubicado en la base de un conjunto de escaleras serpenteantes que conducían a uno de los sótanos.

Sorcha respiró hondo. *Allá vamos.*

Extendió la mano para apagar las luces, sumiendo toda la finca en la oscuridad.

DIECISÉIS

8:27 P.M.

—Dime cómo encontraste nuestra propiedad. Estoy empezando a perder la paciencia —gruñó Grant.

Adrian mantuvo su expresión neutral, aunque su pulso se aceleraba.

¿Qué estaba haciendo Sorchá aquí? Intentó no hacerse ilusiones, pero si Sorchá estuviera con estos hombres, no se habría escabullido e indicado a Adrian que guardara silencio.

Adrian necesitaba seguir ganando tiempo.

—Estábamos buscando mansiones antiguas en las Highlands, esperando que...

—¡LA VERDAD! —rugió Grant.

Toda su compostura de caballero había desaparecido, su rostro contorsionado por la furia. Se acercó a ella, levantando el puño para golpearla, pero el estudio quedó sumido en una repentina oscuridad. Podía oír los gritos de pánico de los guardias resonando por toda la propiedad.

Adrian entró en acción. Todavía atada a su silla, se puso de pie y se echó hacia atrás para estrellarla contra la pared. Una, dos veces, hasta que una pata se rompió.

En la oscuridad, podía distinguir tanto al guardia como a Grant abalanzándose hacia ella. Usando toda la fuerza que poseía, liberó

una mano de las ataduras que la sujetaban a la silla, bajándola para agarrar la pata rota. Justo cuando Grant y el guardia la alcanzaron, los golpeó a ambos con toda la fuerza que pudo: a Grant en la sien, al guardia en la entrepierna. Grant se desplomó en el suelo, mientras que el guardia cayó de rodillas con un gruñido de dolor.

Adrian salió corriendo del estudio, casi chocando con otra figura al salir. Esperando que fuera otro guardia, levantó la pata de la silla, preparada para golpear...

Pero era Sorch.

Sorch empujó a Adrian a un lado, levantando su mano que sostenía una pistola. Disparó un tiro silenciado al guardia que perseguía a Adrian. Éste se desplomó en el suelo.

Sorch le indicó a Adrian que se diera la vuelta, lo cual hizo, y rápidamente deshizo sus ataduras, liberándola de la silla.

—No tenemos mucho tiempo —dijo Sorch—. Tienen a tu compañero en el sótano. Conozco una salida.

Adrian siguió a Sorch mientras se alejaban sigilosamente por el pasillo del estudio, usando una linterna para guiarse, aunque tenía un millón de preguntas. ¿Cuál era la conexión de Sorch con este lugar? ¿Por qué estaba aquí? Por la forma en que había disparado sin esfuerzo al guardia, no era la primera vez que usaba un arma.

Pero ahora no era momento de reflexionar sobre nada de esto. Solo necesitaba llegar a Nick y salir de este infierno.

Adrian siguió a Sorch por el pasillo hasta llegar a un conjunto de escaleras que conducían a un nivel inferior. Se movieron con cautela hasta llegar al nivel inferior. Tan pronto como llegaron, dos guardias corrieron hacia ellas desde el extremo opuesto del pasillo.

Sorch disparó inmediatamente, haciendo que ambos guardias se desplomaran en el suelo. Sorch y Adrian comenzaron a correr mientras se escuchaban los pasos de más guardias que se aproximaban desde arriba.

—¡Por aquí! —gritó Sorch, tomando un brusco giro a la izquierda desde el pasillo principal, que conducía a otro conjunto de escaleras. Adrian bajó las escaleras corriendo detrás de Sorch, donde avanzaron por otro pasillo estrecho.

Al acercarse a una puerta del sótano al final del pasillo, Adrian pudo escuchar gruñidos y gemidos dentro, puños golpeando carne. El pánico obstruyó la garganta de Adrian. ¿Estaba Nick luchando con éxito o perdiendo la batalla?

Sorcha se acercó a la puerta e introdujo un código en un teclado justo fuera de ella, sosteniendo su pistola mientras ella y Adrian entraban.

Nick estaba perdiendo la batalla contra un guardia; lo tenía en el suelo y lo estaba golpeando en la cara.

La furia atravesó a Adrian y dio un paso adelante, pero Sorcha la detuvo, disparando con precisión al guardia, que se desplomó mientras Nick se liberaba rodando.

Adrian se apresuró hacia adelante, ayudando a Nick a sentarse. Tocó su rostro magullado. —¿Estás bien?

—Parece peor de lo que se siente —dijo, aunque hizo una mueca cuando ella le tocó la cara.

—Tenemos que darnos prisa, conozco una salida —dijo Sorcha desde atrás.

Nick le dio a Sorcha una mirada desconcertada, pero Adrian simplemente negó con la cabeza. No había tiempo para explicaciones ahora.

Se apresuraron tras Sorcha, quien corrió más allá por el pasillo. Para su sorpresa, Sorcha se acercó a la pared, empujándola y revelando un túnel separado.

—¡Vamos! —gritó.

Adrian y Nick entraron; Sorcha cerró la pared detrás de ellos. Usando su linterna para iluminar sus alrededores, Sorcha avanzó con Adrian y Nick pisándole los talones. El túnel era más estrecho que el pasillo del que venían y casi completamente oscuro. Adrian no supo cuánto tiempo caminaron hasta que llegaron a un conjunto de escaleras desvencijadas que conducían a una pequeña abertura circular.

Justo cuando se acercaban a las escaleras, resonó la voz de un hombre.

—Sorcha.

Se dieron la vuelta. Un hombre alto de pelo oscuro que se parecía a Sorchá estaba a unos cuatro metros detrás de ellos. Tenía una pistola, pero la mantenía baja a su costado, con la mirada fija en Sorchá.

—Declan —suspiró Sorchá, bajando su arma.

—Vete —dijo Declan con brusquedad—. Los otros estarán aquí pronto.

Sorchá se tensó con sorpresa, con esperanza brillando en sus ojos. —Dec... eres mi hermano, y todavía te quiero. No me importa lo que haya pasado en el pasado. Ven con nosotros.

Adrian se puso rígida al oír el sonido de los guardias que se acercaban, viniendo desde el extremo lejano del túnel.

—No puedo —dijo él—. Pero necesitas irte. Ahora.

—Declan...

—¡VETE! —rugió, disparando su arma al aire.

Sorchá permaneció clavada en el sitio, su cuerpo temblando de emoción.

Adrian se lanzó hacia adelante, agarrando la mano de Sorchá. Temía que Sorchá la combatiera, que ella y Nick tuvieran que arrastrarla físicamente hacia afuera, pero Sorchá permitió que Adrian la guiara escaleras arriba hacia la noche que les esperaba.

DIECISIETE

*Quince millas al oeste de Alford, Escocia
9:34 P.M.*

—Sé que tienes muchas preguntas —dijo Sorchá cuando estaban a una distancia segura de la finca, su coche lanzado a toda velocidad por la autopista A95—. Y las responderé una vez que lleguemos a un lugar seguro. Hay un apartamento en Aberdeen al que tengo acceso y que la hermandad desconoce.

Cuando salieron del túnel, Sorchá los había conducido hasta su coche, que estaba escondido en un grupo de árboles cercano. Habían aprovechado la oscuridad para escapar; Adrian sospechaba que Declan debió haber distraído o desviado a sus perseguidores, porque nadie los siguió de inmediato. Sorchá había tomado caminos secundarios hasta llegar a la autopista principal que conducía hacia el este.

—¿La hermandad? —repitió Adrian, pensando en las palabras que James Poole había pronunciado y en las palabras del colgante. *Praesidia arma.*

—Como dije —repitió Sorchá, con la mirada fija en la carretera—, responderé a tus preguntas una vez que estemos en Aberdeen.

Adrian atendió las palabras de Sorchá y permaneció en silencio mientras conducía, aunque estaba prácticamente desbordada de preguntas. Ahora entendía por qué Sorchá había sido tan cautelosa

al responder a sus preguntas en Londres. Su propio hermano estaba involucrado en el robo, algo de lo que ella parecía estar al tanto. Sin embargo, por su interacción, parecía que estaban distanciados.

Sorcha también conocía la finca a la perfección; había logrado colarse en ella y sabía dónde estaba todo, incluyendo el túnel oculto que los condujo a su escape. ¿Conocía Sorcha a Grant, su captor?

Y Adrian quería saber exactamente qué sabía Sorcha sobre la espada. ¿Por qué era tan importante?

Los pensamientos de Adrian se dirigieron a Finlay, quien también estaba relacionada con todo esto. Era una excelente actriz, porque Adrian no había percibido nada sospechoso cuando ella y Nick la interrogaron en la Biblioteca Bodleiana. Un escalofrío la recorrió al recordar la manera casual con que Finlay había despreciado su vida, cómo había mirado a Adrian como si no fuera nada. Aunque ella y Finlay difícilmente eran mejores amigas, Finlay siempre había tratado a Adrian con amabilidad. Como ex perfiladora criminal, Adrian solía ser excelente leyendo a las personas. ¿Cómo pudo haberse equivocado tanto con Finlay?

Adrian mantuvo sus tumultuosos pensamientos para sí misma durante el resto del viaje, guardando silencio hasta que llegaron a la ciudad portuaria de Aberdeen, escaneando periódicamente las calles circundantes para asegurarse de que no los seguían. Podía ver que Nick estaba haciendo lo mismo en el asiento trasero.

Sorcha los llevó a un apartamento no lejos de la Universidad de Aberdeen que pertenecía a un profesor amigo suyo que actualmente estaba fuera del país, ubicado en el barrio de Aberdeen acertadamente llamado Old Aberdeen.

Old Aberdeen fue establecido por primera vez por eruditos y comerciantes durante la época medieval, y ahora era un distrito pintoresco compuesto por sinuosas calles empedradas y salpicado de imponentes edificios medievales, incluyendo la Catedral de Saint Machar, construida en el siglo XIV, y los edificios antiguos y modernos de la Universidad de Aberdeen.

Cuando entraron en el espacioso apartamento de dos habitaciones, Adrian y Nick revisaron minuciosamente todo el lugar por costumbre, aunque Sorcha insistía en que era seguro.

Adrian hizo que Nick se sentara en el voluminoso sofá de la pequeña sala mientras Sorchá traía material de primeros auxilios del baño para atender las heridas faciales de Nick. Él insistió nuevamente en que estaba bien mientras Adrian limpiaba y vendaba sus heridas, llenándose de ira al pensar en lo que debió haber sufrido a manos de esos hombres.

Después, Sorchá les trajo té y sándwiches de la cocina. Adrian dejó su té a un lado, inclinándose hacia adelante, ansiosa por obtener finalmente algunas respuestas.

—Antes que nada, gracias —dijo Adrian—. Sin duda nos salvaste la vida.

—Te debía una —dijo Sorchá—. Ahora estamos a mano.

—También creo que nos debes una explicación de todo esto. Tus palabras al inspector Stevens nos sacaron del caso —continuó Adrian, tratando de mantener su voz uniforme, aunque un residuo de ira amenazaba con aflorar a la superficie.

—Lo siento por eso, de verdad. Pero fue por vuestro propio bien —insistió Sorchá—. Nosotros... yo me estoy encargando de los artefactos robados. Es mejor no involucrar a nadie más.

—Te das cuenta de que somos fuerzas del orden, ¿verdad? —le preguntó Nick con incredulidad—. Si alguien va a involucrarse, seríamos nosotros.

—Esto es mucho más peligroso de lo que vosotros entendéis —dijo Sorchá.

—Basta de comentarios crípticos —dijo Adrian, impaciente—. Vamos al grano. Sabes quién se llevó los artefactos y la espada. ¿Y por qué te estabas reuniendo con un conocido traficante de armas el día que te salvé de recibir un disparo en Londres?

—Estaba obteniendo información sobre los artefactos. Un contacto mío me dijo que había estado en contacto con Grant Macleod, a quien yo sospechaba que estaba detrás del robo. A Maksim Popov le gustan las pelirrojas —dijo, con una expresión de leve disgusto—. Esperaba que fuera receptivo y me dijera el paradero de Grant o si sabía algo sobre los artefactos. Pero lo único que hizo fue tirarme los tejos.

—Elegiste presentarte en la finca de Grant sin avisar a las autoridades. ¿Es solo porque tu hermano estaba involucrado? ¿O hay alguna otra razón? —insistió Adrian.

—Es... complicado —evadió Sorchá.

—*Respuestas*, Sorchá. O no tendremos más opción que involucrar a todo tipo de autoridades, algo que claramente no quieres. Obviamente estamos del mismo lado. Déjanos ayudarte.

Sorchá los miró durante varios momentos y luego bajó la mirada, como si estuviera debatiendo consigo misma. Finalmente, exhaló.

—No quería decir nada porque conozco a las personas involucradas. Todos solíamos formar parte de la misma organización.

—¿La misma organización? —presionó Nick.

—Sí. Se llama oficialmente "Praesidia Arma". Nosotros simplemente la llamamos la hermandad, que es como se la ha conocido extraoficialmente durante siglos.

Adrian se inclinó hacia adelante.

—¿Y cuál es el propósito de esta hermandad?

—Proteger un secreto.

—¿Qué tipo de secreto? —preguntó Nick—. ¿Excalibur?

—Sí y no. Pero no es lo que estáis pensando —dijo Sorchá, negando con la cabeza—. Esto no tiene nada que ver con esas tonterías del cuento de hadas del Rey Arturo y Excalibur.

—Entonces dínos de qué se trata —insistió Adrian.

—Bueno, para empezar, nunca existió un Arturo o un Excalibur, al menos no de la manera en que la mayoría de la gente piensa. Excalibur no es un arma. Nunca lo fue. —Dudó antes de continuar—. Es un lugar.

DIECIOCHO

*Cincuenta millas al sur de Inverness, Escocia
10:37 P.M.*

Grant presionó el cañón de su pistola con fuerza contra la carne bajo la barbilla de Declan, pero este permaneció inmóvil, sosteniendo la mirada furiosa del otro.

Estaban en el coche privado de Grant camino al aeropuerto de Inverness. Grant había ordenado a todos abandonar la propiedad después de que Sorch y los demás escaparan; creía que la llegada de la policía sería inminente.

En los momentos posteriores a la huida de Sorch y los americanos, varios hombres de Grant habían entrado al túnel por el que habían escapado. Declan fingió estar herido, diciéndoles que lo habían sorprendido y huido. Parecieron creerle, aunque notó que un par de ellos lo miraban con sospecha.

Grant no le había dicho nada a Declan aparte de ordenarle que lo acompañara en su coche privado al aeropuerto; volaba a su casa en Edimburgo junto con la espada, mientras Finlay y un par de expertos más iban en otro vehículo. Una vez en la carretera, Grant ordenó al conductor subir la partición y se volvió hacia él con ojos llenos de furia, presionando la pistola contra el rostro de Declan.

—Voy a preguntarte esto solo una vez —dijo Grant—. ¿Los dejaste escapar?

Declan sostuvo la mirada de Grant, sorprendido por la absoluta falta de miedo que sentía; solo había una extraña calma.

Grant había puesto a Declan de guardia, y estaba patrullando los terrenos de la propiedad cuando Grant tomó a los dos americanos como rehenes. La inquietud y el miedo se habían apoderado de él una vez que se enteró de lo que ocurría; sabía que no podía quedarse de brazos cruzados y dejar que Grant matara a alguien más. Su oportunidad llegó cuando Sorchá cortó las luces. Había oído a los otros guardias gritar que era Sorchá quien había entrado en la propiedad y escapado con los rehenes. La esperanza se encendió en su interior, y sabía exactamente cómo intentaría escapar. Se apresuró hacia el túnel subterráneo antes de que los otros guardias pudieran hacerlo.

Declan había tomado la decisión de dejar de seguir a su tío antes de dejar ir a Sorchá y a los dos americanos. Probablemente había tomado esa decisión en el momento en que Wolfe disparó a ese conductor delante de él, aunque no se había dado cuenta en ese momento.

Ya había comenzado a sospechar que Grant le mentía sobre sus motivaciones para encontrar el arma; Finlay solo había reforzado su sospecha. Después de hablar con Finlay, se había colado en la oficina privada de Grant y había encontrado documentos que confirmaban las verdaderas intenciones de su tío... correspondencia con traficantes de armas y jefes de gobiernos conocidos por patrocinar actividades terroristas.

Ahora tenía los ojos bien abiertos. Grant quería encontrar el arma y venderla por sus propios medios egoístas, sin importar cuántas personas murieran en el proceso. Se sentía estúpido por haber creído alguna vez en las mentiras de Grant.

Pero ahora, si quería salir vivo de esta situación y llegar hasta su hermana antes de que los hombres de Grant la mataran, necesitaba fingir que seguía del lado de Grant.

—No —dijo Declan, manteniendo la mirada de Grant—. Estás perdiendo el tiempo interrogándome. Necesitamos ir tras ellos.

Grant continuó mirándolo con furia, presionando la pistola aún más firmemente contra su carne; Declan sabía que dejaría un

moretón. Pero no se inmutó, sin romper nunca la mirada de Grant.

Grant finalmente retiró la pistola, apartándose de él, su expresión aún impregnada de rabia.

—No fue Finlay. La americana parecía genuinamente horrorizada de verla —escupió—. Tuvo que ser Sorchá quien los guió hasta aquí. Tienes razón, necesitamos encontrarla a ella y a los americanos. Solo nos estorbarán. Voy a darte una última oportunidad para probar tu lealtad. Serás tú quien cace a esa perra traidora y a sus amigos, y los ejecute. Quiero que desaparezcan sin dejar rastro de sus cuerpos.

Un gélido temor llenó el pecho de Declan, pero mantuvo su expresión neutral y ofreció un brusco asentimiento.

—Dos de mis hombres te acompañarán. —Se volvió y se inclinó cerca de Declan, entrecerrando los ojos—. No me traiciones, Declan. Esta es tu última oportunidad.

DIECINUEVE

Aberdeen, Escocia
22:38

—¿Qué quieres decir con que Excalibur es un lugar? —preguntó Adrian.

—Quiero decir exactamente eso —respondió Sorchá—. Mira, sigues hablando del Rey Arturo y Excalibur, que es solo un mito medieval —dijo, descartándolo con un gesto de la mano—. Pero debajo del mito, hay algo de verdad. La leyenda de Excalibur siempre estuvo destinada a proteger un secreto.

—Esta hermandad —preguntó Nick—, ¿qué es exactamente? ¿Existe para proteger este secreto?

—Recuerda, estamos del mismo lado —dijo Adrian cuando Sorchá dudó.

—Ha existido durante siglos... desde la época de los druidas, antes de la invasión romana de Britania. Mi familia siempre ha pertenecido a la hermandad, desde Declan y yo, hasta nuestros padres, nuestros abuelos, y así sucesivamente. La membresía es generacional, así que no somos muchos. Uno de los líderes actuales es mi tío, a quien creo que tuviste el placer de conocer —dijo Sorchá con gravedad, mirando a Adrian—. Grant Macleod. Así que ya ves... es un asunto de familia.

—¿Y este secreto? —preguntó Adrian.

—Los druidas conocían un lugar, un lugar mortal, que podría destruir el mundo. Dónde estaba este lugar o qué contenía que era tan peligroso, que solo unos pocos privilegiados lo sabían, se ha perdido en el tiempo. Pero su importancia nunca se ha desvanecido, nunca ha sido olvidada. Este es el secreto para cuya protección se creó la hermandad. El secreto que protege hasta el día de hoy.

Adrian se quedó en silencio, todavía asimilando el conocimiento de que esta arma que la hermandad estaba protegiendo era en realidad un *lugar*—un lugar que aún existía. A su lado, Nick había palidecido.

—¿Cómo puede un lugar ser un arma? —preguntó ella.

—Ahora creemos que era algún tipo de arma biológica natural, algo que los antiguos druidas no comprendían —respondió Sorch—. En algún momento del pasado, la hermandad—y uso ese término libremente, ya que ahora hay muchas mujeres que forman parte de ella—se dividió en dos grupos —continuó Sorch—. Siempre hubo miembros de la hermandad que querían encontrar este lugar, y estaba la parte de la hermandad que quería mantenerlo en secreto, para proteger al mundo de otra arma mortal. Mi hermano y mi tío se unieron al otro lado—llamémoslos los 'malos', por simplicidad—después de la muerte de mis padres. He estado trabajando con el otro lado de la hermandad, los que quieren mantener este lugar secreto y oculto, como deseaba la antigua hermandad. Un hombre llamado Michel Laurent es el líder de ese lado. James Poole estaba de nuestro lado —añadió Sorch, con los ojos llenos de pena—. Fui yo quien le pidió que te siguiera. Él estaba vehementemente en contra de la guerra y las armas de cualquier tipo; era un veterano que sirvió en Afganistán. Conocía los horrores de la guerra. Aunque sufría de TEPT, insistió en ayudar en todo lo que pudiera.

—Fuimos al apartamento de James Poole para ver si podíamos encontrar algo útil —dijo Adrian—. Encontramos un colgante allí, así es como encontramos la finca de Grant. Varios hombres irrumpieron en su apartamento mientras estábamos allí. Mercenarios, creo. Logramos escondernos mientras estaban allí. Parecían estar buscando algo también. Uno de ellos mencionó el nombre de Richard. ¿Sabes quién es?

—Richard —repitió Sorcha lentamente—. Richard Erickson. Trabaja para Michel. Michel probablemente los envió al apartamento de James para asegurarse de que no hubiera nada que pudiera conducir de vuelta a la hermandad antes de que la policía registrara su apartamento. En cuanto al colgante... fue un regalo. Mis padres nos dieron uno a Declan y a mí cuando nos unimos oficialmente a la hermandad. James perdió a sus padres cuando aún era un niño, y ellos lo veían como un hijo más. También le dieron uno a él. — Sorcha bajó la mirada, sus ojos llenándose de lágrimas—. Era mi amigo. Solo le di tareas sencillas. Sabía que era inestable, pero nunca... —se interrumpió, con lágrimas llenando sus ojos mientras se llevaba la mano a la boca.

Adrian extendió la mano para colocarla sobre la suya. —Lo que le pasó a Poole no fue tu culpa.

—Nunca quise que nadie muriera —dijo Sorcha, secándose las lágrimas—. Por eso fui sola a la finca de Grant. Sabía que era arriesgado, pero sé usar un arma; tanto mis padres como Michel me enseñaron cuando era más joven. Conozco bien la finca, pasé parte de mi infancia allí. Podría haber utilizado los recursos de Michel, pero estaba tratando de evitar más muertes. Mi plan era esperar hasta que oscureciera, entrar sigilosamente en la finca, conseguir la espada y marcharme.

Sorcha exhaló un suspiro tembloroso, tomándose un momento para componerse. —Volviendo al arma—a este lugar. Probablemente os estéis preguntando cómo está todo esto conectado con la leyenda del Rey Arturo.

Adrian y Nick asintieron, esperando a que continuara.

—Como dije antes, quita las capas del mito y llegas a la verdad. Debajo de la leyenda, hubo un Arturo histórico. Y no solo uno. Hubo varios... y eran miembros de la hermandad.

—Estos Arturos históricos —dijo Adrian, atónita—. ¿Quiénes eran?

—Riothamus, Ambrosius Aurelianus y Owain Danwyn —dijo Sorcha—. Riothamus era un general romano-británico. Luchó contra los godos invasores en nombre de Roma. Vivió en Bretaña, que era una colonia formada por britanos que habían huido de los ejércitos

bárbaros invasores después de la caída de Roma. Su vínculo con el legendario Arturo se estableció por campañas en Francia durante las cuales dirigió a los britanos en batalla. Ambrosius Aurelianus también era un líder romano-británico. Unió a su pueblo para luchar contra los sajones. Geoffrey de Monmouth, un escritor medieval que popularizó la leyenda de Arturo, incluso colocó directamente a Ambrosius en la historia de Arturo al convertirlo en su tío. Y luego está Owain Danwyn, menos conocido que los otros dos. Era un rey galés cuyo título honorífico era 'Arthur', que significaba 'oso'. Uno de estos Arturos—los historiadores no están seguros exactamente de quién, ya que el líder nunca es nombrado en las escasas fuentes de la batalla—condujo a los britanos a la victoria en la Batalla de Badon contra los sajones invasores.

Adrian consideró sus palabras. Tenía sentido que estas figuras históricas estuvieran detrás de la leyenda de Arturo. Como Arturo, cada uno de ellos había unido a los britanos para luchar contra los ejércitos invasores de sajones y otras fuerzas.

—¿Y Excalibur? —preguntó Adrian—. Finlay nos contó algo del contexto histórico de esa leyenda en particular —añadió, con amargura al pensar en Finlay—. Está trabajando con Grant. ¿La conoces?

—Sí. Es miembro de la hermandad. Parece excéntrica y poco convencional, pero siempre he sospechado que era una fachada. Puede ser cruel, y es peligrosamente ambiciosa. Creo que quiere liderar la hermandad por sus propios propósitos egoístas —dijo Sorch, frunciendo el ceño—. En cuanto a Excalibur... los Arturos sí tenían espadas especiales e intrincadas. La hermandad exageró la importancia y el poder de la espada para proteger el secreto del *lugar* real que era el arma. Para cuando los escritores medievales escribieron su versión del mítico Arturo, Excalibur era una parte indeleble de la leyenda.

—Entonces... con los años, el foco de la leyenda se centró en la espada y no en el lugar —dijo Adrian.

—Exactamente —dijo Sorch—. Todo fue un engaño. Todo por el bien de proteger este lugar que podría causar tanta destrucción. Se creía que las espadas que pertenecían a los Arturos tenían mensajes

inscritos en ellas, haciendo referencia a la ubicación de este lugar si alguna vez se necesitaba—pero solo como último recurso. —Miró a Nick y Adrian—. Por eso fue robada, y por eso ambos lados de la hermandad han estado desesperados por encontrarla. ¿Lo entendéis ahora? Si el otro lado de la hermandad encuentra este lugar—esta arma biológica—puede matar a millones.

VEINTE

*Aeropuerto de Inverness
Inverness, Escocia
11:15 P.M.*

Grant miró hacia la pista donde su avión privado esperaba, preparándose para el despegue. Aferraba en su regazo la caja que contenía la espada; no había querido perderla de vista desde que ocurrió la intrusión en la finca.

La ira lo envolvía mientras pensaba en Declan. El chico no era tan buen mentiroso como creía. Había dejado escapar a Sorchá. *Qué lástima*. Declan tenía potencial, pero nunca estaba dispuesto a hacer lo necesario. Sí, Grant le había mentido sobre lo que planeaba hacer con el arma una vez que la encontrara, pero había supuesto ingenuamente que Declan eventualmente adoptaría su forma de pensar. Había una debilidad en él, igual que en su madre, la hermana de Grant, y su inútil marido. Y por eso, al igual que sus padres, Declan tenía que ser eliminado.

Los padres de Declan habían quedado horrorizados en lugar de impresionados cuando les contó cuáles eran sus planes para la hermandad, teniendo la osadía de amenazar con acudir a las autoridades. No le dejaron otra opción que contratar a un conductor para que sacara su coche de la resbaladiza autopista M4 en una noche particularmente lluviosa.

Declan y Sorchá eran jóvenes adultos cuando sus padres murieron, ambos en la universidad. Había esperado que los hijos adultos hicieran lo necesario para hacer avanzar a la hermandad, pero ambos eran débiles, como sus padres. Su sobrina, esa perra, siempre había sido fría y distante con él, pero Declan había sido más maleable. Grant nunca tuvo hijos propios, y con Declan había esperado...

Grant sacudió la cabeza como para deshacerse del pensamiento sentimental. Había tomado su decisión. Sabía que Sorchá tenía que morir, una vez que comenzó a buscar la espada e involucrar a la policía, pero ahora Declan también debía morir. Había designado a dos hombres, incluido su mercenario más confiable, Wolfe, para acompañar a Declan en la búsqueda de Sorchá; Declan estaba con ellos ahora. Grant les había dado órdenes estrictas. Una vez que encontraran a Sorchá, tanto ella como su hermano debían ser eliminados. Parecía que, desafortunadamente, Grant era el único en su estimada línea de sangre dispuesto a hacer lo necesario.

Grant había heredado el dinero familiar, la riqueza de su familia provenía de la industria bancaria. Pero con los años, debido a inversiones defectuosas y un mercado errático, esa riqueza se escurría rápidamente de sus dedos. Una vez que encontrara el arma y la vendiera, no solo en el mercado negro, sino a partes interesadas de varios gobiernos "controvertidos" alrededor del mundo, podría recuperar esa riqueza, y más.

Sus motivos no eran solo financieros. Quería *más* para la hermandad. En lugar de esconderse en las sombras, aferrándose a un secreto sin valor, tendrían acceso a un arma que podría ponerlos al mismo nivel que algunos de los líderes más poderosos del mundo, con él como su representante, por supuesto.

Todo lo que tenía que hacer era encontrar el arma, algo que la tonta hermandad antigua había escondido, algo que podría haberlos guiado fuera de las sombras, si lo hubieran usado para sus propios fines.

Grant sería quien lo haría. Llevaría a la hermandad a la grandeza... desde las sombras hacia la luz.

11:17 P.M.

Adrian caminaba de un lado a otro por la sala, frotándose las sienes.
—Necesitamos conseguir la espada lo antes posible. La policía...

—No podemos confiar en la policía. Grant tiene miembros leales tanto en los Departamentos de Policía de Aberdeen como de Inverness —dijo Sorchá bruscamente, negando con la cabeza—. Michel cree que Grant puede tener uno o más miembros trabajando también en Scotland Yard. Por eso he sido tan inflexible sobre mantener a las fuerzas del orden fuera de esto. No sé en quién confiar.

—¿Así que estamos solos? —preguntó Adrian, soltando un suspiro.

—Al menos necesitamos mantener informado a nuestro jefe en Estados Unidos. Puede ayudarnos cuando sea necesario —insistió Nick.

—Si confías en él, y si puede mantener la boca cerrada y comunicarse solo contigo —dijo Sorchá, después de dudar un momento.

—¿Dónde crees que Grant ha llevado la espada? —preguntó Adrian—. No hay forma de que siga en la finca.

—No. Mi tío, si algo es, es paranoico. Conociéndolo, la lleva consigo —dijo Sorchá con gravedad.

—¿Adónde crees que la está llevando?

—Podría ser cualquier parte —dijo Sorchá, cerrando los ojos con frustración—. Mi tío tiene casas en Edimburgo, Londres, incluso en Estados Unidos.

Se quedaron en silencio. Sorchá se recostó en su silla, pareciendo sumida en sus pensamientos, mientras Nick fruncía el ceño concentrado.

—Espera —dijo Adrian lentamente—. Tenemos un vínculo obvio con la parte de la hermandad de Grant. Declan.

Pensó en el conflicto en los ojos de Declan. Declan podría haberlos matado o capturado fácilmente, pero no lo hizo.

—No lo sé —dijo Sorch, con dolor tensando sus facciones—. Ha cambiado tanto.

—Podría habernos matado fácilmente, pero no lo hizo —dijo Adrian.

—¿Qué estás pensando? —preguntó Sorch, frunciendo el ceño.

—Es arriesgado, pero creo que es la única opción que tenemos en este momento si queremos encontrar esa espada —dijo Adrian—. Grant y sus hombres deben estar buscándonos.

Sorch asintió, con amargura cruzando sus facciones. —Mi tío probablemente lo tiene buscándonos ahora.

—Bueno —dijo Adrian, inclinándose hacia adelante—, ayudémosle a encontrarnos.

VEINTIUNO

Aberdeen, Escocia
7:38 A.M.

Declan estaba sentado en el asiento del copiloto del Mercedes negro que Wolfe y otro mercenario, Ben, habían conducido hasta aquí, observando a su hermana entrar en Westburn Park, maldiciendo en silencio su estupidez.

La noche anterior, había recibido un mensaje de Sorch, instándole a reunirse con ella. Había querido ocultar el mensaje, pero Wolfe le había arrebatado el teléfono y lo había mirado fijamente, negando con la cabeza incrédulo.

—La zorra debe pensar que somos unos idiotas —había dicho—. La policía estará esperándonos en masa.

—Esta es la mejor oportunidad que tenemos —dijo Declan, manteniendo un tono firme y frío—. La vigilaremos desde la distancia primero, dejaremos que nos esperen. Pero tan pronto como tengamos la oportunidad, la atraparemos.

Wolfe lo miró durante un largo momento, intercambiando brevemente una mirada con Ben. Una expresión sombría pasó entre ellos antes de que ambos asintieran.

—De acuerdo. Pero si no haces lo que debe hacerse...

—Lo sé —dijo Declan secamente.

Declan no era ningún tonto. Sabía que a pesar de sus mejores esfuerzos, su tío seguía sin confiar en él y probablemente les había dado órdenes de ejecutarlos tanto a él como a Sorch.

Meses atrás, no habría creído a Grant capaz de semejante cosa, pero ya no estaba en negación sobre la crueldad de su tío. La preocupación de Declan no era por su propia seguridad. Se había metido en esto él solo al elegir unirse a su tío. Simplemente quería proteger a su hermana.

Ahora, mientras observaba a Sorch a través de unos prismáticos, escudriñaba el parque a su alrededor. No había señales evidentes de la policía ni de los dos estadounidenses, lo que solo significaba que estaban bien escondidos.

Miró por encima de su hombro a Wolfe y Ben, que observaban a Sorch como si fuera la presa planeada de una larga cacería, lo que le heló la sangre.

—Podemos acabar con ella desde la distancia —dijo Wolfe—. Solo necesito acercarme un poco más, y...

—No —dijo Declan rápidamente, esperando que el pánico no se notara en su voz—. Quiero averiguar primero lo que sabe.

—¿Y si los policías te atrapan? —preguntó Ben.

—Estoy dispuesto a correr ese riesgo —respondió Declan.

Sin esperar su respuesta, salió del coche y se dirigió hacia Sorch. Era demasiado tarde para salvar su propia vida, pero esperaba que aún pudiera salvar a su hermana.

7:52 A.M.

Sorch estaba de pie en medio del parque, con el corazón martilleando de nerviosa anticipación.

Adrian y Nick estaban sentados en su coche de alquiler al otro lado de la calle del parque. Adrian le había ordenado correr hacia ellos si percibía algún peligro por parte de Declan y la cubrirían. Pero

Sorcha no temía a su hermano... era quien estuviera con él lo que le preocupaba. Dudaba que Grant enviara a Declan tras ella, solo.

Había convencido a Adrian y Nick de no involucrar a la policía local. No sabía en quién podían confiar en la fuerza local, o quién podría estar en el bolsillo de Grant. Adrian y Nick solo habían accedido a regañadientes, pero Nick le dijo que no dudaría en involucrarlos si fuera necesario.

Ahora, miraba a su alrededor, con la ansiedad recorriendo su cuerpo. No sabía cuánto tiempo tenía para hablar con su hermano, pero esperaba poder hacerle entrar en razón.

Pasó un minuto, luego cinco. Luego diez. Empezaba a temer que no aparecería cuando vio una figura familiar acercarse desde el extremo opuesto del parque.

Declan.

A medida que se acercaba, vio que su expresión era dura, pero había algo más acechando en las profundidades de sus ojos. Miedo.

—Dec —dijo ella, tan pronto como estuvo al alcance del oído—. Por favor, solo quiero...

—No deberías haber venido —dijo Declan, con voz baja—. Iba a mantenerlos alejados todo el tiempo que pudiera. Tienes que salir de aquí, ahora.

—Ven conmigo —le instó, extendiendo la mano para tomarle del brazo, pero él dio un paso atrás.

—Es demasiado tarde para mí —dijo, con arrepentimiento brillando en sus ojos—, pero al menos puedo ponerte a salvo. Le prometí a mamá y a papá que siempre te mantendría a salvo, ¿verdad?

La emoción la embargó al oír sus palabras. La pérdida de sus padres era un dolor compartido que solo ellos podían entender.

—Voy a sacarte de aquí, pero necesito que sigas el juego —continuó Declan—. Actúa como si vinieras conmigo, pero contra tu voluntad. La policía está contigo, ¿verdad?

—No, solo Adrian West y su compañero. Pero, Dec...

—Por favor —interrumpió—. Solo ven conmigo. Déjame salvarte.

La mirada desesperada que le dirigió la hizo ceder. Tragó saliva y asintió, aunque todavía estaba decidida a persuadirlo de que viniera

con ella.

Pero tan pronto como Declan la agarró del brazo, tirando de ella hacia su lado, sonó un disparo.

Sucedió rápidamente. Demasiado rápido.

En un instante, Declan se lanzó hacia delante, protegiéndola de la bala.

Al siguiente, estaba desplomado sobre ella, su cuerpo completamente inmóvil.

VEINTIDÓS

Aberdeen, Escocia
Hace dos minutos

Adrian estaba sentada tensamente junto a Nick, observando desde su seguro punto de ventaja al otro lado de la calle cómo Sorchá comenzaba a alejarse con Declan.

—¿Qué demonios está haciendo? —preguntó Nick—. ¿Están...?

Antes de que Nick pudiera terminar su frase, sonó un disparo.

Adrian observó horrorizada cómo Declan se lanzaba frente a su hermana, recibiendo el impacto de la bala en el pecho. Los pocos transeúntes que había alrededor se dispersaron y gritaron.

Adrian y Nick salieron del coche en un instante, cruzando la calle a toda velocidad hacia el parque en dirección a Declan y Sorchá. Adrian escudriñó la dirección de donde había venido el disparo y divisó a dos hombres que corrían hacia un coche.

Nick salió tras ellos mientras Adrian se apresuraba hacia Sorchá y Declan. Sorchá estaba agachada sobre su hermano, que seguía con vida pero peligrosamente pálido, con respiración entrecortada. La sangre brotaba de la herida de bala en el centro de su pecho. Sorchá lloraba mientras presionaba su chaqueta contra la herida.

—Aguanta, Dec, por favor aguanta —suplicaba Sorchá. Levantó la mirada hacia Adrian, con ojos desbordantes de dolor y desesperación—. Tenemos que conseguirle ayuda. Conozco a un

médico de confianza que puede atenderlo. ¡Por favor, no tenemos mucho tiempo!

Aberdeen, Escocia
1:40 P.M.

Adrian estaba sentada junto a Sorchá en la minúscula sala de espera de una clínica. Sorchá estaba pálida y temblorosa, con los brazos fuertemente cruzados, mientras Nick caminaba de un lado a otro frente a ellas. Los tiradores a los que Nick había perseguido habían logrado escapar, y ella sabía que su huida lo frustraba.

Estaban en una clínica a las afueras de Aberdeen. Dentro de una de las salas de tratamiento, Declan estaba siendo atendido por un médico, el Doctor Chris Stewart, quien era un miembro no activo del lado "bueno" de la hermandad, como lo llamaba Sorchá, y quien había sido un amigo cercano de sus padres.

Habían llevado a Declan al coche de Sorchá y habían corrido hasta la clínica en tiempo récord. El Doctor Stewart había salido cuando irrumpieron en la clínica, afortunadamente vacía, llevando rápidamente a Declan a una de las salas de tratamiento con pocas explicaciones de su parte. Parecía haber entendido la magnitud de lo ocurrido con solo mirar el rostro aterrorizado de Sorchá y la herida de Declan.

Sorchá le había contado más a Adrian sobre su relación con Declan. Su cercanía hasta el accidente de coche de sus padres, el dolor compartido que brevemente los había unido más antes de que Declan se distanciara y se uniera a Grant, y finalmente su distanciamiento.

—Debería haber luchado más por Declan y nuestra relación —dijo Sorchá—. Puse mi lealtad a la hermandad por encima de mi propia sangre.

—Perdí a mi padre hace más de diez años —dijo ahora Adrian, sintiendo que su corazón se oprimía con el recuerdo—. Desapareció

y se presume que está muerto. Es por eso que inicialmente me uní al FBI. Quería evitar que otras familias pasaran por lo que mi madre y yo pasamos. —Sorcha le dirigió una mirada de simpatía y compartieron un momento de silencio, comprendiendo lo que se sentía perder a un padre—. No es que lo haga más fácil, pero me hubiera gustado tener a alguien con quien compartir mi dolor. El sentimiento de pérdida de mi madre era diferente al mío. Sigues siendo su hermana, y puedo ver que aún tienen un vínculo. No es demasiado tarde para reparar lo que se ha roto.

Sorcha guardó silencio, pareciendo considerar sus palabras. Adrian extendió su mano para darle un apretón comprensivo a Sorcha, quien le devolvió el gesto.

El Doctor Stewart salió de la sala de tratamiento, y Sorcha se puso de pie inmediatamente. Él se acercó a ella, estrechando sus manos y dedicándole una sonrisa reconfortante.

—He logrado detener la hemorragia. Tu hermano tiene mucha suerte. La bala no afectó ningún órgano vital. Dos centímetros a la izquierda y... —Se detuvo, negando con la cabeza—. Pero necesita tiempo para descansar y recuperarse. —Le dirigió a Sorcha una larga y significativa mirada—. ¿Hay algún lugar seguro donde pueda hacerlo?

—Sí —dijo Sorcha inmediatamente.

—Entonces deberían ir allí —dijo el Doctor Stewart. Le entregó a Sorcha una bolsa y añadió—: Aquí están las pertenencias de Declan. La enfermera retiró su teléfono y cartera.

Sorcha tomó la bolsa, agradeciendo al doctor. Sacó el teléfono, examinándolo por un momento antes de teclear algo. Pasó el dedo por las imágenes del teléfono... y se quedó paralizada.

—¿Qué sucede? —preguntó Adrian.

Sorcha la miró y silenciosamente le extendió el teléfono. Adrian y Nick se acercaron para ver las imágenes en la pantalla.

El pulso de Adrian se aceleró ante lo que vio.

Múltiples fotos de la espada robada... junto con primeros planos de inscripciones bajo la empuñadura.

VEINTITRÉS

Aberdeen, Escocia
6:32 P.M.

Adrian amplió cada foto de la espada en el teléfono móvil de Declan, estudiando cuidadosamente cada inscripción en Ogham, con Nick a su lado.

Datando del siglo IV, el Ogham era un alfabeto que componía inscripciones en piedra que ahora se encuentran en antiguos monumentos de piedra por todo el Reino Unido. Existían muchas teorías sobre su origen, desde las runas hasta el alfabeto latino, siendo esta última la más aceptada por los historiadores. Cientos de inscripciones habían sobrevivido hasta nuestros días. En cuanto a su apariencia, consistían en trazos diagonales, horizontales o verticales, marcas relativamente fáciles de realizar en piedra.

Habían regresado al apartamento del amigo profesor de Sorchá en Aberdeen; Sorchá insistió en que era el lugar más cercano y seguro, ya que Grant y sus secuaces no sabían de su existencia. Declan estaba en el dormitorio principal, descansando, con Sorchá a su lado. Sorchá, que conocía mejor el Ogham que Adrian, les había ayudado a decodificar las inscripciones después de asegurarse de que Declan estuviera cómodo.

Adrian se concentró en la primera inscripción, una serie de trazos que habían traducido a las letras **I R T A** y **B A A L**. Ella y Nick

habían estado intentando descifrar qué podrían significar estas letras, pero hasta ahora no habían llegado a ninguna conclusión.

—Adrian. Nick.

Adrian levantó la mirada. Sorchá estaba en el umbral de la puerta del dormitorio principal, con aspecto nervioso pero aliviado. —Mi hermano está despierto... y dispuesto a hablar.

Declan estaba sentado cuando entraron. Todavía se veía débil y pálido, pero por lo demás sorprendentemente bien para alguien que había sufrido una herida de bala.

A su lado, Nick se tensó, mirando fijamente a Declan. Sabía que Nick estaba deseando poner a Declan bajo custodia, hacer las cosas de la "manera correcta". Pero dadas las preocupaciones de Sorchá sobre la posibilidad de que la policía local estuviera comprometida, le habían dado su palabra de que no los involucrarían, por ahora.

—¿Estás segura de que podemos confiar en él? —preguntó Nick a Sorchá.

—Teniendo en cuenta que me ha salvado la vida, y el trasero a todos nosotros en Escocia, voy a decir que sí —respondió Sorchá, lanzando a Nick una mirada desafiante—. También tomó fotos de la espada, arriesgándose mucho, una vez que supo que iba a abandonar el lado de Grant en la hermandad.

Nick permaneció rígido. Adrian puso su mano en su brazo. —Ahora está con nosotros, para bien o para mal —dijo, dirigiendo una mirada firme a Declan—. Supongo que perseguimos el mismo objetivo... impedir que Grant se haga con esta arma.

Declan asintió confirmando.

—Hemos estado mirando las fotos de la espada en tu teléfono. ¿Dónde está ahora? —preguntó Adrian.

—Con Grant —dijo Declan—. Me dijo que se dirigía a su casa en Edimburgo, pero yo sabía que no confiaba en mí. Podría haber estado mintiendo.

—Hemos decodificado las inscripciones, pero son solo una serie de letras. ¿Sabes lo que significan? —preguntó Adrian.

—No. Ni siquiera Grant lo sabía. Por eso tenía allí a Finlay y a otros expertos, analizándolas —dijo Declan.

—Yo también he estado examinando las inscripciones —dijo Sorchá con un suspiro—. Estoy tan desconcertada como vosotros. No tengo idea de lo que podrían significar esas letras.

Mientras Nick acribillaba a Declan con más preguntas sobre el posible paradero de Grant, Adrian pensaba en lo que podrían significar las inscripciones. Sabía en su interior que esas inscripciones eran vitales. Sorchá había mencionado durante el viaje desde la clínica que parecía que habían estado ocultas bajo la empuñadura de la espada. La antigua hermandad se había preocupado mucho por esconderlas.

Repasó mentalmente todo lo que había aprendido sobre Arturo, Excalibur, la hermandad y este lugar secreto que protegía. Pensó en los miembros de la antigua hermandad grabando la espada con inscripciones en Ogham, que típicamente eran inscripciones funerarias.

Inscripciones funerarias.

Una respuesta la golpeó con la fuerza de una bala.

—Las inscripciones en Ogham suelen ser inscripciones funerarias —dijo, interrumpiendo a Nick mientras se volvía para mirarlos.

—Sí —dijo Sorchá lentamente.

—¿Y si las de la espada son precisamente eso? ¿Inscripciones funerarias para los Arturos? Nos dijiste que hubo tres Arturos históricos. ¿Y si las inscripciones están indicando dónde están enterrados? —preguntó Adrian.

—Podría ser, pero las letras no... —Sorchá comenzó, pero se detuvo—. Dame el teléfono de Declan.

Adrian le entregó el teléfono. Sorchá miró las fotos, sacudiendo la cabeza con incredulidad. —Por supuesto. No sé por qué no lo vi antes —Miró a Adrian—. Las letras... creo que están desordenadas.

—I R T A —continuó Sorchá—, debe ser Riat, o la forma picta del nombre de Riothamus, Riatev. Las inscripciones deben estar en picto, aunque la mayoría de las que se han encontrado en monumentos de piedra en el Reino Unido están en el idioma irlandés primitivo. Riothamus, como el legendario Arturo, fue traicionado por un gobernante local que estaba confabulado con el enemigo. Y

también, como Arturo, murió en... —Se detuvo abruptamente, mirando la inscripción en el teléfono—. Avalon.

Los ojos de Adrian se encontraron con los de Sorchá mientras comprendía. Pensó en el segundo conjunto de letras que habían descodificado. **B A A L**. Se volvió hacia Nick.

—La palabra celta para Avalon es Aballa. En galés la misma palabra es 'Aval'. En picto, que está estrechamente relacionado con el galés antiguo, es 'Abal'.

—Así que la inscripción dice Riothamus y Abal, es decir, Avalon —dijo Nick—. ¿Como en... el legendario Avalon?

—Avallon, con dos L, es un lugar muy real que todavía existe hoy en día, en Francia —dijo Sorchá—. Riothamus murió cerca de allí. Y esta inscripción nos está diciendo que es ahí donde está enterrado.

Adrian permaneció en silencio por un momento, conmovida. La inscripción era una prueba de que uno de los hombres detrás de la leyenda de Arturo murió en un lugar que llevaba el nombre de la isla mítica donde pereció su legendario equivalente.

—Vale. Así que necesitamos ir al Avallon de la vida real para encontrar el lugar de enterramiento de Riothamus —dijo Nick, sacudiendo la cabeza con incredulidad—. Pero ¿por dónde empezamos a buscar?

Para su sorpresa, fue Declan quien habló. —Michel. Él puede ayudarnos.

Sorchá se puso tensa al volverse hacia su hermano. —Dec —susurró—. ¿Estás seguro? El médico dijo que necesitas descansar, y...

—Puedo descansar cuando lleguemos allí. Michel vive cerca del actual pueblo de Avallon. Tiene los recursos para ayudarnos a localizar este lugar —dijo Declan tras una pausa. Le dio a Sorchá una sonrisa amarga—. Aunque quiera pegarme un tiro.

Sorchá estudió a su hermano un momento más antes de volverse hacia Adrian y Nick. —Michel tiene un castillo en la región de Borgoña, en Francia. Como dijo mi hermano, no está lejos del pueblo de Avallon.

—Entonces sabemos adónde tenemos que ir —dijo Nick, irguiéndose—. Bien. Aquí van unas palabras que nunca pensé que

diría... vamos a Avallon a encontrar el lugar de enterramiento de Arturo.

VEINTICUATRO

Región de Borgoña, Francia
10:55 P.M.

La región de Borgoña, ubicada en el centro de Francia, había sido una vez el Ducado de Borgoña antes de que Francia la anexara en el siglo XV. Ahora estaba repleta de exuberantes viñedos de Chardonnay, Pinot Blanc, Gamay y otras variedades de uva que daban origen a sus famosos vinos. Châteaux de diversos tamaños también conformaban el paisaje de la región, desde antiguos castillos medievales hasta construcciones más recientes del siglo XIX en adelante.

Adrian contemplaba el rico paisaje mientras el coche privado en el que viajaban serpenteaba por el campo. Se dirigían al château de Michel Laurent, el "verdadero" líder de la hermandad, según Sorch. Michel había organizado que volaran en privado desde el Aeropuerto Internacional de Aberdeen hasta el Aeropuerto de Dijon-Darois en Francia. Un conductor los esperaba para llevarlos al château de Michel, ubicado en las afueras de Precy-le-Sec, Francia... a unos dieciséis kilómetros al norte del pueblo de Avallon.

Durante el trayecto, Sorch le había contado un poco más sobre Michel. Pertenecía a la *noblesse*, una familia aristocrática francesa que originalmente provenía de Bretaña antes de establecerse en la región de Borgoña. A pesar de la riqueza de su familia, él había

emprendido su propio camino en los negocios, ascendiendo hasta convertirse en director ejecutivo de una firma de gestión de inversiones antes de jubilarse el año anterior. Durante todo ese tiempo había sido un líder silencioso de la hermandad, como lo había sido su padre antes que él, supervisando excavaciones arqueológicas —y patrocinando algunas— para buscar las espadas que pertenecieron a los Arturo históricos.

—Michel y Grant fueron amigos una vez, y aunque nunca me lo ha expresado directamente, sé que las decisiones de mi tío lo han devastado —dijo Sorchá con un suspiro.

Nick dejó escapar un silbido bajo cuando llegaron a un extenso château, y la admiración también invadió a Adrian. Parecía algo salido de un cuento de hadas, con un exterior de piedra blanca y techos con torrecillas, anidado entre exuberantes jardines.

Pero su asombro se disipó tan pronto como salieron del coche, cuando media docena de hombres armados irrumpieron por la puerta principal del château, rodeándolos.

El pánico le oprimió el pecho. Le recordaban a los mercenarios que los habían rodeado en la finca de Grant en Escocia. A su lado, Nick dejó escapar un gemido y murmuró: —Me estoy hartando de que esto siga ocurriendo.

—¡Michel! —gritó Sorchá. No parecía temerosa de las diversas armas apuntándole; solo parecía molesta—. Esto es ridículo. Sabías que veníamos. Diles a estos hombres que se retiren.

Después de varios momentos tensos, un hombre de unos cincuenta y tantos años con cabello oscuro veteado de gris y ojos fríos e inteligentes emergió de la puerta principal del château. Su mirada pasó con desdén sobre Adrian y Nick antes de centrarse en Declan, quien se mantenía al margen, apoyado contra el coche. La expresión de Michel se tensó al verlo.

Michel ignoró al resto mientras se acercaba a Declan, quien permaneció completamente inmóvil, con el rostro como una máscara dura, aunque todavía estaba pálido por su herida.

—Tenía a mis hombres en alerta porque no confío en tu hermano —dijo, dirigiéndose a Sorchá, aunque sus ojos seguían fijos en Declan.

—Él me salvó la vida —siseó Sorch—. Dos veces. Ya te lo dije.

Michel continuó ignorando a Sorch, con la mirada fija en Declan. —Tu hermana quiere creer que has cambiado. ¿Qué debería impedirme matarte ahora mismo?

Declan le sostuvo la mirada con firmeza. —Nada. Lamentaré eternamente haber creído las mentiras de mi tío. Sorch es todo lo que tengo, y quiero que esté a salvo. Así que mátame si es necesario. Solo dame tu palabra de que la protegerás.

—Nadie va a matar a nadie —protestó Sorch, colocándose protectoramente al lado de Declan—. Todavía se está recuperando de la herida de bala que literalmente recibió por mí, Michel. Necesita entrar y descansar mientras hablamos.

Michel pareció vacilar, manteniendo los ojos fijos en Declan antes de llegar a algún tipo de decisión interna. Se volvió hacia sus hombres, centrándose en un hombre corpulento y calvo con ojos azul hielo que se encontraba al frente del resto.

—Jerome, está bien —dijo—. Todos pueden bajar las armas.

Michel se giró para enfrentarse a Adrian y Nick. Sus labios se curvaron con el más leve indicio de una sonrisa cortés, aunque todavía parecía cauteloso.

—Agente Nick Harper —dijo, ofreciéndole a Nick un gesto cortés—. Y usted debe ser, en palabras de Sorch, la irritante pero persistente Adrian West. Por favor, pasen. Tenemos mucho que discutir.

Londres, Inglaterra

11:02 P.M.

Grant entró en el estudio de su residencia londinense, con irritación recorriéndole el cuerpo. Había venido a Londres en lugar de a Edimburgo como le había dicho a Declan. No confiaba en su sobrino, y parecía que tenía razón al no hacerlo. Grant estaba furioso,

aunque no del todo sorprendido de que Declan hubiera escapado con su traicionera sobrina.

Finlay y los otros dos expertos en historia que había traído consigo se volvieron cuando entró al estudio. Finlay parecía satisfecha consigo misma, y Grant se detuvo en seco.

—Por favor, dime que tienes buenas noticias.

—Las tengo —dijo Finlay con suavidad. Se acercó a la mesa donde descansaba la espada desmontada. Finlay señaló con una mano enguantada las inscripciones talladas—. Hemos decodificado una de ellas.

El corazón de Grant aceleró su ritmo mientras Finlay le decía adónde conducía... un pueblo real llamado Avallon, en Francia. Miró a los otros dos expertos en historia, hombres mayores que habían menospreciado a Finlay en cuanto llegó, pero que asintieron con la cabeza a regañadientes en señal de acuerdo. Estaba a punto de preguntar sobre las otras inscripciones cuando sonó su teléfono móvil. Era Wolfe.

—Acabo de recibir una llamada de tu contacto en el equipo de seguridad de Michel Laurent. Tu sobrina y tu sobrino acaban de llegar al château de Laurent en Francia —dijo Wolfe—. ¿Qué quieres que haga?

Grant se quedó inmóvil, sintiendo cómo crecía el deleite en su pecho. Toda su ira y frustración de apenas cinco minutos atrás se disiparon. Sabía que el château de Michel no estaba lejos de Avallon, lo que significaba que debían haber llegado a la misma conclusión que Finlay.

Grant hizo el cálculo mental, estimando cuánto tiempo le tomaría volar desde Londres hasta el aeropuerto más cercano en Dijon, más el trayecto en coche. Necesitaba asegurarse de que se quedaran allí hasta entonces... quería acabar él mismo con su traicionera sobrina y sobrino. Parecía apropiado que él fuera quien los ejecutara. La familia es familia, después de todo.

—Esto es lo que quiero que hagas —le dijo a Wolfe.

VEINTICINCO

*Chateau Laurent
Precy-le-Sec, Francia
11:27 P.M.*

Michel se apoyó contra el borde de su escritorio, con los brazos cruzados sobre el pecho mientras su mirada pasaba de Sorch a Declan, y finalmente a Adrian y Nick.

Todos estaban reunidos en el enorme estudio del castillo, donde Sorch acababa de contarle todo lo que había sucedido desde que huyeron de la finca escocesa de Grant, terminando con su conclusión de que la tumba de Riothamus debía estar en algún lugar dentro o alrededor del pueblo de Avallon.

—Lo que me habéis contado suena factible —dijo él—. Pero a lo largo de los años, la hermandad ya ha buscado en sitios alrededor de Avallon, creyendo que una de las tumbas de los Arturo podría estar allí.

—Entonces esas búsquedas deben haber pasado algo por alto —insistió Sorch.

Michel todavía no parecía convencido. —¿Y las otras inscripciones?

—Creemos que señalan a los otros dos Arturos: Ambrosio Aureliano y Owain Danwyn —dijo Adrian—. Pero no estamos tan

seguros sobre sus lugares de enterramiento como lo estamos sobre Avallon.

—En cuanto a Avallon, simplemente no sabemos exactamente *dónde* buscar —añadió Sorchá.

Michel se acercó a un carrito de bebidas en la esquina más alejada del estudio y se sirvió un vaso de whisky.

—Cuando se trata de Arturo, siempre me gusta empezar con la leyenda —dijo Michel, volviéndose hacia ellos—. ¿Qué sabemos sobre el entierro del Arturo legendario?

—La historia más famosa es que va al mítico Avalón después de ser herido mortalmente en batalla con su sobrino, Mordred —dijo Sorchá—. Hay versiones que dicen que sobrevive después de ser curado en este Avalón, mientras que otras, la que la mayoría de la gente conoce, cuentan que muere allí.

—La hechicera Morgan le Fay gobernaba el Avalón mítico, junto con nueve hermanas —dijo Michel—. Necesitamos pensar más allá de la leyenda, en la época en que vivieron realmente nuestros Arturos. Después de que los romanos se marcharan, muchas personas de las Islas Británicas volvieron a sus raíces celtas, y eso incluía su religión. Una característica común de su religión eran las "islas curativas", donde, como sugiere el nombre, se enviaba a la gente para sanar. ¿Pueden adivinar quién solía vigilar tales islas?

—Sacerdotisas —dijo Adrian lentamente, viendo ya los paralelismos.

Michel asintió. —Exactamente. Hay menciones históricas de tales islas curativas, incluyendo una de un geógrafo romano llamado Pomponio, que describe una isla del río Elorn, habitada solo por sacerdotisas, incluyendo un oráculo para un dios celta. Señala que son nueve en número. —Levantó las cejas—. ¿Os suena familiar?

—¿Entonces las islas curativas eran comunes durante la época de los Arturos históricos? —preguntó Nick.

—En efecto —respondió Michel—. Ahora, volviendo a la religión celta. Los cuerpos de agua eran un aspecto muy importante de ella. Los celtas creían que el agua era el reino de los dioses. Arrojaban ofrendas votivas a los cuerpos de agua como ofrendas a sus dioses; es la razón por la que hoy en día tiramos monedas a las fuentes —

añadió—. Volviendo al Arturo legendario... pensad en la dama del lago. ¿Queréis adivinar de dónde surgió?

—Diosas celtas del agua —dijo Adrian, sacudiendo la cabeza con asombro.

—Exacto. Se han descubierto antiguos santuarios paganos en islas dedicadas a diosas como Cliodna, que era una diosa de los lagos; Slioch, una diosa del agua, y otras deidades acuáticas. Por supuesto, nuestra historia no estaría completa sin el surgimiento del cristianismo —continuó Michel—. ¿Qué hacían los cristianos cuando se encontraban con santuarios o templos paganos? En su mayoría, simplemente los convertían en iglesias, abadías, monasterios. Era más fácil para los recién convertidos aceptar adorar en templos con los que estaban familiarizados y que ya habían existido durante siglos.

Adrian se reclinó en su silla, comprendiendo adónde quería llegar Michel con esto. Y por la expresión de su rostro, Nick también lo entendía.

—Así que Riothamus está enterrado en o cerca de una iglesia que solía ser un templo pagano dedicado a una diosa del agua... uno que podría haber sido parte de una isla curativa —dijo Adrian.

—Eso creo —confirmó Michel—. Necesitamos examinar las iglesias cristianas o los antiguos templos que están dentro o cerca de Avallon.

Michel se levantó y se dirigió a uno de los armarios del estudio, introduciendo un código para desbloquearlo. Sacó varios mapas enrollados, extendiendo uno de ellos sobre el escritorio. Ante su mirada de sorpresa, les dedicó una sonrisa irónica.

—Soy bastante tradicional cuando se trata de mapas. Además, estos más antiguos captan matices históricos que incluso Google Maps pasa por alto.

Adrian se rió, pensando en su amigo Sebastian Rossi, quien también insistía en mantener versiones analógicas de todo lo digital. Dio un paso adelante, junto con Nick, Sorchá e incluso Declan, que había estado recostado en el sofá por insistencia de Sorchá. Todos observaron el gran mapa que Michel desplegó y colocó en su escritorio.

—Hay varias iglesias que podrían encajar —dijo Michel—. Pero creo que las candidatas más probables son estas. —Tomó un bolígrafo y marcó cuatro ubicaciones en el mapa—. Están cerca de pequeños cuerpos de agua: uno es un pequeño lago y los otros son arroyos estrechos.

Adrian miró las iglesias, con el corazón latiendo con esperanza. ¿Podría una de estas iglesias contener lo que estaban buscando?

—Idealmente, me gustaría ir durante el día, pero sé que es importante encontrar este lugar rápidamente —dijo Michel—. Como hay varias, sugiero que...

Sus palabras fueron interrumpidas cuando las ventanas del estudio se hicieron añicos, enviando fragmentos de vidrio que estallaron hacia adentro mientras las balas acribillaban la habitación.

VEINTISÉIS

Adrian se lanzó al suelo, junto con Nick y los demás. Justo fuera de las ventanas del estudio, podía escuchar los gritos de los hombres de Michel y el fuego de respuesta.

Su sangre se heló. Grant los había encontrado.

—¡Manténganse agachados! —gritó Michel por encima del estruendo—. ¡Síganme!

Aferrándose a los mapas y moviéndose a rastras, Michel se arrastró hacia la puerta; Adrian y los demás iban justo detrás de él.

Para su horror, una vez que salieron del estudio, vio el cuerpo de uno de los guardias de Michel justo fuera de la entrada.

—Dios mío —gimió Sorchá.

Adrian miró alrededor, observando el pasillo vacío, con el cuerpo tenso. Deseaba tener cualquier tipo de arma consigo. Michel, que había palidecido al ver el cuerpo, tragó saliva y se recompuso.

—Por aquí —dijo, girándose para dirigirse por el pasillo alejándose del estudio.

Lo siguieron, todos en máxima alerta. Michel se detuvo cuando un hombre que Adrian reconoció como su guardia principal se acercó desde el extremo del pasillo.

—Jerome —dijo Michel, aliviado—. Gracias a Dios. Nosotros...

Pero Jerome lo silenció levantando una pistola y apuntándoles, con expresión fría. Adrian se tensó, sintiendo cómo la alarma corría por sus venas.

—De rodillas —ordenó.

Michel solo lo miró, horrorizado. —Jerome...

—No me haré repetir —espetó Jerome.

Adrian observó incrédula cómo Sorchá daba un paso adelante, ignorando la mano de Declan que intentaba detenerla por el brazo.

—Es mi tío, ¿verdad? —escupió—. ¿Estás trabajando para él?

Por un momento, Adrian no podía creer la valentía —o estupidez— de Sorchá al acercarse a Jerome. Pero entonces vio que Sorchá les lanzaba una mirada rápida. Le recordó a la mirada que le había dado en la finca en Escocia. Mientras que aquella había sido de advertencia, esta era una señal para actuar.

Adrian se lanzó hacia adelante, aprovechando que Jerome estaba distraído con Sorchá. Bajó su cuerpo para patear las rodillas de Jerome mientras Declan y Nick también se abalanzaban hacia él.

Nick lo derribó al suelo, haciendo que la pistola se desprendiera de su mano, golpeándole la cabeza contra el suelo varias veces, con fuerza, dejándolo inconsciente, mientras Declan recogía la pistola.

Adrian se giró, aterrada, cuando escuchó que la puerta principal del château se abría violentamente, seguida de más gritos y pasos acercándose rápidamente hacia ellos.

—¡Sígueme! —gritó Michel, corriendo por el pasillo.

Obedecieron, y Michel los condujo hasta una cocina enorme, moviéndose hacia lo que parecía un armario alto. Presionó un botón en el lateral y, para su asombro, se deslizó revelando una habitación estrecha y austera. Una improvisada sala de pánico.

—Adentro. ¡Rápido! —siseó Michel.

Los pasos se acercaban. Adrian y los demás entraron justo cuando varios hombres irrumpieron en la cocina.

Michel entró en la sala de pánico, golpeando un botón junto a la puerta mientras los hombres corrían hacia ellos. La puerta se cerró lentamente —demasiado lentamente— justo cuando uno de los hombres llegó a la puerta, levantando su arma para disparar...

La puerta se cerró justo a tiempo. Adrian cerró los ojos, sintiendo cómo el alivio la invadía, aunque solo duró un instante. No podían quedarse ahí para siempre.

Michel pasó a su lado, abriendo un armario sellado junto a otra puerta en la parte trasera de la habitación introduciendo un código. Se abrió deslizándose, revelando un estante con llaves de coche y varias armas. Tomó un juego de llaves, entregándoselas a Sorch, antes de dar un arma a cada uno: Nick, Declan y Adrian. Luego le entregó a Sorch los mapas enrollados que había tomado de su estudio.

—Esas son las llaves del Bugatti —dijo—. Y los mapas cubren Francia y todo el Reino Unido. Deberían ayudarles en su búsqueda de las tumbas. Tomen la salida trasera.

—¿No vienes con nosotros? —preguntó Sorch con voz temblorosa, tomando las llaves.

Un estruendo sonó contra la puerta y Michel se giró para enfrentarla, con la boca en una línea sombría.

—Necesito ganarles tiempo.

—Michel... —protestó Sorch.

—Tiene razón —interrumpió Declan. Se volvió hacia Michel, y algo silencioso pero intenso pareció pasar entre ellos mientras los hombres se miraban a los ojos.

—Vayan. Ahora —dijo Michel, moviéndose hacia la puerta trasera, introduciendo otro código. La puerta se deslizó, revelando un conjunto de escaleras—. Esto lleva al garaje.

Sorch extendió los brazos para darle un abrazo rápido a Michel antes de salir, Declan le dio un asentimiento antes de seguirla. Adrian y Nick hicieron lo mismo, agradeciéndole antes de descender las escaleras tras Sorch y Declan. Podía oír las balas rebotando contra la puerta de la sala de pánico mientras Michel cerraba la puerta detrás de ellos.

Al pie de las escaleras había un espacioso garaje lleno de varios coches de lujo; Sorch los guió hasta un elegante Bugatti negro. Todos subieron, Adrian y Nick tomando posiciones en el asiento trasero, Declan en el del copiloto, con sus armas preparadas mientras Sorch arrancaba el coche.

Tan pronto como el motor rugió con vida, y la puerta del garaje se deslizó para abrirse, dos hombres irrumpieron en el garaje.

Sorcha pisó a fondo el acelerador, saliendo justo cuando los hombres dispararon varias veces.

Una vez fuera del garaje, otro coche les pisaba los talones inmediatamente. Sorcha soltó una maldición y aceleró. Los disparos atravesaron el exterior del vehículo mientras Adrian, Nick y Declan devolvían el fuego.

—¿Hay alguna otra carretera que podamos tomar? —gritó Adrian, mientras los hombres detrás de ellos seguían disparando.

—Hay una... pero está al otro lado de ese bosque —dijo Sorcha, señalando con la cabeza hacia la izquierda. Adrian vio un grupo de árboles al lado de la carretera.

—Entonces ahí es donde tenemos que ir —respondió Adrian—. Nick, Declan, ¡apunten a sus neumáticos! Necesitamos ganar tiempo.

—Justo lo que iba a hacer —dijo Nick, apuntando su arma al coche perseguidor. Declan hizo lo mismo, y ambos dispararon varias veces, apuntando directamente a los neumáticos.

El coche perseguidor se salió de la carretera, y Sorcha giró bruscamente el Bugatti hacia la izquierda, dirigiéndose a toda velocidad hacia los árboles.

VEINTISIETE

*Chateau Laurent
Precy-le-Sec, Francia
1:45 A.M.*

Grant irrumpió en el gran salón, con la sangre hirviéndole mientras observaba a su antiguo amigo Michel, quien estaba arrodillado en el centro de la habitación, con el rostro magullado y amoratado, y el cañón de una pistola presionado contra su sien por Wolfe.

Mientras viajaba desde Londres, volando en un avión privado desde el aeropuerto de Heathrow hasta el aeropuerto de Dijon-Darois, sus hombres habían asegurado el château, eliminando a la pequeña fuerza de seguridad que Michel tenía en la propiedad. Pero su rebelde sobrina y sobrino, junto con los dos agentes federales estadounidenses, habían logrado escapar.

Hizo un gesto a Wolfe para que se apartara, sacando su propia pistola y presionándola contra la sien de Michel. Para su irritación, cuando Michel lo miró a los ojos, no había miedo en ellos.

—¿Adónde fueron? —siseó Grant.

Michel no dijo nada. Grant levantó su pistola, golpeándolo con fuerza en la sien. Michel se desplomó en el suelo, pero simplemente se levantó de nuevo, con expresión neutral.

—Solo te lo voy a preguntar una vez más —gruñó Grant—. ¿Dónde. Están?

Michel simplemente lo miró, con un destello de tristeza en lo profundo de sus ojos.

—Hubo un tiempo en que te habría considerado un buen hombre, Grant —dijo—. ¿Qué te pasó?

Las palabras de Michel desataron una furia que se extendió por todo el cuerpo de Grant. Siempre había sido tan malditamente moralista.

—Estoy sacando a la hermandad de las sombras y llevándola a la luz —dijo, y apretó el gatillo.

Región de Borgoña

Francia

1:52 A.M.

Adrian examinaba uno de los mapas que Michel les había entregado, mientras Sorchá conducía por un estrecho camino que serpenteaba por el campo de Borgoña. Nick y Declan iban en el asiento trasero, con sus armas fuera, vigilando el camino detrás de ellos.

Desde que escaparon del château, habían visitado otras dos iglesias marcadas en el mapa, sin éxito. La primera estaba cerrada sin forma de acceder a ella, y la otra ya no existía.

Se dirigían a la tercera iglesia del mapa, pero Adrian estaba perdiendo la esperanza. Como Grant y sus hombres ya estaban en la zona, podrían saber que el lugar de enterramiento de Riothamus estaba en algún lugar cerca de Avallon... y haberse adelantado.

—Aquí estamos —dijo Sorchá, mientras sus faros iluminaban una iglesia decrepita al lado del camino, justo adelante. Sorchá parecía cansada y alterada; Adrian sabía que estaba aterrorizada por Michel, pero intentaba concentrarse y mantener la compostura.

—Esperemos que a la tercera vaya la vencida —dijo Nick con gravedad.

Sorchá estacionó el coche detrás de la iglesia para que quedara fuera de la vista desde el camino.

Salieron del coche y se dirigieron al interior. El interior de la iglesia estaba aún más deteriorado que su exterior, con suelos de piedra desmoronándose y bancos parcialmente colapsados. Una espesa capa de polvo y telarañas cubría cada superficie.

Cubriéndose la boca y la nariz con su camisa, Adrian se aventuró más adentro, mirando alrededor. Hacia la parte trasera de la iglesia, notó una losa de piedra que descansaba en el suelo.

Se dirigieron hacia ella. Adrian se agachó, examinándola. Cubría una abertura cuadrada debajo.

—Movamos esto, hay algo debajo —dijo.

Juntos, usando toda su fuerza colectiva, apartaron la losa de piedra. Debajo, la abertura conducía a un conjunto de escaleras que descendían a un sótano.

Usando la linterna de su teléfono móvil para guiarse, Adrian bajó las escaleras, con los demás siguiéndola de cerca. Las escaleras estaban sorprendentemente firmes a pesar del estado de deterioro de la iglesia.

Suelos de piedra agrietados y paredes de ladrillo desmoronándose componían el sótano, con una capa de polvo aún más espesa cubriendo todo lo que veían. Tosieron, cubriéndose la nariz y la boca, usando las linternas de sus teléfonos para iluminar el espacio.

Pero no había nada que destacara. Era solo un sótano vacío y decrepito.

La derrota se apoderó de Adrian, hasta que notó algo.

Se acercó a la pared a su izquierda, notando que un ladrillo parecía ligeramente diferente a los demás. Parecía... fuera de lugar.

—Chicos —dijo, y los otros se acercaron, mientras Sorchá iluminaba el ladrillo con su luz.

—Es diferente a los otros —confirmó Sorchá.

Nick y Declan se adelantaron y presionaron contra la piedra para desalojarla, pero no se movía.

Adrian apretó los dientes, llenándose de frustración.

—Apartaos.

—Adrian —protestó Sorchá, mientras Adrian apuntaba con su pistola—. Espera. ¿Y si...?

Pero Adrian ya había disparado.

El ladrillo se desmoronó, desalojando los otros ladrillos a su alrededor. Adrian y los demás retrocedieron tambaleándose mientras los ladrillos que colapsaban revelaban una pequeña abertura.

Sorcha jadeó. A unos cuatro metros dentro del espacio revelado... había un montón de huesos.

Con el pulso acelerado, Adrian pasó su luz sobre los huesos, quedándose paralizada cuando la dirigió hacia el techo directamente sobre los restos.

Había una inscripción tallada allí.

VEINTIOCHO

Todos contemplaron los huesos y la inscripción en silencioso asombro.

Adrian dio un paso adelante, estudiándolo todo. La inscripción estaba escrita en latín:

INTER MAGNA SAXA TERRAE DORMIENTIS

—Entre las grandes rocas de la tierra dormida —tradujo Adrian, leyendo en voz alta.

—Vaya forma de ser específicos —murmuró Nick después de una larga pausa—. Eso podría estar literalmente en cualquier parte.

Sorcha y Declan se adelantaron, examinando los huesos más de cerca.

—Por lo que he visto en excavaciones, voy a suponer que se trataba de un hombre de unos cuarenta y tantos años —dijo Sorcha. Sus ojos recorrieron el espacio que rodeaba los restos—. Probablemente fue enterrado con objetos funerarios: joyas, armas, armadura. Si tenía una espada similar a la que encontramos en Dorset, también habría estado aquí. Los saqueadores de tumbas debieron llegar hace años.

De repente, el sonido del motor de un coche acercándose llegó desde encima del sótano. Adrian se quedó inmóvil antes de que su

mano volara hacia su pistola; todos permanecieron completamente quietos hasta que el sonido del coche pasó de largo.

Los hombros de Adrian se hundieron con alivio, pero la tensión aún vibraba por todo su cuerpo. La parte historiadora de ella quería quedarse y examinar los huesos, alertar a las autoridades históricas locales, pero su otro lado sabía que no era seguro permanecer allí mucho tiempo. Los hombres de Grant podrían caer sobre ellos en cualquier momento. Cuando todo esto terminara, sabía que Sorch se aseguraría de que un equipo de arqueólogos examinara minuciosamente el sitio. Por la mirada hambrienta en los ojos de la otra mujer, probablemente sería la propia Sorch quien supervisaría el estudio.

—Necesitamos ir a un lugar seguro mientras desciframos esta inscripción —dijo Adrian.

—Sé adónde podemos ir —respondió Sorch, apartando finalmente la mirada de los huesos.

Dijon, Francia
7:48 A.M.

Sorch contemplaba la vista desde el balcón de su habitación en el bed-and-breakfast.

La ciudad de Dijon se extendía ante ella, con sus tejados medievales de terracota y la torre espiral de la Catedral de Dijon a lo lejos.

La capital de la región de Borgoña, Dijon, estaba llena de una mezcla de estilos arquitectónicos que atestiguaban su variada historia, desde el Renacimiento hasta el Gótico. Los Duques de Borgoña habían gobernado desde aquí durante la época medieval, cuando la ciudad era uno de los grandes centros de arte y ciencia en Europa. Ahora era una encantadora ciudad medieval, popular entre los turistas por su vino, gastronomía y sitios históricos.

Ella había sugerido que vinieran a Dijon; era la ciudad más cercana con una población lo suficientemente grande como para mezclarse, en lugar de alguno de los pueblos más pequeños del campo borgoñón. Y lo más importante, tenía aeropuerto.

Adrian había estado rápidamente de acuerdo con ella. Desde que Adrian la había consolado respecto a Declan, confiándole lo que le había sucedido a su propio padre, Sorch sentía una creciente camaradería con la otra mujer. Compartían similitudes... ambas eran historiadoras, ambas habían sufrido la pérdida de un progenitor. Y ahora eran aliadas en el intento de impedir que el bando de Grant de la hermandad encontrara el arma.

Sorch y los demás habían conseguido dos habitaciones contiguas, pero Sorch apenas había dormido, con el estómago hecho un nudo por la preocupación por Michel. Declan también había estado despierto toda la noche, aunque ella insistió en que necesitaba dormir para su continua recuperación. Aun así, había pasado gran parte de la noche dando vueltas en la cama.

Había intentado llamar al número de emergencia secreto de Michel, pero no hubo respuesta. Tenía un terrible presentimiento en la boca del estómago; era la misma sensación que había tenido cuando sus padres murieron. Las lágrimas le ardían tras los párpados, y parpadeó para contenerlas.

¿Cómo había salido todo tan mal? James había muerto, Michel posiblemente también se había ido, y ahora su tío estaba a punto de descubrir el secreto que la hermandad había trabajado durante siglos para proteger. Sentía el peso del fracaso presionando sobre sus hombros, y tomó una respiración profunda y temblorosa para calmarse.

—Sorch.

Se giró para encontrar a su hermano de pie detrás de ella, observándola con preocupación.

—Deberías estar acostado.

—Solo puedo estar acostado hasta cierto punto. Los medicamentos que me dio la doctora Stewart están haciendo efecto —dijo Declan. Se apoyó en la barandilla, estudiándola—. Estás preocupada por Michel.

Era una afirmación, no una pregunta, pero ella asintió de todos modos.

—Yo también —confesó él. Suspiró profundamente, con el arrepentimiento ensombreciendo sus rasgos—. Nunca debí unirme a Grant. Realmente pensé que estaba haciendo lo correcto. Michel solía creer en mí, pero después de que me uniera al otro bando...

—Solo estaba herido —dijo Sorchá, extendiendo la mano para apretar su brazo—. Eres como un hijo para él. Podría haber ordenado a sus hombres que te mataran, sin importar cuánto protestara yo. Pero se dio cuenta de que estabas siendo sincero.

Declan pareció considerar sus palabras por un momento antes de continuar.

—Me dije a mí mismo que me unía a Grant por el legado de nuestra familia. Pero en realidad, estaba siendo egoísta. Necesitaba una distracción de mi dolor. Cuantas más mentiras me alimentaba Grant, más las devoraba, aunque en el fondo sabía que algo estaba mal.

—El pasado ya no importa ahora, Dec. Estás en el lado correcto ahora. —Extendió la mano para apretar la suya, con una renovada oleada de determinación recorriéndola—. Y *honraremos* el legado de nuestra familia, y el de la hermandad, deteniendo a Grant.

7:55 A.M.

Nick se detuvo justo fuera del balcón, observando cómo Adrian se apoyaba en él, con los ojos cerrados, la cabeza inclinada hacia el cielo, algo que hacía cada vez que estaba sumida en profundos pensamientos.

Observándola ahora, recordó el deseo que lo había invadido cuando ambos estaban en el espacio reducido del apartamento de James Poole, con las curvas de ella apretadas contra él. Se había maldecido a sí mismo por pensar con sus partes bajas cuando

estaban en tanto peligro, pero la atracción que sentía hacia Adrian llevaba mucho tiempo bullendo bajo la superficie.

Él y Adrian compartían habitación, insistiendo él en tomar el sofá mientras ella ocupaba la cama. Habían compartido habitaciones antes cuando eran compañeros, pero esta vez se sentía... diferente. Por un lado, le sorprendía lo cómodo que se sentía pasando la noche en la misma habitación que Adrian después de todo este tiempo. Por alguna razón, simplemente se sentía correcto, y no tenía la capacidad mental en este momento para examinar sus sentimientos sobre el porqué.

—¿Sigues tomando el café solo? —preguntó Nick, decidiendo hacer notar su presencia mientras se unía a Adrian en el balcón.

Los ojos de Adrian se abrieron de golpe cuando Nick salió al balcón con dos tazas de café, dedicándole una sonrisa agradecida.

—Sí —dijo, tomando la taza que le entregaba con gratitud. Él sabía que estaba agotada hasta los huesos y no había dormido mucho; no creía que ninguno de ellos lo hubiera hecho después de los sucesos de ayer.

—Supongo que tu sueño fue como el mío —dijo Nick, tomando un sorbo de su café—. Una mierda.

—Sí. Simplemente odio sentir que nos estamos perdiendo algo —dijo Adrian con un suspiro—. Es una sensación persistente que tuve durante casi todo el tiempo que estuvimos en Egipto para el caso de Cleopatra.

—Bueno, vamos a descomponer todo —dijo Nick, apoyándose en el balcón junto a ella, mirando hacia el horizonte—. La inscripción en Ogham de la espada nos llevó a esa tumba. Creo que es razonable pensar que la inscripción que encontramos en la tumba nos lleva al siguiente lugar, que posiblemente sea *el* lugar.

Adrian asintió, mostrando su acuerdo. Nick pensó de nuevo en la inscripción. *Entre las grandes rocas de la tierra dormida.*

Adrian dejó bruscamente su café. Ante la mirada interrogante de Nick, dijo:

—Todo esto tiene que ver con la hermandad. Necesitamos usar a los dos miembros de la hermandad que están justo al lado para

ayudar a descifrar esto. Voy a adivinar que están tan despiertos como nosotros ahora mismo.

VEINTINUEVE

Adrian apenas había llamado cuando Sorchá abrió la puerta de su habitación. Sonrió y se hizo a un lado para dejar entrar a Adrian y Nick.

—¿Es significativo que haya tres inscripciones? —preguntó Adrian, tan pronto como ella y Nick estuvieron dentro. Ese era un hecho que le inquietaba... los tres Arturo, las tres inscripciones. Todo parecía deliberado.

—El número tres es significativo para la hermandad —respondió Sorchá—. Los primeros miembros fundadores de la hermandad eran druidas, sacerdotes celtas. El número tres era sagrado en la religión celta. Había deidades triádicas, como la Morrigan. También estaba el Trisquel, un símbolo de triple espiral de los celtas que se remonta hasta el Neolítico.

—Incluso solía haber típicamente tres líderes de la antigua hermandad —añadió Declan.

—Si ese es el caso —dijo Adrian—, y hay otras dos tumbas, es lógico pensar que hay otras dos inscripciones como la que encontramos anoche. Y una vez que juntemos las tres...

—Nos dirán la ubicación del lugar —concluyó Sorchá, asintiendo con la cabeza—. Por supuesto. Tiene sentido. Es una forma que tenía la antigua hermandad para asegurarse de que la persona correcta encuentre la ubicación del lugar. Solo los más confiables tendrían las tres. —Cerró los ojos, frotándose las sienes, con una

expresión de preocupación cruzando su rostro—. Tenemos que movernos rápido. No sabemos dónde están mi tío Finlay y sus otros hombres en todo esto.

Adrian se sentó en el borde de una de las camas, frunciendo el ceño en concentración. Pensó en las otras letras de las inscripciones en Ogham, las vinculadas a los otros dos Arturo.

—Las otras dos inscripciones en la espada probablemente también conducen a los lugares de entierro de los otros Arturo. ¿Qué sabemos sobre sus últimos días? —preguntó Adrian.

—Bueno, no se sabe mucho sobre los últimos días de Ambrosius Aurelianus, pero sabemos que un descendiente suyo terminó gobernando un reino en Bretaña —dijo Sorchá—. Así que es probable que terminara huyendo de Britania cuando los sajones realizaron sus exitosas incursiones tierra adentro, como hicieron muchos britanos en esa época. Si no, es posible que un descendiente suyo, o un miembro de la hermandad, lo enterrara en Bretaña para estar más cerca de su familia.

—¿Quién fue ese descendiente que gobernó en Bretaña? —preguntó Nick.

—Conomor. Vivió en Domnonee, que ahora es la región de Bretaña en Francia —respondió Sorchá.

—Dol —dijo Declan lentamente. Todos se volvieron para mirarlo. Se enderezó, dando un paso adelante—. Esa es la inscripción junto al nombre de Aurelianus en la espada. Está en desorden, escrita como L D O.

—Dios mío —suspiró Sorchá, mirando a los ojos de su hermano. Se volvió para mirar a Adrian y Nick—. Una de las comunas en la Domnonee moderna es Dol-de-Bretagne. Históricamente se conocía como Dol. Si la familia de Aurelianus eventualmente se estableció allí...

—Entonces es allí donde está enterrado —dijo Adrian, mientras su corazón aceleraba su ritmo—. Bien. Tenemos una ubicación potencial. ¿Qué hay sobre los últimos días de Owain Danwyn?

—Owain murió en batalla alrededor del año quinientos veinte —dijo Sorchá—. Murió no lejos de la ciudad capital de su propio reino de Powys. En la Britania del siglo VI, los guerreros que caían en

batalla cerca de los lugares de entierro de su familia habrían sido enterrados allí. Así que creo que es probable que fuera enterrado con la familia real de Powys.

—¿Dónde está eso? —preguntó Nick.

—La inscripción en la espada junto al nombre de Owain es A S B —les recordó Declan.

Sorcha se enderezó, paseando, antes de detenerse en seco. —Bas —dijo—. Bas... por Baschurch. —Se giró para encararlos—. Los reyes de Powys fueron enterrados en un lugar llamado *Eglwysau Bassa*, en antiguo galés significa iglesias de Bassa. Hay un pueblo en Inglaterra llamado Baschurch, y ha tenido ese nombre desde la antigüedad. Pero eso no es todo —continuó Sorcha—. Hay una pequeña colina cerca del pueblo llamada Berth Hill. Los historiadores creen que fue un recinto ceremonial, según los primeros estudios arqueológicos. Estaba en uso cuando Owain murió.

La esperanza llenó a Adrian con las palabras de Sorcha. Ahora tenían dos ubicaciones probables para las siguientes dos tumbas, aunque si se equivocaban en ambas o incluso en una de las ubicaciones, perderían un tiempo precioso.

—Creo que deberíamos dividirnos en dos grupos; uno va a Bretaña, el otro a Baschurch —dijo Adrian finalmente.

—¿En serio? —preguntó Nick, cauteloso—. Separarse nunca funciona en las películas de terror.

—Adrian tiene razón —dijo Sorcha—. ¿Y si nos equivocamos en una o ambas ubicaciones? Aceleramos el proceso de esta manera. Declan y yo iremos a Baschurch. Tengo algunos contactos en un museo local que pueden darme respuestas.

—Entonces Nick y yo nos dirigiremos a Bretaña —dijo Adrian—. Esperemos que vayamos a los lugares correctos... y que lleguemos antes que Grant.

TREINTA

Dol-de-Bretagne, Francia
1:17 P.M.

Dol-de-Bretagne era un pintoresco pueblo francés en la región de Bretaña, al noroeste de Francia, situado sobre marismas que abrazaban la costa. Casas y edificios medievales junto con serpenteantes calles empedradas llenaban el pueblo, conocido por su grandiosa catedral del siglo XIII, la Catedral de Saint-Samson.

Adrian y Nick habían volado desde Dijon hasta Rennes, y luego conducido cuarenta y cinco minutos hacia el norte hasta Dol-de-Bretagne desde el Aeropuerto de Bretaña de Rennes. Usando uno de los mapas antiguos de Michel, junto con sus modernos mapas electrónicos en sus teléfonos, se dirigieron a pie hacia las afueras del pueblo, justo después de la carretera principal que serpenteaba por todo el lugar. Según el mapa de Michel, había una antigua iglesia allí llamada Eglise de Champs, una iglesia que había sido construida sobre las ruinas de un templo dedicado a una diosa celta del agua.

Pero cuando llegaron al lugar indicado en el mapa, Adrian se detuvo en seco. La iglesia que estaban buscando no aparecía en sus mapas modernos, pero Adrian había asumido que era porque se trataba de una iglesia antigua en ruinas, como la que habían encontrado cerca de Avallon.

Donde debería haber estado la iglesia no había nada.

Nick masculló una maldición mientras Adrian verificaba de nuevo el mapa de Michel, pero estaban en el lugar correcto. Cerró los ojos, sintiendo una oleada de frustración. No había otras iglesias viables en la zona para revisar; el área debajo de la famosa Catedral de Saint-Simon ya había sido exhaustivamente excavada.

¿Habían perdido un tiempo precioso al venir aquí?

—Sugiero que aprovechemos el conocimiento de los lugareños. Ellos sabrán más sobre esta iglesia —o cualquier otra iglesia potencial que podamos buscar— en esta zona —sugirió Nick.

Momentos después, ella y Nick se habían dirigido al Museo de Dol, el museo de historia local. Al entrar, una sonriente anciana los recibió en francés desde el mostrador de recepción. Se presentó como Honorine.

—Esperábamos ver las ruinas de la antigua iglesia, la Eglise de Champs —respondió Adrian en francés.

—Ah, lamentablemente fue demolida hace unos cincuenta años.

—Oh —dijo Adrian, tratando de ocultar su creciente frustración detrás de una sonrisa educada—. Es una lástima. Mi esposo y yo somos aficionados a la historia interesados en antiguos templos paganos de la zona. Creo que hubo un templo allí antes de que se construyera la iglesia. ¿Sabe si encontraron algo cuando demolieron la iglesia?

—No estoy segura —respondió Honorine con el ceño fruncido—. Tenemos fotografías y registros de esa época. Denme un momento.

Cuando Honorine regresó diez minutos después, traía consigo un pequeño montón de documentos. —Están de suerte —dijo, radiante mientras los deslizaba hacia Adrian y Nick.

Adrian miró los documentos, que eran copias de fotografías. Su corazón dio un vuelco mientras las revisaba.

Las fotos mostraban ruinas de un templo antiguo, junto con varias tomas de cerca de una inscripción vieja y desgastada.

—Según las notas que acompañan esas fotos, el equipo de investigación arqueológica creía que pudo haber una tumba o algún tipo de espacio funerario allí en algún momento —dijo Honorine—. Pero ya había desaparecido cuando demolieron la iglesia.

Adrian apenas escuchaba, con la mirada fija en la inscripción. Aunque estaban desvaídas, podía distinguir las palabras en latín, la única parte de la inscripción que era legible.

AQUAS FLEUNTIBUS

Aguas corrientes. De alguna manera, complementaba la inscripción que habían encontrado cerca de Avallon.

Adrian encontró la mirada de Nick, y una palpable ola de emoción pasó entre ellos.

Se volvió hacia Honorine, tratando de mantener la compostura mientras ofrecía una sonrisa educada.

—¿Sería posible obtener copias de estos documentos?

*Museo y Sociedad Histórica de Berth Hill
Baschurch, Inglaterra
1:32 P.M.*

Sorcha entró en el Museo y Sociedad Histórica de Berth Hill, con Declan pisándole los talones, esperando parecer más segura de lo que se sentía.

Sorcha ya había hablado por teléfono con la conservadora jefe, Louisa Fletcher, antes de llegar, diciéndole que necesitaba revisar registros de estudios arqueológicos en la zona, específicamente los realizados en Berth Hill. Había conocido a Louisa en una ocasión anterior, durante una excavación que había realizado no muy lejos de Berth Hill. Solo podía esperar que Louisa no fuera demasiado suspicaz ante sus vagas razones para necesitar ver los registros.

Cuando ella y Declan llegaron a la recepción, Louisa, una mujer atractiva de unos cincuenta años, se les acercó con una sonrisa educada.

—Doctora Manning —dijo, dirigiendo un asentimiento a Declan después de que Sorcha los presentara—. No quiero parecer difícil,

pero consulté con el Museo Británico después de nuestra conversación, y no tenían conocimiento de su visita.

Declan se tensó a su lado, y Sorchá se obligó a mantener su sonrisa fija en su rostro. Había olvidado lo estricta que era Louisa.

Tendría que conformarse con una verdad a medias.

—El museo quería mantener mi visita en secreto. Estoy trabajando con Scotland Yard en —bajó la voz— el reciente robo de los artefactos de Dorset.

Los ojos de Louisa se abrieron con sorpresa, pero aún parecía insegura.

—Déjeme hablar con el jefe de los archivos, y entonces podremos...

—Eso no será necesario.

Un escalofrío recorrió las venas de Sorchá al escuchar el característico retumbar de la voz de su tío detrás de ella. Ella y Declan se dieron la vuelta.

Grant entró en el vestíbulo, flanqueado por varios de sus hombres y Finlay. Tenía agarrado por el cuello al aterrorizado guardia de seguridad de mediana edad, con su pistola presionada contra la sien del hombre.

En lugar de parecer enfadado al encontrar a Sorchá y Declan allí, una sonrisa encantada se extendió por el rostro de Grant.

—Pero si son mi sobrina y mi sobrino —dijo—. He estado deseando una reunión familiar.

TREINTA Y UNO

*Museo e Institución Histórica de Berth Hill
Baschurch, Inglaterra
1:54 P.M.*

Sorcha estaba junto a Finlay en la recepción, inclinada sobre los registros que una temblorosa Louisa les había proporcionado —a punta de pistola.

Intentaba ignorar a Grant y sus hombres, uno que estaba a su lado con el arma apuntándola, y otro frente a ella, con Declan de rodillas y una pistola presionada contra su sien. El propio Grant caminaba inquieto frente a ellos, lanzándole miradas fulminantes de vez en cuando.

El terror inundaba sus venas, y sus manos temblaban. Se obligó a respirar profundamente para calmarse. Los hombres de Grant habían conducido a los demás empleados y visitantes del museo a una sala trasera; desde aquí podía oír sus aterrorizados gemidos.

Grant le había ordenado trabajar con Finlay para examinar minuciosamente los registros del museo en busca de cualquier indicio sobre una tumba ubicada en Berth Hill. Ni que decir tiene que era difícil concentrarse. Cuando había venido aquí para consultar los registros, esperaba que revelarían marcas o inscripciones encontradas en la zona durante los primeros estudios arqueológicos del área.

Pero aparte de algunos objetos funerarios con marcas indescifrables y fragmentos de cerámica y monumentos de piedra que ya no existían... no había nada. Tenía la inquietante sensación de que la tumba que buscaban no estaba aquí, y que había sido demasiado precipitada al suponer que la inscripción de la espada conducía a este lugar.

Pero no iba a revelarle a Grant lo que sospechaba. Necesitaba seguir siendo útil para su tío para mantenerse viva a ella y a su hermano.

Su móvil comenzó a sonar, y se puso tensa de alarma. Tenía que ser Adrian o Nick.

Grant, que había confiscado los teléfonos de ella y Declan, inmediatamente lo sacó de su bolsillo. Lo miró, y su expresión se ensombreció.

—Parece que tu amiga americana está llamando —dijo. Se acercó a ella, respondió y activó la videollamada. Pasó un brazo alrededor de los hombros de Sorch, sonriendo ampliamente mientras el rostro sorprendido de Adrian aparecía en la pantalla.

—Hola, señorita West. Es bueno ver su hermoso rostro de nuevo.

Dol-de-Bretagne, Francia
2:15 P.M.

La sangre de Adrian se heló cuando el rostro de Grant apareció en la pantalla, con una Sorch visiblemente aterrorizada a su lado.

Ella y Nick habían salido del museo y estaban en la biblioteca local revisando los registros que Honorine les había dado. Quería informar a Sorch y Declan sobre lo que habían encontrado.

Adrian se puso de pie de un salto, con pánico, ira y miedo recorriéndola. Nick hizo lo mismo, palideciendo.

Antes de que pudiera hablar, Grant continuó:

—Mi sobrina y mi sobrino están reunidos con algunos de nuestros amigos aquí, los empleados del Museo de Berth Hill, junto con

algunos visitantes. Les sugiero que tú y tu novio colaboren conmigo... a menos que quieran que empiece a matar gente.

El pánico de Adrian creció, pero se obligó a permanecer en silencio. A su lado, Nick se había puesto tenso, pero también guardó silencio. Ambos sabían lo mismo: a hombres como Grant les gustaba tener el control. Necesitaban fingir que le daban ese poder.

—Entonces —dijo Grant—, quiero saber qué han encontrado, tanto en Avallon como donde sea que estén ahora, ubicación que me gustaría mucho conocer. Ahora, por favor.

Antes de que Adrian tuviera la oportunidad de responder, Grant giró la cámara del teléfono, levantó su pistola y disparó a un guardia de seguridad que estaba atado en el suelo. El guardia se desplomó, con los ojos abiertos y sin vida.

El shock envolvió a Adrian mientras Nick soltaba una maldición, y los rehenes en el fondo gritaban. Grant volvió a apuntar la cámara hacia su rostro, dedicándole una sonrisa gélida.

—Solo un incentivo para que sepan que no estoy fanfarroneando. Ahora empiecen a hablar.

Ella miró a Nick a los ojos, y él le hizo un sutil gesto de asentimiento. No tenían elección; Grant había demostrado que no dudaría en matar si le daban información falsa.

—Actualmente estamos en Dol-de-Bretagne, en Francia. Fuera de Avallon, encontramos los restos de una tumba que creemos que podría haber pertenecido a Riothamus, junto con una inscripción: "Entre las grandes rocas de la tierra dormida". Acabamos de descubrir otra inscripción en Bretaña que está degradada, pero por lo que podemos decir, dice "aguas corrientes" —dijo Adrian con rigidez, odiando cada palabra que se veía obligada a pronunciar.

—Buena chica —dijo Grant, dedicándole una sonrisa condescendiente—. Ahora, hay una dirección a la que quiero que tú y el agente Harper vayan, justo a las afueras de Rennes. Quiero que estén allí en exactamente cuarenta y cinco minutos. Si se presentan con alguna autoridad, o si aparece algún policía aquí, mataré a todos en este maldito museo.

TREINTA Y DOS

*Museo y Sociedad Histórica de Berth Hill
Baschurch, Inglaterra
2:20 P.M.*

La sangre de Sorchá retumbaba en sus oídos, el miedo le oprimía la garganta. No podía apartar la mirada del guardia de seguridad muerto, ni de la sangre que empapaba el suelo alrededor de su cuerpo.

Hacía tiempo que había aceptado que su tío era malvado. Sabía que él había matado antes —diablos, había intentado que la mataran a ella—. Pero verlo suceder justo frente a sus ojos...

—Te sugiero que reacciones y te concentres —espetó Grant—. O tu hermano será el siguiente.

Sorchá parpadeó, asintiendo apresuradamente a Grant. Finlay, que no parecía en absoluto preocupado por el cadáver del guardia, había sacado un trozo de papel y anotado lo que Adrian le había dicho a Grant, estudiándolo con concentración.

—Entre las grandes rocas de la tierra dormida. Aguas corrientes —dijo, negando con la cabeza—. Eso es increíblemente vago. Podría referirse a cualquier lugar.

Sorchá tuvo que esforzarse para mantener su expresión neutral, para ocultar su repugnancia. Ella y Declan estaban siendo amenazados a punta de pistola, un hombre inocente acababa de ser

asesinado, y había rehenes aterrorizados en la sala trasera. Sin embargo, Finlay actuaba como si esto fuera solo un ejercicio académico.

Respiró hondo, encontrando determinación a través de su dolor y rabia. Tenía que mantener las manos asesinas de Grant alejadas del lugar que la hermandad había luchado tanto tiempo por mantener oculto.

Con esto en mente, se le ocurrió una idea.

Una idea peligrosa.

Antes de que pudiera convencerse de lo contrario, cogió abruptamente una de las fotos de un archivo, fingiendo gran interés en ella. Finlay la estudió, frunciendo el ceño.

—¿Qué sucede?

—Creo que he encontrado algo —mintió Sorch.

Rennes, Francia

3:02 P.M.

Adrian condujo hacia la pequeña granja en las afueras de Rennes, sus manos aferrando el volante con un agarre de hierro. Había conducido desde Dol-de-Bretagne en tiempo récord, aterrorizada ante la posibilidad de que Grant comenzara a matar rehenes a voluntad.

A medida que se acercaba, pudo ver por qué Grant había elegido este lugar. Campos rodeaban la granja por todos lados, sin vislumbres de otras casas o edificios cercanos.

Estaba lo suficientemente aislado para que los hombres de Grant pudieran ejecutar y deshacerse fácilmente de los cuerpos de ella y Nick.

Miró a Nick. Aunque todo su cuerpo irradiaba tensión, él le dio un gesto tranquilizador. Una repentina oleada de gratitud porque Nick estuviera a su lado la invadió. Su compañero. Se habían enfrentado a situaciones de vida o muerte antes, y si había alguien con quien

volvería a entrar en una situación así, se alegraba de que fuera él. Impulsivamente, extendió la mano para tomar la suya, permitiendo que el calor que se extendía a través de ella con su contacto la impregnara. Él le apretó la mano en respuesta.

Juntos, habían elaborado un plan apresurado en el camino a Rennes, uno que ella rezaba para que funcionara. No tenían otras opciones.

Respirando profundamente, Adrian giró hacia el camino de tierra que conducía a la granja.

Dos de los hombres de Grant salieron de la casa y se acercaron, con sus armas fuera y listas. El pulso de Adrian latía bajo su piel; tragó saliva mientras reducía la velocidad del coche hasta detenerse, pero mantuvo el motor en marcha, levantando las manos. Nick hizo lo mismo.

Los hombres se acercaron con cautela, con sus armas levantadas. Le gritaban en francés que apagara el motor. Adrian frunció el ceño, actuando como si no pudiera entenderlos, manteniendo sus manos alzadas.

Cuando los hombres se acercaron aún más, Adrian hizo su movimiento.

Pisó el acelerador. El coche se lanzó hacia adelante, pero ambos hombres se apartaron justo a tiempo.

Las balas atravesaron la ventana trasera, haciendo que se hiciera añicos.

—¡Agáchate! —gritó Adrian. Puso el coche en reversa, retrocediendo a toda velocidad, agachándose mientras varias balas más perforaban las ventanas traseras.

Escuchó un golpe cuando uno de los hombres rebotó contra la parte trasera del coche. Solo entonces Nick abrió bruscamente la puerta del lado del pasajero, saltando mientras Adrian continuaba retrocediendo.

El segundo hombre giró sobre sus talones, tratando de escapar del coche. Ella detuvo el vehículo bruscamente mientras Nick se lanzaba en su camino, golpeando su cuerpo contra el hombre.

Adrian alcanzó la única arma a la que tenía acceso, el gato del coche que había dejado a un lado antes de conducir hasta aquí.

Saliendo precipitadamente del vehículo, se dirigió hacia el primer hombre que había golpeado, pero él yacía tendido en el suelo, inconsciente.

Trasladó su atención a Nick, que todavía luchaba con el segundo hombre. Corrió hacia ellos, golpeando al hombre en la cabeza con el gato. Él soltó un aullido de dolor mientras Nick agarraba su pistola, inmovilizándolo contra el suelo con sus rodillas, presionando el arma contra la frente del hombre.

—Te dejaremos vivir, cabrón —gruñó Nick—. Pero primero tienes que hacer algo por nosotros.

TREINTA Y TRES

*Museo y Sociedad Histórica de Berth Hill
Baschurch, Inglaterra
3:10 P.M.*

Declan podía notar que Sorchá tramaba algo.

Wolfe lo sujetaba con rudeza del brazo, con la pistola clavada en su costado. El dolor residual de su herida de bala se extendía por todo su cuerpo, y luchaba por ocultar su mueca. Por el veneno que emanaba del hombre, Declan sabía que Wolfe estaba deseando dispararle.

Declan hacía todo lo posible por ignorar a Wolfe, concentrando toda su atención en Sorchá. Su hermana tenía ciertos gestos cuando mentía; le temblaba la ceja y sus labios se curvaban hacia abajo. Mientras Sorchá hablaba con Finlay, podía notar que cualquier cosa que le estuviera diciendo era mentira.

Como si sintiera su mirada, Sorchá levantó los ojos, dirigiéndole una breve mirada que le dijo todo lo que necesitaba saber. *Prepárate.* Era la misma mirada cómplice que compartían cuando ocultaban algo a sus padres siendo niños. Solo que esto era mucho más serio.

Permaneció completamente inmóvil, manteniendo una expresión neutral. Era importante no mostrar ninguna emoción. Los hombres de Grant habían sido una vez sus colegas, y sabía que lo veían como

un traidor. Hace unas semanas, esto lo habría devastado, pero ya no.

Sabía que sus posibilidades de salir con vida eran escasas. La única razón por la que seguía vivo era porque Grant necesitaba la cooperación de Sorchá.

Su mirada se posó en el lugar donde Grant había disparado al guardia de seguridad. Los hombres de Grant se habían llevado el cuerpo, pero su sangre todavía empapaba el suelo. Declan intentó no pensar en lo mucho que el guardia le recordaba al joven conductor que Wolfe había matado a sangre fría la noche que robó los artefactos. Todavía veía el rostro aterrorizado y los ojos sin vida del joven en sus pesadillas... dudaba que alguna vez pudiera olvidar su cara. ¿Cómo podría? Su sangre estaba en las manos de Declan.

Cerró brevemente los ojos, recordando las palabras de su hermana. *Eso es pasado. Ahora estás con nosotros.* Su penitencia sería poner a Sorchá y a los otros rehenes a salvo, pero no tenía idea de cómo. Esperaba que Sorchá tuviera un maldito buen plan.

De repente, el teléfono de Grant sonó, y él contestó, su rostro suavizándose con placer mientras escuchaba la voz al otro lado. Colgó, acercándose a Sorchá y dedicándole una amplia sonrisa.

—Tus amigos americanos han sido neutralizados por mis hombres. Ya no tenemos que preocuparnos por su interferencia.

El corazón de Declan dio un vuelco, y Sorchá palideció. Cerró los ojos, presionando su puño contra la boca; estaba conteniendo un sollozo. Después de varios momentos, abrió los ojos, ahora llenos de determinación.

—Creo que se me ha ocurrido algo —dijo Sorchá con voz temblorosa—. Si te lo digo, ¿dejarás ir a los rehenes?

Grant extendió la mano para agarrar la mandíbula de Sorchá, y Declan instintivamente se abalanzó hacia adelante. Wolfe inmediatamente le dio un puñetazo en el estómago, haciendo que Declan se doblara de dolor.

—¿De verdad crees que estás en posición de negociar? —gruñó Grant.

—Sí —dijo Sorchá, manteniendo su mirada fija en el rostro de Grant—. Necesitas mis conocimientos. No me sentiré segura de

contarte lo que sé si alguien más es asesinado.

Grant la estudió durante un largo momento, con la boca tensa de ira.

—Antes de que *negociemos*, dime qué información tienes —espetó.

—Sé dónde está la siguiente tumba —respondió Sorchá sin titubear.

Sorchá se estaba volviendo inquietantemente buena mintiendo.

Había mentido a la policía en Londres durante la investigación de los artefactos robados. Había mentido al detective de Scotland Yard sobre Adrian West. Antes de eso, esencialmente había mentido durante años al mantener en secreto su implicación con la hermandad.

Pero esta mentira era para mantenerse a sí misma, y a otros, con vida. Una vez que hubiera agotado su utilidad, su tío la mataría a ella y a Declan. Esta mentira, de todas las que había contado antes, era la más crucial que necesitaba hacer creíble.

En las fotos de los estudios arqueológicos, Sorchá había notado que había fragmentos de monumentos de piedra antiguos que ya no estaban en pie. Tenían marcas, pero estaban tan degradadas que eran prácticamente indescifrables. Las inscripciones podían ser marcas rúnicas, inscripciones Ogham, o incluso palabras latinas.

Iba a usar esa indescifrable cualidad a su favor.

—Estas inscripciones —dijo, señalándolas a Grant y Finlay en las fotos—, pertenecen a monumentos de piedra que una vez estuvieron en la zona, probablemente marcadores funerarios. Las marcas están muy degradadas, pero puedo distinguir símbolos rúnicos que muestran la palabra 'rey' y otra que indica 'Bassa'. Hay una pequeña colina justo al oeste de aquí conocida desde la antigüedad como Bassa Hill. Hay ruinas de un antiguo templo pagano justo al lado que ya ha sido explorado, pero creo que se pasó algo por alto. Creo que ahí es donde Owain pudo haber sido enterrado.

—¿No crees que esté enterrado en Berth Hill? ¿Entonces por qué viniste aquí? —exigió Grant, con los ojos entrecerrados.

—Por la misma razón que tú. *Pensaba* que era el lugar correcto. Pero basándome en estas inscripciones, creo que me equivoqué.

Grant se volvió hacia Finlay, que estudiaba a Sorchá atentamente. Si alguien podía ver a través de su engaño, era Finlay. No le caía bien la mujer, pero claramente sabía de lo que hablaba.

Finlay estudió las fotos durante varios largos momentos mientras Sorchá contenía la respiración.

—Estas marcas son difíciles de distinguir, pero puedo entender cómo llegó a esta conclusión. Por lo que he visto en los registros, no creo que nuestro Arturo esté enterrado en Berth Hill. Es demasiado diferente de los entierros de los otros Arturos. La antigua hermandad era consistente. Creo que aislarían su tumba por separado, así que probablemente esté enterrado en otro lugar.

El alivio inundó a Sorchá. Ella también creía que Owain estaba enterrado en otro lugar basándose en la misma conclusión de Finlay, pero había mentido sobre la conexión con Bassa Hill. Supuso que esto era un sesgo de confirmación de Finlay en acción. Finlay ya dudaba que estuvieran buscando en el lugar correcto, lo que jugaba a su favor.

Para su mayor alivio, Grant pareció satisfecho con la respuesta de Finlay, volviendo a centrar su atención en Sorchá. —Nos llevarás allí, pero estaré en comunicación constante con mis hombres aquí. Si me estás engañando, mataré a varios rehenes más en tu nombre. ¿Lo entiendes?

Sorchá tuvo que hacer un gran esfuerzo para no estremecerse, para no pensar en el riesgo que estaba asumiendo con las vidas de las personas.

Pero tenía que hacer algo.

—Entiendo.

TREINTA Y CUATRO

Diez kilómetros al oeste de Baschurch, Inglaterra
4:12 P.M.

Sorcha era muy consciente de la pistola que Grant le presionaba contra la espalda mientras los guiaba hacia el bosque que rodeaba la colina de Bassa Hill. Había estado en esta zona una vez, varios años atrás, para un estudio arqueológico. Rezaba por haber elegido bien la ubicación; era allí donde planeaba escapar con Declan.

Grant había traído a Declan con ellos, como ella sospechaba que haría, para mantenerla a raya. No se daba cuenta de que la presencia de Declan era una parte crucial de su plan. Declan tenía su propio vigilante, un tipo de aspecto atemorizante que se hacía llamar Wolfe, junto con Finlay.

Sorcha intentó mantener una apariencia de calma mientras los conducía hacia el pequeño parche de bosque que llevaba a la colina. No sabía exactamente cuándo haría su movimiento; solo sabía que necesitaba llevarlos lo suficientemente adentro del bosque para que ella y Declan tuvieran un medio viable de escape, para huir de vuelta al coche de Grant y de alguna manera alertar a las autoridades sin que mataran a los rehenes en el museo.

Su corazón retumbaba en sus oídos mientras los guiaba más profundamente en el bosque, acercándose a la colina. Las ruinas desmoronadas del antiguo templo pagano estaban

aproximadamente a veinte metros al sur. Tan pronto como apareciera a la vista, haría su movimiento.

La colina ascendente pronto apareció en la distancia, junto con el viejo templo. Sorchá luchó por mantener la calma, aunque sentía como si su corazón fuera a catapultarse fuera de su pecho.

—Allí —dijo, deteniéndose para señalar el templo—. ¿Lo ves? Está justo cerca de la base de la colina, a la izquierda.

—Lo veo —espetó Grant, clavándole la pistola en la espalda—. Camina.

Sorchá obedientemente dio varios pasos más... e hizo su movimiento.

Utilizando el elemento sorpresa a su favor y moviéndose más rápido que nunca en su vida, giró empujando a Grant tan fuerte como pudo. Sorprendido, Grant levantó las manos y la pistola salió volando.

Detrás de ellos, Declan ya había entrado en acción. Se echó hacia atrás y golpeó a Wolfe con la cabeza, quien se tambaleó hacia atrás.

Sorchá saltó hacia delante, agarrando la pistola del suelo, pero Grant la embistió por detrás, sacándole el aire de los pulmones y haciendo que aflojara su agarre sobre el arma.

Grant empujó a Sorchá de espaldas, levantó su puño y lo estrelló contra su cara. La cabeza de Sorchá se sacudió hacia atrás, su sien palpitando de dolor. Grant se sentó a horcajadas sobre ella, su rostro una máscara de furia.

—Perra traidora —gruñó. Agarró la pistola y la presionó contra el costado de su cara. Sorchá luchó por apartarse, el pánico ahogándola. *Voy a morir.*

Pero una bala impactó en el hombro de Grant desde atrás, haciéndolo tambalear hacia adelante. Y entonces Declan estaba allí, empujando la forma inerte de Grant fuera de ella y ayudándola a ponerse de pie. Ella se tambaleó en sus brazos, todavía mareada por el golpe de Grant. Por encima del hombro de Declan, podía ver que Wolfe yacía en el suelo, la sangre empapando la tierra a su alrededor, con una herida de bala en el centro de su pecho.

Detrás de ellos, oyeron el crujido de una rama. Ambos se volvieron hacia el sonido. En la confusión, casi había olvidado a Finlay, que claramente había huido.

—Quédate aquí —ordenó Declan, y salió corriendo tras Finlay.

Sorcha ignoró su orden y lo siguió, aunque no podía correr tan rápido como su hermano, todavía desorientada y con dolor por su forcejeo con Grant.

Vislumbró a Finlay más adelante, avanzando tan rápido como podía, pero no era rival para Declan, quien la derribó al suelo.

Sorcha los alcanzó, jadeando por aire, mientras Declan apuntaba la pistola a Finlay.

Temblando, Finlay levantó las manos en señal de rendición.

Rennes, Francia

4:51 P.M.

Una oleada de sorpresa, alivio y sospecha invadió a Adrian cuando su teléfono sonó, el identificador de llamadas indicaba que era Sorcha quien llamaba.

Después de que Nick hiciera que el mercenario sobreviviente de Grant mintiera a su jefe diciéndole que él y Adrian estaban muertos, lo habían dejado firmemente atado en la granja, haciendo una llamada a la policía antes de irse.

Ahora estaban de camino al aeropuerto, tratando de descubrir cómo liberar a los rehenes sin alertar a las autoridades y poner todas sus vidas en peligro.

Mientras sonaba el teléfono, miró a Nick, cuya expresión era tan conflictiva como la que ella sentía. Inquieta, contestó, poniendo la llamada en altavoz y en cámara, por si era una trampa de Grant.

Las caras magulladas de Sorcha y Declan aparecieron en su pantalla, y Adrian jadeó de alivio. Encontró una calle lateral y se detuvo.

Sorcha y Declan parecían igual de aliviados de verlos.

—Gracias a Dios —suspiró Sorch—. Estaba rezando para que Grant estuviera fanfarroneando sobre haberos matado.

—No soy tan fácil de matar —dijo Adrian, sonriendo—. Ni mi compañero tampoco. ¿Qué pasó?

Sorch les contó todo lo que había ocurrido desde la entrada al museo hasta el momento en que lograron escapar. Declan había disparado a Grant, y lo habían dejado atado en el bosque, junto con su mercenario muerto, Wolfe, mientras ataban a Finlay en la misma zona. Declan había obligado a Finlay a ordenar a los hombres de Grant en el museo que se retiraran antes de llamar a la policía. Habían dejado a Grant desangrándose e inciertos de si seguía vivo; su enfoque había sido asegurarse de que los rehenes fueran liberados y salir de allí antes de que llegaran los refuerzos de Grant.

La mirada de Adrian se desvió hacia Declan; su rostro estaba cerrado. Dado que Declan había matado al mercenario de Grant, podría haber matado fácilmente a su tío también. Sospechaba que no podía hacerlo, a pesar de todo lo que su tío había hecho. Sabía que Declan no compartía la naturaleza asesina de su tío.

—Durante toda la situación, me di cuenta de que la tumba que buscamos no está en Berth Hill —decía ahora Sorch, su rostro llenándose de arrepentimiento—. No había nada en los registros que indicara ningún tipo de inscripción similar a las que hemos encontrado. Los que están enterrados allí probablemente son miembros de la familia real de ese período. Los Arthur, sin embargo, están enterrados individualmente. Fui demasiado apresurada al sacar conclusiones. Estoy familiarizada con el complejo de Berth Hill, así que estaba operando desde mi propio sesgo de confirmación.

Adrian se reclinó en su asiento, considerando esto.

Hasta ahora, las dos líneas de la inscripción que habían descubierto no eran realmente útiles para determinar dónde estaba ubicado este peligroso lugar. Sospechaba que la tercera línea, la que les faltaba, era crucial para averiguarlo.

Estudió las expresiones cansadas de Sorch y Declan, sorprendida por el parentesco que ahora sentía con ellos, dos personas que recientemente habían sido una sospechosa y un enemigo. Podía decir que estaban ferozmente decididos a impedir

que el lado de Grant en la hermandad encontrara esta arma, una determinación que ella compartía. La única manera de encontrar este próximo lugar era trabajando juntos, y se sentiría mejor —y más segura— si todos estuvieran en el mismo lugar.

—Lo encontraremos —dijo—. Pero primero, reunámonos en algún lugar seguro.

TREINTA Y CINCO

Shrewsbury, Inglaterra
9:20 P.M.

Los ojos de Grant se abrieron lentamente, observando la fría y estéril habitación en la que se encontraba. Por un momento, no estaba seguro de dónde estaba ni cómo había llegado allí... hasta que todo volvió a su memoria de golpe. Los rehenes que había tomado en el museo. Su sobrina llevándolo a aquella colina. La emboscada. El disparo.

Al recordar el disparo, Grant hizo una mueca de dolor y se llevó la mano al hombro, que estaba firmemente vendado. Se incorporó en la estrecha camilla donde estaba, haciendo una mueca de dolor, mientras Finlay entraba.

Al verla, una rabia ardiente lo invadió. Recordó cómo ella había huido durante la emboscada, sin intentar siquiera ayudarlo a él o a Wolfe. Debería haber matado a esa zorra. Finlay pareció percibir su furia, pero no se mostró perturbada mientras se acercaba a él.

—Antes de que digas una sola palabra, deberías saber que te habrías desangrado si no fuera por mí —dijo ella con tono pragmático—. Tu adorable sobrina y sobrino me dejaron atada para la policía. No solo conseguí escapar de mis ataduras, sino que llegué hasta ti y llamé a uno de tus mercenarios para pedir ayuda. Esto es una clínica a las afueras de Shrewsbury. Tuvimos que pagarle al

médico de aquí una considerable suma por su discreción. —Su mirada se dirigió al hombro de Grant—. Puede que duela como el demonio, y a pesar de la abundante hemorragia, resultó ser solo una herida superficial. Tu sobrino podría haberte matado fácilmente, pero por alguna razón, no lo hizo.

Grant se tensó al pensar en Declan. Una pequeña y estúpida parte de sí mismo se sintió decepcionada de que Declan no hubiera intentado matarlo. Esto volvía a demostrarle a Grant lo que ya sabía: que Declan no era capaz de hacer lo necesario para alcanzar los objetivos de la hermandad. Era algo que le recordaría a Declan antes de meterle una bala en su necio cráneo. Una última lección.

—Huiste cuando nos atacaron —continuó, ignorando su anterior y válido argumento sobre haberle salvado la vida.

—No soy uno de tus mercenarios —dijo ella encogiéndose de hombros—. No soy luchadora ni asesina. Es mejor que lo hiciera... No creo que Declan hubiera dudado en matarme. Mató a Wolfe, después de todo. Y, de nuevo, te salvé la vida.

Él la estudió con ojos entrecerrados. Era cierto que no era una mercenaria, pero tampoco era una mujer de buen corazón. Por mucho que lo irritara, admiraba la frialdad que parecía correr por sus venas.

—¿Por qué lo hiciste? ¿Salvarme? —preguntó, con voz teñida de sospecha.

—Porque necesito tus recursos, recursos a los que será difícil acceder si estás muerto. Y después de contarte lo que voy a contarte, voy a necesitar... garantías.

—¿Garantías?

—Sí. Quiero una parte considerable de las ganancias que obtengas cuando encontremos esta ubicación. También quiero compartir el liderazgo de la hermandad. Empezando por su nombre, por supuesto. Un poco impropio —añadió, señalándose a sí misma.

—¿Y por qué te daría tales garantías? —preguntó él con incredulidad.

—Porque mientras has estado inconsciente —incluso durante la absurda excursión campestre de tu sobrina— he estado pensando. Y hablando con tus otros expertos. He descubierto dónde está la

siguiente tumba. La que nos llevará al destino que la antigua hermandad se esforzó tanto en mantener en secreto.

Él la estudió con atención. Después de la última traición de Sorch, se mostraba cauteloso a la hora de confiar en alguien, pero Finlay no era Sorch. Ella solo actuaba por puro interés propio. Sabía que él no dudaría en matarla si lo traicionaba; no había ningún lugar donde pudiera esconderse para escapar de él. Y se había esforzado en salvarle la vida. Dada su necesidad de garantías, estaba tan interesada en esto como él.

—De acuerdo —dijo secamente, sabiendo que en última instancia no tenía que ceder a sus exigencias. Una vez que ella cumpliera su propósito, simplemente podría matarla.

—No soy tu estúpida sobrina ni tu sobrino —dijo ella, entrecerrando los ojos, como si leyera sus pensamientos—. Toma represalias contra mí y habrá consecuencias.

Él la fulminó con la mirada, aunque una ola de admiración reacia lo invadió. Quizás había subestimado a Finlay Morrow.

—Tienes mi palabra.

Manchester, Inglaterra
9:45 P.M.

—¿Estás absolutamente segura de que el complejo de Berth Hill era el lugar equivocado? ¿Que la tumba que estamos buscando no está allí? —preguntó Nick a Sorch, con expresión cautelosa.

Estaban reunidos en una habitación de un hotel adyacente al aeropuerto de Manchester, donde habían acordado encontrarse. Estaba a solo una hora y media en coche desde Baschurch, de donde venían Sorch y Declan, y a dos horas y media en avión desde Rennes. Habían determinado que era mejor reunirse en algún lugar cercano a un aeropuerto o estación de tren, ya que tendrían que partir en cualquier momento después de descubrir la ubicación de la siguiente tumba.

—Al noventa por ciento —respondió Sorchá—. Lo que vi en esos registros no coincidía con las otras dos tumbas.

—El noventa por ciento no es el cien por cien —dijo Nick con el ceño fruncido.

—Está haciendo lo mejor que puede —dijo Declan, también frunciendo el ceño—. No seas tan duro con ella, amigo.

—Solo quiero asegurarme de que no estamos perdiendo el tiempo —espetó Nick.

—Discutir no nos ayudará a encontrar la siguiente tumba —interrumpió Adrian.

Se levantó de donde estaba apoyada contra el pequeño escritorio en la esquina de la habitación, moviéndose para situarse entre Nick y Declan, que se fulminaban con la mirada. Aunque Nick había superado su desconfianza inicial hacia Declan, todavía había cierta tensión latente entre ellos, a diferencia de la camaradería que ella y Sorchá habían desarrollado.

También había notado durante el tiempo que habían pasado juntos que el interés momentáneo que Sorchá parecía tener por Nick cuando se conocieron se había disipado; Nick ciertamente no había mostrado interés en Sorchá. Quizás se debía a todo el tumulto que habían vivido desde Escocia, pero de todos modos esto aliviaba a Adrian, aunque se decía a sí misma que no era asunto suyo.

—Volvamos de nuevo a la historia del legendario Arturo —dijo Adrian—. Sabemos que va a Avalon después de ser herido mortalmente en batalla. ¿Dónde tiene lugar esta batalla?

—Camlan, según la tradición galesa —respondió Sorchá—. Algunos estudiosos piensan que Camlan también podría significar Camelot.

—¿Existe un equivalente real a este Camlan? ¿Algo similar al actual Avallon en Francia? —insistió Adrian.

—Hay un valle en Gales llamado Camlan —dijo Sorchá, después de pensarlo un momento.

Adrian dio un paso adelante, mirando los mapas de Michel que habían extendido en el suelo. Tomó el mapa de Gales, estudiando el área cercana al Valle de Camlan, pensando en las letras inscritas en Ogham junto al nombre de Owain en la espada. A S B.

Su mirada se posó en un área marcada como Colinas Abas.

—Colinas Abas —dijo, levantando la mirada hacia los demás. Se acercaron, estudiando el mapa por encima de su hombro.

—Está cerca de tres ríos, justo en su confluencia: Afon Cywarch, Afon Cerist y el río Dyfi —dijo Sorchá lentamente.

—Según este mapa, había un templo dedicado a una diosa celta del río cerca de aquí —añadió Adrian.

—Esta zona solía formar parte del reino de Powys... el reino de Owain. Si su tumba individual va a estar en alguna parte, tendría sentido que estuviera enterrado allí —dijo Sorchá, con voz que denotaba su creciente entusiasmo.

La esperanza invadió a Adrian mientras estudiaba el mapa y los tres ríos cerca de las Colinas Abas. Recordó cómo el número tres era sagrado para la antigua religión celta y, por tanto, para la antigua hermandad.

Esta podría ser la pieza final del rompecabezas que estaban buscando.

TREINTA Y SEIS

Dinas Mawddwy, Gales
12:26 A.M.

El pueblo de Dinas Mawddwy en Gales estaba rodeado por la naturaleza por todos lados, enclavado dentro de los límites del Parque Nacional de Snowdonia. Con la montaña de Foel Dinas elevándose al oeste del pueblo, junto con las ondulantes colinas verdes y la exuberante vegetación de los árboles que lo rodeaban, Dinas Mawddwy parecía pertenecer a una postal.

Adrian condujo a través del pueblo, maniobrando el coche por las estrechas calles. Durante las dos horas de viaje desde Manchester, habían hecho una lluvia de ideas, intentando determinar adónde podrían conducir posiblemente las dos inscripciones en caso de que su viaje a Gales terminara en un callejón sin salida, pero no llegaron a nada concreto. Adrian solo podía rezar para que encontraran lo que buscaban aquí.

Se dirigió hacia el extremo occidental del pueblo, donde se encontraba su destino: una pintoresca iglesia de piedra, no lejos de la confluencia de los ríos.

Adrian aparcó, contemplando el brillante cielo estrellado que se extendía sobre el pueblo. Podía imaginar un antiguo templo que una vez se alzó allí, iluminado por antorchas de sacerdotes celtas.

¿Habrían enterrado aquí a Owain los miembros de la antigua hermandad?

Salieron del coche, Adrian mirando cautelosamente alrededor mientras se acercaban a la iglesia. A medida que se aproximaban, Adrian se quedó inmóvil, captando la vista de una sombra detrás de la iglesia.

—¡Al suelo! —gritó, mientras sonaban varios disparos.

Adrian y los demás se lanzaron al suelo, usando el coche como cobertura mientras las balas llovían a su alrededor.

El pánico, la ira y la frustración la invadieron. Los hombres de Grant habían llegado antes que ellos, y habían estado esperando, sabiendo que vendrían.

Sacaron las armas que Declan había confiscado a Grant y a su mercenario en Baschurch. Adrian y Nick se asomaron cautelosamente desde detrás del coche. Parecía haber solo dos hombres que les disparaban, agachados detrás de la iglesia.

Más disparos resonaron, rebotando en su coche, y Adrian y Nick volvieron a cubrirse. Devolvieron el fuego, pero Adrian sabía que su munición no duraría para siempre.

Adrian notó que uno de los tiradores desapareció abruptamente. El miedo la atravesó cuando se dio cuenta de que estaba rodeando la iglesia hacia el otro lado.

—¡Cubridme! —gritó.

—Adrian, ¿qué demonios estás...? —comenzó Nick, mientras Adrian salía disparada de detrás del coche, esquivando los disparos del otro tirador.

Detrás de ella, Declan, Nick y Sorchá respondieron al fuego mientras ella corría hacia el otro lado de la iglesia, con el pulso acelerado. A medida que se acercaba, podía oír al hombre moviéndose por la maleza detrás de la iglesia.

Se obligó a quedarse completamente inmóvil, y cuando el tirador emergió de detrás de la iglesia, con su arma levantada...

Adrian apuntó su arma y disparó, acertándole en pleno pecho. Él cayó al suelo.

Ella se giró, encontrando a Nick, Declan y Sorchá avanzando hacia donde el otro tirador acababa de estar. Se unió a ellos,

notando que el hombre ahora corría hacia un coche aparcado en la distancia. Debió haber comprendido que ahora estaba en desventaja numérica.

Corrieron tras él, Adrian y Nick disparando, pero él se lanzó a su coche y se alejó a toda velocidad.

Nick soltó una maldición mientras Declan estudiaba el coche que se alejaba.

—Lo reconozco, es Isaac. Uno de los hombres de Grant.

—Grant debe haber sobrevivido, y tanto él como Finlay escaparon. Ella descifró esta ubicación antes que nosotros —dijo Sorchá con frustración.

Adrian notó la mirada de culpabilidad que cruzó el rostro de Declan antes de que se cerrara de nuevo. Su suposición era correcta; Declan no había sido capaz de matar a su tío. Él apartó la mirada de su penetrante mirada.

—Chicos —dijo Nick. Señaló las puertas traseras de la iglesia. Alguien había disparado contra el pomo y la puerta estaba parcialmente abierta.

Entraron con cautela, con las armas desenfundadas, abriéndose paso hacia la habitación trasera de la iglesia, que parecía ser una sala de registros con pilas de libros y documentos amontonados en estanterías. Una puerta parcialmente abierta se encontraba en el extremo más alejado de la habitación.

Se acercaron a ella. Adrian empujó la puerta, mirando dentro. La puerta conducía a una pequeña escalera que descendía a un túnel oscuro y estrecho debajo.

Juntos, Adrian y los demás bajaron cautelosamente las escaleras, usando las linternas de sus teléfonos móviles para guiarse.

Se aventuraron por el túnel, que era sorprendentemente largo. Adrian agarró su arma por si acaso alguien más estaba esperándolos. Cuanto más se extendía el túnel, más nerviosa se ponía.

Pero el túnel llegó a un brusco final. Justo al lado de donde terminaba, en la pared izquierda, había una abertura circular. Podía ver agujeros de bala penetrando la pared alrededor. Los hombres de Grant debieron haber disparado contra ella, similar a lo que ella

había hecho en la iglesia en Francia, para hacer que la pared se desmoronara.

La abertura revelaba un espacio amplio de seis por cuatro pies en el interior... un área que fácilmente podría haber sido una tumba en el pasado. Sin embargo, estaba completamente vacía.

Adrian exhaló un suspiro frustrado, dando un paso atrás.

—Esperad —dijo Nick, agachándose y alumbrando con su luz el techo de la tumba vacía—. Hay algo aquí.

Adrian se agachó junto a él, sus ojos abriéndose de par en par cuando vio lo que él había notado.

Era tenue, habiéndose erosionado parcialmente, pero había una inscripción legible allí, escrita en latín.

AB ORIENTE VENERUNT MONITIONEM MORTIS

—Desde el este vinieron, trayendo una advertencia de muerte —leyó Adrian en voz alta.

El repentino sonido de pasos detrás de ellos provocó que el pánico se apoderara de Adrian. Se giró, levantando su pistola, lista para disparar.

Pero era una anciana menuda quien se acercaba, su expresión tensa con alarma mientras los observaba. En cuanto su mirada se posó en Sorch y Declan, dejó escapar un jadeo, su rostro palideciendo.

—Sorch y Declan. Sois vosotros —respiró—. Ambos tenéis el aspecto de vuestra madre.

Adrian y Nick se tensaron con sorpresa. Sorch frunció el ceño, avanzando vacilante mientras Declan extendía la mano para detenerla.

—¿Quién es usted? ¿Cómo conoció a nuestra madre? —exigió Declan, con voz dura por la sospecha.

—Ellos eran miembros de la hermandad, como yo —respondió la mujer—. Dado el tiroteo que escuché, y el cadáver afuera, vosotros también debéis serlo. Y —añadió, mirando significativamente la abertura detrás de ellos—, creo que sé por qué estáis aquí.

TREINTA Y SIETE

Dinas Mawddwy, Gales
1:15 A.M.

—Fui miembro de la hermandad en mi juventud. Todavía me considero miembro, solo que no activo. Al igual que tu familia, la mía ha pertenecido a ella durante generaciones —dijo Agnes.

La mujer, que se había presentado como Agnes, los había llevado desde la iglesia hasta su casa. Su cabaña estaba a solo un par de kilómetros de la iglesia; ahora estaban tomando tazas de té frente a una chimenea encendida en su sala de estar.

Agnes les contó que había ido a la iglesia para buscar unos documentos urgentes que había dejado atrás, cuando vio el tiroteo y observó cómo el otro pistolero se alejaba a toda velocidad. Se había acercado a ellos solo después de reconocer a Sorch y Declan.

—Tenía una familia joven cuando decidí dejar de estar activa, aunque seguí ayudando a mantener en secreto el conocimiento del arma —continuó Agnes—. Trabajo en la iglesia haciendo tareas administrativas generales.

—¿Sabías que las ruinas de la tumba de Owain estaban allí? —preguntó Adrian.

—No. Yo y otros miembros sospechábamos que estaba en la zona, pero no tenía idea de que estuviera literalmente bajo mi nariz durante años —dijo Agnes, pareciendo avergonzada.

Sorcha dejó su té y se inclinó hacia adelante.

—Nuestro tío, Grant Macleod, es el líder del otro lado de la hermandad, la parte que quiere encontrar el arma y explotarla para sus propios fines. Sus hombres llegaron a la iglesia antes que nosotros. Necesitamos evitar que la encuentre.

—Hemos encontrado las otras dos inscripciones —añadió Adrian—. "Entre las grandes rocas de la tierra dormida", "aguas corrientes", y esta línea final: "Del este vinieron, trayendo una advertencia de muerte". ¿Sabes lo que podrían significar?

—No. Es intencionalmente vago —respondió Agnes—. La antigua hermandad no quería que cualquiera averiguara la ubicación.

—Entre las grandes rocas... eso tiene que referirse a cordilleras —sugirió Declan—. Entonces... ¿un valle?

—Hay innumerables valles por todo el Reino Unido —señaló Sorcha.

—Y aguas corrientes, ¿un río? ¿Un arroyo? —añadió Nick—. De nuevo, no podrían haber sido más ambiguos aunque lo hubieran intentado.

—Estamos pensando en términos generales —dijo Adrian—. Necesitamos ser más específicos. —Se volvió hacia Sorcha, Declan y Agnes—. Pensad en todo lo que sabéis sobre la hermandad primitiva. ¿Quién fue el primero en hablar de este lugar? ¿De esta arma?

—Comenzó con los druidas —respondió Agnes—. Ellos fueron los miembros fundadores de la hermandad.

—¿De dónde la obtuvieron? —preguntó Nick.

—Nadie lo sabe, pero hay teorías. Tribus locales entrando y saliendo de la región, posiblemente los propios druidas, viniendo de algún otro lugar —respondió Agnes.

Todos guardaron silencio. Adrian se recostó en su asiento, estudiando las llamas crepitantes en la chimenea. Pensó en los antiguos celtas que se habían asentado en el Reino Unido, migrando desde la Europa continental. Algunos de ellos debían haber poseído el conocimiento de un lugar tan peligroso que necesitaba mantenerse en secreto durante siglos.

De nuevo, repasó las tres líneas de la inscripción en su mente. *Entre las grandes rocas de la tierra dormida. Aguas corrientes. Del este vinieron, trayendo una advertencia de muerte.*

Se puso rígida, pensando en esa última línea. *Del este.*

—Sorcha, ¿qué sabes sobre los patrones migratorios de los celtas? Sé que la teoría común es que vinieron de la Europa continental, pero ¿de dónde exactamente? —preguntó Adrian.

—La teoría más aceptada actualmente es que migraron desde Europa central, alrededor del río Danubio —respondió Sorcha.

—Según la inscripción, estamos buscando algún lugar en el este, y dado lo lejos en la historia que se remonta todo esto, creo que es seguro asumir que no se trata de la parte oriental del Reino Unido —dijo Adrian—. Creo que necesitamos ir *más atrás* en la historia. ¿De dónde más podrían haber venido los celtas?

Sorcha se recostó en su asiento, considerándolo, cuando Agnes habló.

—Hay historias —dijo Agnes lentamente—, de los irlandeses que vinieron del este.

—¿Los irlandeses del este? —repitió Nick.

—Hay un trastorno sanguíneo que es común en Irlanda: la hemocromatosis. Mi difunto esposo la padecía. La apodan la enfermedad celta. Recuerdo haber investigado sobre esto. Los historiadores creen, basándose en análisis del genoma, que fue traída por personas del este, específicamente de la estepa pónica, que se extiende hasta Rusia desde Bulgaria, hace miles de años.

—Recuerdo haber oído hablar de esto —dijo Sorcha, asintiendo—. Hace unos años asistí a una conferencia sobre los vínculos que los irlandeses modernos comparten con los osetios, una tribu del sur de Rusia. Los osetios son descendientes de los escitas, que eventualmente se dirigieron hacia el oeste, mezclándose con los celtas. Hay similitudes culturales entre los osetios y los celtas: veneración por los caballos, el diseño de anillos en espiral que a menudo pensamos como celta o irlandés. Los osetios también usaban tótems tallados en roble, algo que los celtas hacían también. Los druidas veneraban el roble; era su árbol sagrado. Y —añadió Sorcha—, también está la mesa redonda.

—¿La mesa redonda? —intervino Nick, con los ojos muy abiertos—. ¿Te refieres a...?

—El legendario Arturo y sus caballeros, sí —dijo Sorch—. Es algo que muchos hogares osetios tienen como símbolo de amistad y hospitalidad.

Adrian consideró sus palabras, pensando en una tribu de celtas provenientes de Rusia. Cerró los ojos, recurriendo a su especialidad: la lingüística histórica. Pensó en todas las familias lingüísticas de la región, con varias de las cuales estaba familiarizada. Estaba el turco, el mongol, el caucásico noroccidental y nororiental...

Tierra dormida.

—Voy a asumir que esta región es remota —dijo Adrian, pensando en voz alta.

Pensó en las lenguas antiguas de la región, repasándolas en su mente hasta que llegó al tártaro, hablado por los pueblos indígenas de allí.

Tierra dormida.

Adrian saltó de su silla, derramando su té. Los demás la miraron, sobresaltados.

—Tierra dormida —respiró Adrian—. Eso viene del idioma tártaro, o más bien de un dialecto del idioma: el tártaro siberiano. En ese dialecto, "tierra dormida" se traduce literalmente como Siberia.

TREINTA Y OCHO

Todos se quedaron sentados en un silencio atónito por un momento antes de que Nick hablara.

—Siberia —repitió—. Vale. ¿Pero dónde en Siberia?

Adrian cerró los ojos mientras su mente aceleraba, recordando cada palabra de las inscripciones. *Grandes rocas*.

—Grandes rocas —dijo en voz alta—. Eso tiene que ser una pista sobre el nombre de la cordillera. ¿Qué cordilleras cruzan Siberia?

Sorcha sacó su teléfono y abrió un mapa de la región. Amplió la imagen estudiando las diversas cordilleras.

—Están los Montes Urales, la Cordillera Skalisty, los Chersky...

—Skalisty —interrumpió Adrian, con el corazón martilleándole—. Esa es la palabra rusa para "rocoso". Entre las grandes rocas... tiene que ser la Cordillera Skalisty.

—Y "aguas corrientes", eso puede ayudarnos a reducir aún más la búsqueda. Tiene que referirse a un río o algún cuerpo de agua cercano —añadió Nick.

Adrian se volvió hacia Agnes.

—¿Tienes un ordenador que podamos usar?

Momentos después, estaban todos reunidos alrededor del monitor del portátil de Agnes, estudiando un mapa de Siberia que habían ampliado para centrarse en la Cordillera Skalisty.

—Ahí —dijo Declan, señalando un río que serpenteaba por la parte noroeste de la cordillera—. El río Tompo.

Adrian estudió el mapa; la zona aún cubría mucho terreno. Necesitarían reducirla aún más, pero sabía en sus entrañas que habían encontrado el lugar correcto.

Se volvió para enfrentarse a Sorch y Declan; lo que iba a decir a continuación no sería popular.

—No podremos localizar la ubicación exacta por nuestra cuenta —dijo—. Y si Grant ya la ha encontrado, va a utilizar todos sus recursos. Necesitamos traer nuestros propios recursos. Es hora de involucrar a Scotland Yard y al FBI.

Los acontecimientos se habían movido a un ritmo tan frenético que no habían estado en contacto con Briggs desde que volaron a la finca de Grant en Escocia, lo que ahora parecía hace siglos.

Adrian se preparó para sus protestas, pero ambos le dieron reacios asentimientos de acuerdo.

—A estas alturas, no tenemos elección —dijo Sorch, exhalando un suspiro—. *Tenemos* que llegar allí antes que Grant. Hay millones de vidas en juego.

Londres, Inglaterra
2:34 A.M.

El DCI Jack Stevens caminaba de un lado a otro en el pequeño espacio de su cocina, bebiendo a sorbos una taza de té que se había enfriado hace tiempo.

No había podido dormir, dando vueltas con tanta frecuencia que su esposa, Sara, lo había echado de la cama. Su insomnio se debía a su falta de progreso en el caso del robo de Dorset. Adrian West y Nick Harper, estaba seguro, habían avanzado más.

Stevens había recibido una llamada de la policía de Oxford después de que persiguieran a un hombre, James Poole, que se había suicidado justo delante de ellos. No había podido averiguar mucho sobre James Poole, al menos no lo suficiente para vincularlo con los artefactos robados. Incluso había ido a Oxford con Goode y

Hawthorn para hablar con la mujer que las cámaras callejeras habían captado mientras Adrian y Nick la visitaban, Finlay Morrow, pero sus colegas les dijeron que había tomado una licencia de ausencia repentinamente.

Había llamado a Briggs para acosarlo sobre el paradero de sus dos agentes. Briggs le había contado a regañadientes sobre la finca en Escocia que le habían dicho que iban a investigar; tenía un vínculo con James Poole. Pero insistía en que eso era lo último que había sabido de ellos.

Stevens había seguido la pista hasta Escocia, donde el departamento de policía local había ido a la finca en su nombre, pero la encontraron vacía. No había señal de Grant Macleod, que figuraba como dueño de la propiedad, ni de nadie más. El rastro de Macleod se había enfriado.

Ahora se arrepentía profundamente de haber apartado a Adrian y Nick del caso, pero sus jefes habían sido claros. Había quienes ya eran escépticos sobre la existencia de la unidad, y había presión para ganar tracción en la investigación. Cualquier indicio de acoso a testigos habría puesto de relieve su falta de progreso; habría oído a desesperación.

Aun así, sabía que esa decisión había sido un error. Dondequiera que estuvieran, los dos estadounidenses habían avanzado mucho más que él, lo que le irritaba sobremanera. También había esperado que su conocimiento de la leyenda artúrica, un tema con el que su padre historiador había estado obsesionado, de alguna manera le ayudara, pero ese conocimiento no le había llevado a ninguna parte. Sin embargo, tenía que haber un vínculo, ya que Finlay Morrow era una erudita de la leyenda artúrica.

Grant Macleod, Finlay Morrow... y Sorchá Manning. Otro de sus arrepentimientos era haber creído a Sorchá Manning, que también había desaparecido. La doctora Manning se había comportado con demasiada calma para alguien a quien le habían disparado. Sospechaba que mentía descaradamente cuando había prometido acudir a él si alguien más intentaba hacerle daño. En ese momento, no había sospechado de ella porque tenía una coartada clara la noche que fueron robados los artefactos, y un historial y reputación

intachables. No haberla seguido cuando tuvo la oportunidad había sido un grave error.

Dejó el té, frotándose los ojos, cuando su móvil comenzó a sonar estridentemente. Se puso rígido mirando el número.

Hablando del diablo. Era Sorchá Manning.

Sin embargo, cuando contestó, era Adrian West quien estaba al otro lado. Mientras ella hablaba, su adrenalina aumentó, y el teléfono casi se le cayó de la mano con todo lo que le estaba contando.

Definitivamente no iba a dormir esta noche, ni en un futuro cercano.

TREINTA Y NUEVE

*Dos días después
Zvyozdochka, República de Sajá
Rusia
12:17 P.M.*

Zvyozdochka, ubicada en la República de Sajá, era un pueblo de apenas unos cientos de habitantes al sur de la cordillera Skalisty. La República de Sajá, que abarcaba la región de Siberia, tenía uno de los climas más fríos del mundo, con casi la mitad de su territorio situado por encima del Círculo Polar Ártico. Debido a su clima frío, su vasta extensión y su relativa lejanía, también tenía una de las densidades de población más bajas del mundo.

Zvyozdochka ahora servía como campamento base para las decenas de oficiales de la ley que habían descendido sobre el pueblo. Estaban utilizando el gimnasio de la escuela local, el único en el pueblo, como base de operaciones; la pequeña comisaría no podía albergar a todos.

Después de que Adrian alertara al inspector jefe Stevens y luego a Briggs, estos se habían puesto en acción, coordinándose con varios departamentos policiales de todo el mundo: Scotland Yard, la oficina del FBI en Moscú y el Ministerio de Asuntos Internos de la República de Sajá.

En un impresionante plazo de cuarenta y ocho horas, funcionarios de estos departamentos se habían reunido aquí. Aunque había algunas disputas territoriales menores y choques de personalidad, todos estaban enfocados en el mismo objetivo... localizar la fuente exacta de esta arma biológica.

Actualmente había una orden de búsqueda y captura en varios países para Grant y Finlay. Stevens había iniciado una revisión interna en Scotland Yard para buscar a cualquier oficial que pudiera haber sido comprometido por Grant después de que Sorchá le diera sus razones para no haberle dicho la verdad sobre la verdadera naturaleza de su participación. Para alivio de Adrian, él no se había enfadado con ellos por seguir en el caso.

—Ha sido una maldita suerte que lo hicierais, dado el progreso que habéis conseguido —les había dicho Stevens—. Te pido disculpas por lo que te dije en un arrebato de ira, Adrian. No fue justo. Me arrepentí de apartarte del caso casi inmediatamente, pero estaba obligado a obedecer a mis superiores.

Ahora, Adrian estaba con Nick, Sorchá, Declan y Stevens frente a un gran mapa de la cordillera Skalisty. Las autoridades locales habían traído un equipo de geólogos familiarizados con la cordillera. Según ellos, el arma biológica más probable que se ocultaba dentro de estas montañas era polonio, que podía extraerse del mineral de uranio, abundante en esta región.

—¿Qué es exactamente el polonio? —había preguntado Nick.

—Es un elemento radiactivo que se usa comúnmente en armas nucleares —le informó uno de los geólogos, Pavel.

El corazón de Adrian se había desplomado, y cruzó miradas con Nick, Sorchá y Declan, quienes habían palidecido ante las palabras de Pavel.

Ahora todo tenía sentido para ella. Podía imaginar una antigua tribu que vivía en estas remotas montañas hace miles de años, dándose cuenta de que esta región era peligrosa cuando su gente comenzó a morir, sin saber que era debido a una sustancia radiactiva. Habían huido, alejándose lo más posible de la región, dirigiéndose gradualmente hacia el oeste hasta Gran Bretaña, con el

recuerdo compartido de un lugar —un arma— que podía eliminar a multitudes de personas.

—Según los estudios, los lugares a lo largo de la cordillera con la mayor concentración de mineral de uranio, y por tanto de polonio, están aquí, aquí y aquí —dijo Pavel, señalando varios lugares en el mapa—. Podemos enviar varios equipos de reconocimiento a estos puntos.

Adrian estudió el mapa, esperando que alguno de estos lugares fuera el correcto. ¿Y si Grant ya hubiera localizado el lugar adecuado y hubiera comenzado a excavar? Ciertamente tenía los recursos para hacerlo. Pavel les había dicho que todo lo que Grant necesitaba hacer era extraer suficiente mineral de uranio para obtener polonio, y luego venderlo a un precio increíblemente alto en el mercado negro.

El temor la invadió ante ese pensamiento. No tenían un momento que perder.

Por el rabillo del ojo, vio a una oficial de policía local merodeando en una esquina del gimnasio. Había notado que la joven había intentado acercarse a ellos varias veces, pero su superior la había detenido en cada ocasión.

Adrian recordaba haber sido la única mujer en un departamento policial dominado por hombres, y la simpatía fluyó a través de ella. Se preguntó qué quería decirles la joven y por qué su jefe la había detenido repetidamente. Si era algo que pudiera acercarlos a la ubicación...

Adrian se disculpó y se acercó a la mujer, quien se tensó sorprendida. Adrian le ofreció una cálida sonrisa. Hablaba algo de ruso, y sospechaba que eso la haría caer bien a la joven oficial.

—Hola. Soy Adrian West —dijo en ruso.

—Soy Tuyaara —respondió Tuyaara, devolviendo tímidamente la sonrisa.

—He notado que parecía que querías decirnos algo, pero tu jefe no te lo permitía —dijo Adrian—. Créeme, una vez fui la única mujer en un departamento rodeado de hombres. Sé lo que se siente.

La boca de Tuyaara se tensó, pero le dio un brusco asentimiento.

—Puedes contármelo —la animó Adrian—. Cualquier cosa puede ayudarnos en este momento.

—Cuando escuché sobre lo que estaban buscando —un arma— me hizo pensar en historias transmitidas por mi familia. Relatos de una tribu que una vez vivió en lo profundo de las montañas, pero desaparecieron. La creencia es que muchos de ellos murieron a causa de una maldición, y el resto huyó hacia el oeste, escapando de esta maldición.

Adrian estudió a Tuyaara, su mente trabajando a toda velocidad. El folclore local a menudo se pasaba por alto cuando se trataba de descubrimientos arqueológicos, y aunque se añadían muchos mitos y conjeturas a tales historias a lo largo de las generaciones, a menudo poseían un núcleo de verdad.

—¿Esas historias mencionaban un lugar más preciso donde esta tribu vivía? —preguntó Adrian.

—Sí. Un valle profundo en la cordillera, uno que apenas ha sido explorado —si es que alguna vez lo ha sido— debido a su lejanía —respondió Tuyaara.

—¿Puedes señalar esa área en el mapa para el equipo de reconocimiento? —preguntó Adrian, mientras su corazón aceleraba el ritmo.

CUARENTA

*Cordillera Skalisty
República de Sajá, Rusia
3:06 P.M.*

El frío era tan penetrante que se clavaba hasta los huesos de Adrian.

Incluso con las capas de ropa y el equipo de protección de pies a cabeza que llevaba, que consistía en un traje amarillo contra la radiación y un protector facial de plástico equipado con una linterna frontal, podía sentir el persistente escalofrío. Pero se concentró en poner un pie delante del otro mientras se adentraba en un valle remoto de la Cordillera Skalisty, junto con Nick, Declan, Sorch y Tuyaara. Iban siguiendo a un equipo científico de tres personas dirigido por Pavel, junto con dos oficiales de policía local.

El jefe de Tuyaara, Stevens, y las otras autoridades habían sido escépticos ante la historia de Tuyaara, pero Adrian se había mantenido firme, insistiendo en que al menos comprobaran el lugar. Finalmente cedieron, aceptando que Adrian y los demás fueran con el equipo científico, junto con dos policías locales adicionales para mayor seguridad.

Esta parte de la cordillera era tan remota que tuvieron que llegar en helicóptero. El aparato y el piloto ahora esperaban a un cuarto de milla detrás de ellos mientras se adentraban más en el valle.

Una gruesa capa de nieve cubría el valle, y las montañas que los rodeaban se alzaban amenazadoras. A pesar de la imponente lejanía de la zona, podía imaginar a una tribu estableciéndose aquí, utilizando la cobertura de las montañas como una fortaleza natural. Había cavernas excavadas en la ladera de la montaña que también podrían servir fácilmente como espacios habitables. Con un clima más cálido hace miles de años, este lugar podría haber parecido un hogar prometedor.

Luego pudo imaginar a los miembros de la tribu comenzando a morir por envenenamiento radioactivo y, sin el conocimiento científico para entender por qué, viendo este lugar como maldito, un arma mortal, huyendo hacia el oeste, alejándose tanto como les fuera posible de este lugar maldito.

Pronto llegaron a la entrada de una caverna que se adentraba en el costado de las montañas, cerca del borde inclinado del valle. Pavel levantó su contador Geiger, un dispositivo electrónico que él y los otros geólogos estaban utilizando para detectar material radioactivo.

—Estoy detectando altos niveles de radiación justo más allá de la entrada —dijo Pavel—. Tengan mucho cuidado una vez que entremos. No se quiten ningún equipo de protección e intenten no tocar nada.

Asintieron en señal de acuerdo. Una anticipación nerviosa recorrió a Adrian. Este bien podría ser el lugar donde la antigua tribu había encontrado el material radiactivo, el lugar cuya ubicación la hermandad ocultaría y protegería durante siglos.

Se adentraron en la caverna, con Pavel y los otros dos geólogos a la cabeza. La caverna en la que entraron era sorprendentemente profunda y conducía a un túnel estrecho y oscuro. Todos encendieron sus linternas frontales para guiar su camino, aventurándose aún más adentro, hasta que...

El suelo comenzó a retumbar bajo sus pies. Asustada, Adrian miró a su alrededor, justo cuando una explosión sacudió la caverna, haciendo que su entrada temblara violentamente y se derrumbara, mientras el mundo de Adrian se volvía negro.

CUARENTA Y UNO

*Cordillera Skalisty
República de Sajá, Rusia
3:22 P.M.*

Grant sintió el lejano retumbar de la explosión bajo sus pies y sonrió.

Tenía que reconocérselo a Finlay... era brillante. Se maldijo por haber mantenido a Sorchá con vida cuando la tuvo. La experiencia de Finlay era más que suficiente.

Ella había determinado que la siguiente tumba estaba en una iglesia en Gales. Él había enviado a dos de sus mercenarios locales a la iglesia para localizar la antigua tumba y la inscripción, guiados por Finlay. Luego, Finlay y otros dos expertos habían analizado las tres inscripciones, siendo Finlay quien llegó a la conclusión definitiva de que el lugar que buscaban estaba en las montañas de Siberia.

Grant tenía contactos en Rusia, principalmente traficantes de armas con quienes planeaba seguir haciendo negocios una vez que tuviera acceso al arma. Estos le habían puesto en contacto con un hombre, Mikhail, que dirigía operaciones mineras ilegales por todas las montañas de la región. Con la ayuda de Mikhail y la asistencia de un geólogo local que había contratado, se determinó exactamente dónde estaba la ubicación más probable y la fuente del arma. Mineral de uranio, del cual podría extraerse el mortal —y valioso— polonio.

La emoción había recorrido sus venas. Siempre supo que el arma biológica resultaría valiosa... nunca imaginó cuánto.

Grant, Finlay y varios de sus hombres habían volado inmediatamente en privado desde Manchester hasta el aeropuerto de Usta-Maya en la República de Sajá, donde se reunieron con el equipo minero. A cambio de una parte de las ganancias, Mikhail había accedido a extraer cierta cantidad de mineral de uranio que Grant podría sacar de la región.

El equipo de minería los había guiado a él, a Finlay y a sus hombres hasta un valle remoto en la Cordillera Skalisty. El equipo, acostumbrado a eludir a las autoridades locales, había instalado un dispositivo explosivo trampa en la entrada principal en caso de que los estadounidenses y su sobrina y sobrino estuvieran pisándoles los talones. Había una salida lateral a las cavernas montañosas que iban a utilizar. Un helicóptero estaba preparado cerca, esperando para transportar al equipo de Grant lejos de las montañas, junto con el material radiactivo del cual podrían extraer el preciado polonio.

Usando equipo protector, Grant, Finlay y sus hombres habían acompañado al equipo minero hacia lo profundo de las cavernas de las montañas, siguiendo largos y sinuosos túneles que Finlay creía habían sido excavados por la antigua tribu que alguna vez vivió allí. El geólogo del equipo había confirmado los altos niveles de mineral de uranio, y el equipo estaba en proceso de extraerlo cuando la explosión sacudió la caverna.

Ahora, mientras el retumbar de la explosión se desvanecía, se volvió hacia sus mercenarios.

—Quiero confirmación de que quien sea que nos siguió está muerto. Y luego nos llevaremos lo que hemos logrado extraer hasta ahora y saldremos de aquí.

3:25 P.M.

Adrian volvió en sí lentamente, con los oídos zumbándole.

Yacía tirada en el suelo, rodeada de oscuridad. Con mano temblorosa buscó su lámpara frontal, la encendió y se incorporó.

Nick estaba a su lado, sentado y con aspecto aturdido. Un profundo alivio la invadió al verlo, y lo ayudó a ponerse de pie.

Más adelante, vio que Sorchá estaba parcialmente atrapada bajo los escombros; Declan ya estaba a su lado, quitando rocas frenéticamente. Pavel e Inessa, otra de las geólogas, yacían inquietantemente inmóviles, al igual que uno de los oficiales de policía, Stepan. La fuerza de la explosión los había lanzado al otro lado de la caverna. Ahora estaban desplomados en la base de la pared izquierda.

Tuyaara estaba ayudando a levantarse al otro oficial de policía y al científico, Lev y Konstantin. Konstantin acunaba su brazo, que parecía roto.

Adrian y Nick se apresuraron a comprobar los pulsos de Pavel, Inessa y Stepan. Adrian cerró los ojos, sintiendo un peso que la invadía... estaban muertos. Todo había sido cuestión de suerte; los sobrevivientes habían estado más adentro en la caverna, mientras que Pavel, Inessa y Stepan estaban más cerca de la entrada cuando se produjo la explosión.

Adrian y Nick corrieron hacia Sorchá y Declan, ayudándolo a quitar el resto de los escombros que habían atrapado a Sorchá. Cuando la liberaron, Adrian pudo ver que la pierna de Sorchá estaba gravemente destrozada; dejó escapar un quejido de dolor.

—Debe haber sido una trampa explosiva —dijo Lev desde atrás—. Es una herramienta común utilizada por los mineros ilegales.

El temor se arremolinó en el estómago de Adrian. *Mineros ilegales*. Eso solo podía significar una cosa. Una vez más, Grant se les había adelantado. Estaba aquí.

Adrian se volvió para mirar la entrada, que se había derrumbado. Estaban atrapados. No sabía si el piloto del helicóptero había escuchado la explosión desde donde estaba esperando, pero podía ver que Lev ya estaba alcanzando su radio para pedir ayuda.

Se tensó cuando escuchó pasos que se acercaban trotando hacia ellos desde el interior de la caverna. Probablemente eran los

hombres que habían instalado el dispositivo explosivo, que venían a comprobar su trabajo... y a terminar el trabajo.

Tenían que actuar rápido.

Adrian se giró, mirando el lugar donde ella y Nick habían aterrizado después de la explosión. Detrás de esa área estaba la entrada estrecha a otro túnel. No sabía si era una vía de escape, pero era un lugar para retirarse.

—Tenemos que escondernos hasta que averigüemos cómo salir de aquí —siseó—. *Rápido*.

Moviéndose velozmente, Declan ayudó a Sorch a levantarse, cargándola en sus brazos. Todos se precipitaron al túnel, alejándose de los pasos que se acercaban.

El túnel era aún más oscuro que la caverna, y Adrian agradeció sus lámparas frontales. Más adelante, había una abertura, pero conducía a un abismo que se abría varios metros por debajo.

Adrian se detuvo en seco, aterrorizada. Los otros se detuvieron a su alrededor, contemplando la escena ante ellos. Sorch dejó escapar un suave jadeo.

El abismo estaba lleno de huesos. Parecía una fosa común. La antigua tribu que alguna vez habitó aquí debió haber enterrado a sus muertos en este lugar.

Detrás de ellos, podía oír los pasos entrando en el túnel y acercándose rápidamente.

No había salida.

Adrian se giró hacia los demás, su mente trabajando a toda velocidad.

—Tengo una idea.

CUARENTA Y DOS

3:29 P.M.

Adrian, Declan, Nick y Tuyaara estaban agachados junto a la entrada de la grieta que conducía al pozo de huesos, con sus pistolas listas mientras las pisadas se acercaban cada vez más.

Adrian sentía el corazón en la garganta, con la adrenalina bombeando por sus venas. Esperaba haber tomado la decisión correcta con su plan. *Esto tiene que funcionar.*

Adrian había dicho a los demás que dejaran que sus perseguidores vinieran hacia ellos. La grieta de huesos se encargaría del resto. Dado que no había tiempo que perder, nadie había discutido con ella, colocándose rápidamente en posición.

Sorcha, Konstantin y Lev estaban escondidos en una esquina de la grieta, detrás de un pequeño montón de huesos. Como Sorcha y Konstantin estaban heridos, Lev había accedido a quedarse con ellos como protección; también se encargaría de pedir ayuda por radio cuando la situación fuera segura. Declan había dejado a Sorcha relucientemente bajo la protección de Lev; ella sabía que la única razón por la que él venía con ellos era para ir tras su tío.

Ahora, Adrian contenía la respiración mientras los pasos se acercaban aún más, tan cerca que podía oír las respiraciones agitadas de los hombres detrás de sus máscaras protectoras.

Adrian y los demás permanecieron inmóviles hasta que cuatro hombres entraron corriendo, vestidos con equipo de protección y completamente armados.

Solo entonces Adrian se puso de pie de un salto, disparando a los hombres mientras se acercaban al borde de la grieta. Nick, Tuyaara y Declan la siguieron, disparando a los hombres sorprendidos, que cayeron a la grieta de huesos con gritos de asombro.

Adrian se asomó por el borde. Los hombres yacían inmóviles sobre los huesos de abajo. Lev salió de su escondite, ayudando también a Sorch y Konstantin. Les hizo un gesto afirmativo, encendiendo de nuevo su radio para pedir ayuda. Adrian no sabía cuánto tiempo tardaría en llegar la ayuda una vez que Lev estableciera contacto, pero no podían permitirse esperar.

Adrian, Nick y los demás se dieron la vuelta y salieron, corriendo de regreso por el túnel en la dirección de la que habían venido los hombres—la dirección que ella creía que ciertamente llevaría a Grant. Grant y quien fuera que estuviera con él debían tener una salida alternativa de estas montañas; de lo contrario, no habrían puesto una trampa en la entrada. Necesitaban encontrarlo, no solo para poder salir ellos mismos, sino para evitar que se fuera con cualquier material radiactivo que sus hombres hubieran extraído.

Se movieron a la carrera, usando sus linternas frontales para guiarse a través de la oscuridad del túnel. Adrian agarraba su pistola a un costado, tensa y en alerta máxima, con su respiración retumbando en sus propios oídos. Una constante corriente de pánico fluía por su cuerpo. ¿Y si llegaban demasiado tarde? ¿Y si Grant ya había escapado?

Pasaron por la entrada derrumbada del túnel del que habían oído venir a los hombres. El túnel eventualmente conducía a un área abierta... llena de equipos de minería.

El corazón de Adrian dio un vuelco. Los hombres de Grant habían estado aquí, y estaba claro que habían logrado extraer algo de material. Incluso si fuera una pequeña cantidad, por lo que había aprendido de los geólogos en el campamento base, no se necesitaba mucho polonio para fabricar un arma nuclear.

El pánico la invadió una vez más. ¿Ya era demasiado tarde?

—Adrian —dijo Nick, señalando el suelo. Había apuntado su linterna al suelo, que mostraba múltiples huellas de botas que salían del área abierta hacia otro túnel.

Siguieron las huellas dentro del túnel, echando a correr, moviéndose lo más rápido que podían bajo el peso de su equipo de protección, hasta que llegaron a una caverna masiva que se precipitaba en un abismo oscuro y enorme, con sus paredes y techo llenos de rocas puntiagudas en forma de picas.

Un puente natural de roca se extendía a través del abismo hasta el otro lado de la caverna, donde Adrian podía ver varias figuras vestidas con equipo de protección, avanzando cuidadosamente por el borde rocoso hacia una salida en el extremo más alejado. Aunque estaba cubierto con equipo, reconoció a una de las figuras altas como Grant, y a la figura más pequeña a su lado como Finlay. Ambos llevaban cajas metálicas de tamaño mediano.

La adrenalina le subió de golpe. Intercambiando una mirada con Nick, Adrian y los demás se lanzaron a través del puente rocoso hacia Grant.

Los hombres de Grant los vieron y giraron, disparando varias veces. Adrian respondió al fuego, junto con Nick y los demás, mientras seguían corriendo a través del puente, esquivando las balas que venían hacia ellos.

Adrian se dio cuenta con pánico de que el puente por el que cruzaban se estaba volviendo cada vez más inestable, y escuchó el sonido chirriante de la roca desmoronándose.

El puente sobre el que estaban se estaba desplomando bajo sus pies.

—¡CORRAN! —gritó.

CUARENTA Y TRES

Adrian y Nick corrieron hacia el final del puente, con Declan y Tuyaara pisándoles los talones. Ella y Nick lograron llegar al otro lado, girándose para ayudar a Tuyaara cuando se les unió. Pero el puente se desmoronó justo bajo los pies de Declan, y comenzó a caer al vacío...

Adrian se abalanzó hacia delante, con Nick sujetándola por la cintura, y agarró las manos de Declan antes de que pudiera caer. Usando su fuerza conjunta, Adrian, Nick y Tuyaara tiraron de Declan hasta que estuvo a salvo en el otro lado.

Se movieron rápidamente, poniéndose de pie y corriendo por el mismo puente estrecho a lo largo del borde de la caverna que Grant y los otros habían tomado, el cual conducía a la salida hacia otro túnel. Pero esta vez, Adrian podía vislumbrar luz adelante. Una salida al exterior.

Aceleró el paso y todos corrieron hacia la luz. Vio la silueta de Grant y las otras figuras mientras se apresuraban hacia ella.

Adrian corrió tan rápido como pudo, desesperada por no perderlo. Estaba segura de que él tenía algún método de escape. No podían permitir que se marchara.

Al acercarse a la salida, el terror floreció en su pecho. Podía ver que ambos lados de la salida habían sido equipados con dispositivos explosivos. Debían ser similares a los que habían colocado cerca de

la entrada principal... por eso los hombres de Grant habían dejado de dispararles. Tenían otro método —más eficiente— para matarlos.

Vio a uno de los hombres de Grant girarse cuando atravesaban la salida, levantando un detonador.

Corriendo hacia adelante, con Nick a su lado, ambos dispararon múltiples veces al hombre, quien se desplomó antes de poder activarlo.

Adrian y los demás salieron apresuradamente por la salida, que conducía a un estrecho paso de montaña. A poca distancia, Adrian podía escuchar el zumbido de las aspas de un helicóptero.

Grant estaba escapando.

Grant y Finlay bajaban precipitadamente por el paso, seguidos por sus hombres.

Los hombres de Grant se dieron vuelta, levantando sus armas para disparar. Adrian y Nick dispararon, junto con Tuyaara y Declan, continuando su carga mientras los hombres caían.

Adrian y Nick corrieron hacia adelante. Podía ver el helicóptero, que ahora flotaba al borde del paso de montaña, bajando una escalera. Finlay ya estaba subiendo por ella.

A pesar de todo, Adrian no quería hacer esto, pero no tenía otra opción. Levantó su arma, apuntando a Finlay.

Pero del helicóptero surgió una ráfaga de disparos, dirigida directamente hacia ellos. Adrian y los demás se lanzaron al suelo, devolviendo el fuego. La furia y el terror inundaron a Adrian mientras Finlay subía a salvo al helicóptero.

Grant comenzó a subir por la escalera. Manteniéndose agachados, ella y Nick avanzaron arrastrándose, usando las rocas circundantes del paso de montaña para protegerse, disparando múltiples veces a Grant. Una de sus balas le alcanzó en la pierna, y cayó al suelo con un grito.

El helicóptero se elevó en el aire, girando para alejarse volando.

La frustración y la desesperación la llenaron; solo podía rezar para que los helicópteros de la policía y rescate que se dirigían hacia allí lo interceptaran.

—Me encargo de eso —dijo Tuyaara, como si le leyera la mente, sacando su radio y manteniendo la mirada en el helicóptero mientras

se alejaba.

Adrian se apresuró hacia adelante, apuntando su pistola a Grant, quien se agarraba la pierna sangrante, con el rostro tenso por el dolor.

—Se acabó —dijo ella.

Grant abrió la boca para responder, pero una voz detrás de ella lo detuvo.

—Tío Grant.

Ella se volvió. Declan estaba allí, apuntando su propia arma a Grant, con expresión dura.

—Ella tiene razón. Este no es el legado de nuestra familia. El legado de la hermandad.

La furia deformó las facciones de Grant. —Nuestra familia se ha vuelto *débil*. Por eso me deshice de ellos, no me dejaron otra opción. Tenía esperanzas en ti, pero resultaste ser igual de débil.

Adrian se tensó con sorpresa ante la revelación. A su lado, podía ver la reacción de Declan: dolor, horror, conmoción. Sus ojos se llenaron de lágrimas y su dedo tembló sobre el gatillo.

—Declan —dijo Adrian—. Lo tenemos. No hay necesidad.

Grant miró con furia a Declan, como desafiándolo. Adrian se concentró en Declan; necesitaba llegar a él. —Tú mismo lo dijiste. Esto no es lo que la hermandad —lo que el legado de tu familia— representaba.

Sus palabras parecieron alcanzarlo. Declan bajó su arma.

Adrian y Nick se movieron hacia Grant, pero Grant levantó su brazo, revelando una pistola que había ocultado.

Todo sucedió rápido.

Grant apuntó su pistola a Declan, con el rostro contorsionado de rabia, levantándose sobre su pierna herida. Pero su agarre en la roca de la montaña era precario, y su otra pierna resbaló en un parche de hielo en el borde del estrecho paso.

Se tambaleó mientras Adrian, Nick y Declan corrían hacia adelante... pero ya era demasiado tarde.

Grant cayó por el borde del paso de montaña, precipitándose hacia su muerte.

CUARENTA Y CUATRO

Zvyozdochka, República de Sajá
Rusia
7:37 P.M.

Adrian salió de la escuela que servía como campamento base para las fuerzas del orden, hundiéndose en el calor de su parka mientras observaba varios helicópteros dirigirse hacia el norte, rumbo a la Cordillera Skalisty.

Un helicóptero policial había interceptado el helicóptero en el que Finlay había huido; ella y los hombres a bordo ahora estaban todos bajo custodia. Un equipo de rescate separado había llegado poco después de la caída de Grant desde el paso de montaña; el equipo había transportado a Sorchá y Konstantin a un hospital local. Declan había acompañado a su hermana.

Los rescatistas habían transportado a Adrian, Nick, Tuyaara y Lev de vuelta al campamento base, donde Stevens y las autoridades locales los habían interrogado extensamente. Luego habían informado a Briggs mediante una videollamada. Tuyaara ahora estaba con sus colegas y superior, dándoles un informe separado. Desde que habían regresado al campamento base, Tuyaara finalmente estaba recibiendo el respeto que merecía de sus colegas, aunque fuera a regañadientes.

Las autoridades habían acordonado la sección de la montaña donde habían encontrado la fosa común y el sitio de minería ilegal. Varias agencias locales e internacionales estaban siendo transportadas en helicóptero para tomar el control del sitio para su protección y contención. Un geólogo en el campamento base le había informado a Adrian que, según sus lecturas iniciales, el polonio dentro del mineral de uranio en las montañas tenía una concentración aún más alta de lo normal, haciéndolo aún más peligroso. El temor invadió a Adrian al pensar en lo que podría haber sucedido si Grant hubiera podido extraer grandes cantidades del material mortal.

La puerta se abrió detrás de Adrian, y Nick se unió a ella, metiendo sus manos enguantadas en los bolsillos de su parka.

—¿Por qué este lugar no podía estar en el Mediterráneo o el Caribe? —se quejó—. Recuérdame nunca volver a quejarme de los inviernos en DC.

Adrian sonrió mientras Nick guardaba silencio, siguiendo su mirada hacia las montañas en la distancia.

—¿Puedes imaginarlo? —preguntó él, con tono serio ahora—. Vivir en un lugar que crees seguro, solo para ver morir a tu gente... ¿y no tener idea de qué lo causó? ¿Tener conocimiento de un lugar tan mortal y mantenerlo en secreto por generaciones?

Adrian negó con la cabeza, observando las imponentes montañas, pensando en la gente que una vez vivió aquí y se desplazó hacia el oeste, llegando eventualmente a las Islas Británicas. La admiración creció en ella al pensar en su altruismo y determinación. Podrían haber usado tal secreto para su propio beneficio, pero habían elegido no hacerlo, conociendo el poder destructivo que yacía en estas montañas.

—Entonces —dijo Nick, devolviéndola al presente—. ¿Realmente quieres volver a la vida como una aburrida profesora? Acabo de terminar otra llamada con Briggs. Me dijo que eres bienvenida a unirme a la agencia en cualquier capacidad que desees. —La estudió por un largo momento—. ¿Qué va a ser, West? ¿Has decidido?

Adrian lo miró y sonrió.

—Lo he hecho —dijo simplemente.

CUARENTA Y CINCO

*Dos semanas después
Sede del FBI
Washington, DC
11:37 A.M.*

Se sentía extraño caminar por la sede del FBI.

Años atrás, había salido de estas oficinas, amargada, destrozada y furiosa, decidida a no regresar jamás. Sin embargo, aquí estaba, con Nick a su lado, caminando con confianza de vuelta al fuego, sin ninguno de los pesos de su pasado sobre sus hombros. Solo con ansias de seguir adelante.

Había sabido que esta era la vida para ella desde el momento en que aceptó este caso —diablos, desde el momento en que había asumido el caso de Cleopatra. Por mucho que amara los idiomas antiguos y la historia, y siempre tendría un pie en el mundo académico a través de conferencias como invitada, publicaciones y congresos... el mundo de la investigación, la aventura y salvar vidas estaba en sus huesos. Era algo que ya no podía negar.

Ahora que había experimentado nuevamente la emoción de resolver un misterio antiguo y salvar vidas en el proceso, no veía cómo podía volver a la vida que pensaba que quería. Era hora de regresar a su verdadera pasión, aquella a la que había dado la espalda por frustración y enojo mal dirigidos. Su jefe en la

universidad había aceptado su renuncia con elegancia, insistiendo en que siempre habría una puerta abierta para su regreso.

Adrian había temido que habría una enorme cantidad de prensa por lo sucedido en Rusia, similar a la atención que ella, Nick y los demás involucrados habían recibido después del descubrimiento de la tumba de Cleopatra. Pero debido a la naturaleza peligrosa del descubrimiento, se había clasificado y las autoridades lo mantuvieron en secreto.

Incluso los artefactos robados, que las autoridades habían recuperado de una de las casas de Grant, fueron devueltos discretamente al Museo Británico sin la habitual prensa o celebración. La espada también había sido devuelta. Un equipo de conservación había reconstruido cuidadosamente la empuñadura después de catalogar las inscripciones. Equipos arqueológicos separados habían viajado a las iglesias en Francia y Gales para catalogar y analizar los restos de las tumbas que habían encontrado, junto con los restos humanos.

Sorcha había vuelto a trabajar en el Museo Británico, usando muletas hasta que su pierna sanara por completo. A pesar de su difícil comienzo, Adrian ahora consideraba a Sorcha una amiga, y habían prometido mantenerse en contacto. La noticia de la muerte de Michel había devastado a Sorcha, y aunque todavía estaba de luto, ahora era la líder de facto de la hermandad según los deseos de él. Esta estaba experimentando una transformación gradual hacia una sociedad histórica, con la aprobación de sus miembros legítimos, ahora que su propósito se había cumplido.

—Y probablemente ya no debería llamarse "la hermandad", ahora que una mujer la está dirigiendo —le había dicho Sorcha con una risita.

Sin Grant al mando, su lado de la hermandad se había desmantelado, con miembros bajo investigación, huyendo de las autoridades, o abandonando la hermandad por completo.

En cuanto a Declan, había insistido en entregarse por su participación en el robo. Debido a su cooperación, revelando todo lo que sabía sobre Grant y sus crímenes, su abogado estaba en

proceso de negociar un acuerdo de libertad condicional para que no cumpliera tiempo en prisión.

Nick, que había recorrido un largo camino desde su desconfianza inicial hacia Declan, había intercedido por él, junto con Adrian, diciéndole a Stevens que Declan había arriesgado su vida junto a ellos para derrotar a su tío una vez que se dio cuenta de cuáles eran las verdaderas intenciones de Grant. Aunque Declan y Nick no habían formado una amistad como la que Adrian tenía con Sorch, habían salido de Rusia en buenos términos, e incluso se habían dado la mano antes de tomar vuelos separados fuera del país.

—¿Qué puedo decir? —había dicho Nick encogiéndose de hombros—. Declan y el resto de nosotros sobrevivimos a una explosión en una cueva rusa, una emboscada armada en un castillo francés y una iglesia galesa... eventos como esos *de alguna manera* te obligan a dejar de lado las diferencias insignificantes. Somos como viejos camaradas de guerra ahora.

Actualmente, Declan vivía con Sorch en Londres mientras se finalizaba su libertad condicional, aunque Sorch le había dicho en broma a Adrian en su último correo electrónico que lo estaba ayudando a conseguir su propio lugar. Había vuelto a sus tendencias adolescentes de desorden y de quedarse despierto a altas horas de la noche, con la televisión a todo volumen. Pero Adrian podía notar que ella estaba feliz de tener a su hermano de vuelta en su vida.

Ahora, Adrian miró a Nick, quien le devolvió una amplia sonrisa. Estaba encantado por su decisión de regresar al buró y la había abrazado cuando le informó de su decisión de volver. Una calidez la había llenado con su contacto, y ella había recibido ese sentimiento con agrado.

Adrian esperaba con ansias tener a Nick a su lado nuevamente. Lo había extrañado más de lo que se había dado cuenta durante sus años separados. La corriente de atracción seguía vibrando entre ellos, y lo que resultaría de eso seguía siendo una pregunta abierta.

Acababan de desayunar con su madre, que vivía en la cercana Alexandria. Adrian se había preocupado por la reacción de su madre ante su decisión, pero ella había confirmado que estaba feliz con ello.

—Por mucho que me vaya a preocupar, viajar por el mundo y derrotar a los malos es lo que siempre estuviste destinada a hacer —había dicho.

Adrian y Nick habían venido a la sede porque Briggs quería reunirse con ellos. Adrian acababa de solicitar su reincorporación al buró poco después de regresar a EE. UU. desde Rusia, y el proceso aún estaba en curso, por lo que le sorprendió que quisiera reunirse tan pronto. Briggs había sido vago sobre la razón exacta de la reunión, pero mencionó que había otro caso del que quería hablar con ellos.

Cuando ella y Nick llegaron a su oficina, Briggs los hizo pasar. Para su sorpresa, ya había dos hombres y una mujer reunidos allí. Briggs los presentó como representantes de la CIA, el Departamento de Defensa y Seguridad Nacional.

Adrian y Nick intercambiaron una mirada antes de tomar asiento frente a ellos.

—Antes que nada, felicitaciones. Sin duda han salvado innumerables vidas con sus acciones en Rusia —dijo Briggs—. Los he llamado aquí para informarles sobre algo que ha estado en desarrollo durante algún tiempo. El Departamento de Crímenes de Arte a menudo está limitado en su alcance, y los altos mandos han querido que trabajemos conjuntamente con otros departamentos para ampliarlo. El FBI, la CIA y Seguridad Nacional han reconocido amenazas aquí y en el extranjero relacionadas con reliquias y artefactos robados que los terroristas quieren explotar para sus propios fines, y queremos un equipo especializado para enfrentar tales amenazas. —Briggs se inclinó hacia adelante, con una mirada seria—. Dado su exitoso historial con tales amenazas en tan poco tiempo, los queremos a ambos como líderes en esto, con un equipo de apoyo, dirigido por Vince, para trabajar con ustedes.

El asombro llenó a Adrian, pero también una oleada de emoción. A su lado, Nick también parecía atónito.

—Antes de que me den su respuesta, deben saber de qué trata el primer caso que nos gustaría que asumieran. Puede sonar... un poco extraño al principio, pero tenemos información creíble proveniente de Grecia al respecto.

Adrian se inclinó hacia adelante en su silla, con la curiosidad ardiendo. —¿De qué se trata?

Briggs miró a los otros funcionarios antes de volver a mirarla.
—Atlantis.

La aventura continúa en el Libro Tres, LA CONSPIRACIÓN DE ATLANTIS. ¡Comienza a leer ahora!

LA CONSPIRACIÓN DE ATLANTIS



Una ciudad perdida. Una antigua conspiración. Una cuenta regresiva mortal hacia la aniquilación masiva...

Cuando un antiguo papiro vinculado a la ciudad perdida de la Atlantis es robado, Adrian West y Nick Harper son convocados a Atenas para ayudar en la investigación.

Pero pronto se encuentran en un juego mortal del gato y el ratón con miembros de una organización oscura pero poderosa, decidida a encontrar las ruinas de la Atlantis para sus propios fines letales...

Desde las calles de Atenas hasta las ruinas de antiguas sociedades en islas que salpican el Mediterráneo, Adrian debe impedir que un secreto relacionado con Atlantis cause una destrucción moderna que aniquilaría a miles de millones de personas...

¡Comienza a leer ahora!

NOTA DE LA AUTORA

La génesis de la idea para esta novela comenzó con dos preguntas.

¿Existió realmente el legendario Rey Arturo?

Y si fue así, ¿en quién se basó?

Mi investigación para responder a esta pregunta no me llevó a la Inglaterra medieval, como han representado la película de Disney y muchas interpretaciones artúricas, sino a una época anterior, en el siglo V. La Britania sub-romana, el período inmediatamente posterior a que las legiones de Roma abandonaran Britania, su nombre para Gran Bretaña, para regresar a Roma y luchar contra los diversos invasores que finalmente saquearían el Imperio Romano.

La gente que quedó en Britania había formado una identidad romano-británica, pero ahora estaban literalmente abandonados a su suerte para luchar contra los invasores sajones, pictos y otras tribus. Este es el comienzo de la Edad Oscura de Europa, y es cuando la leyenda de Arturo echa raíces.

Hay varias inspiraciones probables para un Arturo histórico, elegí tres basadas en la similitud de sus vidas y muertes en relación con el legendario Arturo. Owain Danwyn, Ambrosius Aurelianus y Riothamus son figuras históricas reales, aunque no se sabe mucho sobre ellos. Lo que tienen en común, y lo que los vincula con el legendario Arturo, es que defendieron a Roma o a los romano-británicos frente a los ejércitos bárbaros.

Si bien las inscripciones específicas en Ogham —y la espada— mencionadas en esta novela son ficticias, las inscripciones en Ogham existen y se han encontrado por todo el Reino Unido, principalmente en Gran Bretaña, Irlanda y Gales.

La hermandad mencionada en esta novela es invención mía, además de las tumbas encontradas por Adrian y los demás. Nadie sabe dónde están enterrados estos "Arturos" históricos, aunque hay teorías. La más sólida es la de Owain Danwyn, de quien el historiador Geoffrey Ashe cree —con evidencia convincente— que está enterrado en el complejo de Berth Hill, que analizo más adelante.

Los pueblos y ciudades mencionados en esta novela existen y son lugares reales; sin embargo, me tomé algunas libertades. Avallon, Francia, Baschurch, Inglaterra, y Dinas Mawddwy, Gales, todos existen y tienen vínculos con la leyenda artúrica. Si bien el complejo Berth Hill existe, está en terreno privado y no está abierto al público, por lo que el Museo y Sociedad Histórica de Berth Hill es invención mía. El museo local real dedicado a Berth Hill se encuentra en Shrewsbury, Inglaterra.

Las iglesias cristianas comúnmente se construían sobre templos paganos, algo que se hizo en toda Europa durante la conversión gradual al cristianismo desde las prácticas paganas.

El montículo al que Sorchu lleva a Grant y Finlay, las Colinas Bassa, y los restos de un templo pagano, son ficticios. Además, el nombre de las colinas, Colinas Abas, a las que Adrian y el equipo van en Gales es ficticio (el nombre real de las colinas en el área se llama Colinas Dyfi), pero el pueblo y los tres ríos que forman una unión allí son lugares reales.

La noción de que Excalibur sea un lugar también es invención mía. Sin embargo, existe evidencia genética de pueblos que migraron desde la estepa pónica hasta Irlanda, específicamente el trastorno sanguíneo encontrado en Irlanda conocido como la "enfermedad celta". También hay evidencia de una presencia celta persistente en el este; los vínculos que la tribu de Osetia tiene con los celtas se basan en hechos, incluida la espiral típicamente celta que se encuentra en algunos de sus diseños, el uso reverencial del

roble y las "mesas redondas" que se encuentran en los hogares osetianos.

En cuanto a la ubicación final en Siberia, la Cordillera Skalisty existe, pero es increíblemente remota y aislada, y apenas ha sido explorada, solo a principios del siglo XX. La región rusa es una que tiene la mayor concentración de mineral de uranio, lo que hace de la Cordillera Skalisty un lugar ideal para el "lugar" que es el arma definitiva.

Una pequeña nota científica. El polonio, un material mortal que se utiliza en armas nucleares, en realidad existe en una proporción relativamente pequeña en comparación con el mineral de uranio. Se encuentra un promedio de cien microgramos de polonio en una tonelada de mineral de uranio, por lo que en realidad no es económicamente viable extraer polonio del mineral de uranio. (Por esta razón, el polonio generalmente se crea en un reactor nuclear utilizando un isótopo estable llamado bismuto-209). Me tomé libertades por el bien de esta novela, dándole al polonio descubierto en la Cordillera Skalisty una concentración mucho mayor de la que tendría en realidad.

Utilicé muchos recursos en mi investigación para esta novela, desde una variedad de artículos científicos e históricos hasta libros de no ficción. Algunos de mis recursos más útiles —y lecturas excelentes y fascinantes— incluyen *El descubrimiento del Rey Arturo* de Geoffrey Ashe, *La tumba perdida del Rey Arturo* de Graham Phillips y *El Rey Arturo* de Christopher Hibbert.

¡Espero que hayas disfrutado de la aventura de Adrian! Su aventura continúa con uno de los misterios antiguos más perdurables y fascinantes... la ciudad perdida de Atlantis.

Hasta la próxima,

-L.D.G.

2022

OTRAS OBRAS DE L.D. GOFFIGAN

Aventuras de Adrian West

El código de Cleopatra

El engaño de Excalibur

La conspiración de Atlantis

La llave Veneciana

SOBRE LA AUTORA

L.D. Goffigan escribe thrillers trepidantes y novelas de acción y aventura con intriga histórica. Estudió cine y escritura dramática en la Universidad de Nueva York y actualmente divide su tiempo entre Francia y California.

Cuando no está escribiendo, puedes encontrarla viajando a lugares que nunca ha visitado, leyendo el último libro que ha captado su interés o viendo documentales sobre misterios antiguos.

Para recibir notificaciones sobre nuevos lanzamientos, [suscríbete al boletín de L.D. Goffigan](#). Los suscriptores también reciben alertas sobre sorteos y contenido exclusivo adicional.

¡Mantente en contacto!

ld@ldgoffiganbooks.com

ldgoffiganbooks.com